

JESÚS SIMÓN

*Con Jesús
en el Calvario*



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

JESÚS SIMÓN

*Con Jesús
en el Calvario*



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

JESÚS SIMÓN PARDO

CON JESÚS
EN EL CALVARIO

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Leamos constantemente la Pasión del Señor. ¡Qué rica ganancia! ¡Cuánto provecho sacaremos! Porque al contemplarle sarcásticamente adorado, con gestos y con acciones, y hecho blanco de burlas, y después de esa farsa abofeteado y sometido a los últimos tormentos, aun cuando fueres más duro que una piedra, te volverías blando como la cera y arrojarías toda soberbia de tu alma.

*(S. Juan Crisóstomo. Homilías
sobre San Mateo, 87, 1)*

PRESENTACIÓN

Pongo en tus manos, amigo lector, este pequeño libro que he titulado *Con Jesús en el Calvario* porque en él se trata de las últimas horas, seis aproximadamente, que pasó Jesús en la tierra antes de su gloriosa Resurrección. Desde que salió del Pretorio con la cruz a cuestas hasta que depositaron su cuerpo, con inmenso cariño, en el sepulcro las manos amigas de José de Arimatea, Nicodemo y Juan, el evangelista, ayudados por las santas mujeres que acompañaban a la Virgen en aquel día tan triste, a la vez que tan grandioso, del primer Viernes Santo de la historia.

Acostumbrados a contemplar las bellas imágenes en que nuestros imagineros han plasmado algunos de los pasos de esta historia, podemos convertirnos en meros espectadores de una obra de arte o quedarnos en frívolos participantes de la parafernalia de una procesión o admiradores de la riqueza de una cofradía. Todo muy bello pero ajeno a nuestra propia vida. Como el espectador de una película dramática que se conmueve, pero sigue comiéndose la bolsa de palomitas.

Estas breves consideraciones se han escrito para que al leerse o, mejor, al meditarse te hagan sentir protagonista de la historia, inmerso en los acontecimientos que tan bella y tan dramáticamente nos contaron los evangelistas.

En el sufrimiento de Cristo nos corresponde una parte nada desdeñable, porque Cristo sufrió por la humanidad entera, para liberarla de las consecuencias del pecado, y nosotros, cada uno de nosotros, formamos parte de esa humanidad redimida, a la vez que pecadora. Nadie puede sentirse ajeno al pecado; todos, en una u otra porción, hemos ofendido al Señor y, por ello, participado en su tormento. No podemos, no debemos, considerarnos ajenos a aquellas multitudes que insultaban y se mofaban de Cristo.

Por otra parte, todo el drama del Calvario es fruto del amor infinito de Dios hacia el hombre, que, para liberarlo de las consecuencias del pecado, primero se hace hombre y después sufre el tormento de su pasión y muerte.

Dice el evangelista que Jesús, *habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo*[1]. Es que el amor de Cristo hacia el hombre no tiene límites, por eso el límite de su amor lo puso en el límite de su vida terrena.

S. Pablo escribió a los cristianos de Corinto[2] un bello himno señalando las cualidades que debe adornar el amor entre los hombres.

Aunque el apóstol se refiere al amor entre los cristianos, bien se puede aplicar al amor de Cristo hacia los hombres, hacia la humanidad entera. Dice en él que el amor es paciente, y ¡bien demostrado quedó ello en la pasión!, como queda con cada uno de nosotros a los que perdona, una y otra vez, siempre que acudimos a Él, arrepentidos, a pedirle perdón de nuestras faltas y pecados. Añade que no es envidioso, ni actúa con soberbia, ni es ambicioso, ni se engríe, ni lleva cuenta del mal, ni busca su propio interés. Que excusa todo, que lo cree todo, que lo espera todo, que lo soporta todo, que no se acaba nunca.

Así es el amor de Cristo hacia cada uno de nosotros. Con cada uno de nosotros es paciente, servicial, generoso, no busca su interés, no se irrita nunca, siempre está

dispuesto a recibirnos y a perdonarnos.

Es lo que hemos pretendido mostrar en estas breves consideraciones.

Dice Santo Tomás que *la pasión de Cristo basta para servir de guía y modelo para toda nuestra vida*^[3].

Este ha sido mi único deseo al escribir este comentario. Pido a la Virgen, que aceptó ser nuestra Madre al pie de la cruz de su Hijo, que en ti y en mí se hagan realidad las enseñanzas del Señor.

El Autor

[1] *Jn 113,1.*

[2] *I C 13, 4-8.*

[3] Santo Tomás de Aquino. *Sobre el Credo.* 6, 1c.

1. CAMINO DEL CALVARIO

El Viernes Santo es un día lleno de tristeza, pero al mismo tiempo es un día propicio para renovar nuestra fe, para reafirmar nuestra esperanza y la valentía de llevar cada uno nuestra cruz con humildad, confianza y abandono en Dios, seguros de su apoyo y su victoria.

(Benedicto XVI. Discurso 8-IV-2009)

Dice S. Mateo que después de poner sobre la cabeza de Jesús una corona de espinas y de mofarse de Él, le pusieron sus vestidos y lo llevaron a crucificar[4], y que al ver los soldados que le fallaban las fuerzas forzaron a un pobre campesino, natural de Cirene, a cargar con la cruz de Jesús.

Tenían los romanos la costumbre de ejecutar las sentencias de muerte inmediatamente después de ser dictadas y así se hizo con el Señor, como se deduce de la narración de los evangelios. Tampoco serían muchos los preparativos.

El tribuno mandaría sacar de la cárcel a los otros dos reos que habían de ser ejecutados con Jesús; ordenaría preparasen las raciones de comida para los soldados que habrían de custodiar a los reos y certificar su muerte, señalaría el número de ellos que habrían de acompañar a cada uno de los reos con un centurión al frente, y se pondrían en marcha hacia el calvario, que distaba algo más de medio kilómetro del pretorio y de la torre Antonia donde se encontraban.

S. Juan dice en su evangelio que Jesús cargó con la cruz a cuestas[5].

Sabemos por fuentes documentales de la época, que ordinariamente no llevaban los reos la totalidad de la cruz, que llegaba a pesar cerca de cien kilos, sino tan solo el brazo horizontal de la misma, dado que el brazo vertical solía estar ya preparado en el lugar de la ejecución. Este se echaba sobre la espalda o sobre el cuello y no era raro que fuese sujetado con cuerdas a los brazos de quien habría de ser ejecutado en ella. Su peso era más liviano, unos treinta kilos. No parece que el Señor, después de la flagelación y de todos los tormentos sufridos, tuviese capacidad para cargar con toda la cruz y avanzar con ella tan solo unos pocos metros. Parece, por ello, que Jesús solo soportó el peso del palo horizontal, a pesar de que la iconografía clásica acostumbra a representarlo con la cruz entera.

LA COMITIVA

La comitiva se formaría rápidamente en el patio del pretorio. Todos tenían prisa de acabar cuanto antes. Pilato, por apartar de él aquel enojoso asunto; los fariseos y gerifaltes del pueblo, para que no permanecieran en la cruz los reos durante los días de la fiesta de la Pascua; y los soldados por cumplir con su enojoso cometido y volver cuanto antes a sus cuarteles o lugares de residencia, dando por concluida aquella misión que, no

por repetida, dejaba de ser repugnante y horrorosa.

Es fácil suponer que algunos de los sanedritas y de los sacerdotes del Templo, aunque no necesariamente los de mayor rango, se incorporarían a la comitiva para cerciorarse de que todo discurría conforme a lo previsto, cortar toda posible reacción de la gente o de los posibles partidarios de Jesús y explicar, si era necesario, el sentido de aquel enojoso cartel mandado escribir por Pilato y que portaba un soldado delante de la comitiva con la causa de la condena, que ellos no consideraban correcto como hicieron ver al gobernador, sin que este atendiese sus exigencias.

La comitiva pasaba por una zona muy poblada de la ciudad, no olvidemos que la condena tenía función ejemplarizante, por lo que serían muchos los espectadores de aquella comitiva tan diferente a la contemplada unos días antes cuando Jesús entró en Jerusalén aclamado por el pueblo como el Mesías Salvador.

La hora, cercana al mediodía, contribuiría a una mayor aglomeración de gente que visitaba a esa hora la multitud de puestos de baratijas y tiendas de poco pelo existentes por donde discurría la comitiva.

No pocos, ignorantes de lo ocurrido, indagarían el contenido de la cartela que portaba el soldado que abría la comitiva y los sicarios de los sanedritas y los fariseos estarían prestos a explicar que no era cierto que fuese el rey de los judíos, sino que él se creía que lo era, como habían explicado al gobernador. Algunos le reconocerían y se compadecerían de él recordando, tal vez, los milagros obrados en favor de tantos menesterosos y la doctrina tan sublime que predicaba. No faltarían los desilusionados pensando que todo había terminado. *Nosotros esperábamos que sería Él quien rescataría a Israel; mas, con todo van ya tres días desde que esto ha sucedido*[6], dirían los discípulos de Emaús al mismo Jesús. También habría algunos, y no solo de entre los fariseos, que se sentirían alegres y felices por verse libres de quien fustigaba sus vicios y corruptelas.

Aunque nada dicen los evangelistas, es tradición muy antigua que Jesús, aplastado por el peso de la cruz y el agotamiento originado por los tormentos sufridos, se derrumbó contra el suelo por tres veces llegando, tal vez, a perder el conocimiento por algunos momentos. Posiblemente fueran estas caídas, que presagiaban que no podría llegar vivo hasta el lugar de la ejecución, lo que llevaron al Centurión al convencimiento de la necesidad de buscar a alguien que cargase con el madero y, al no encontrar a ningún voluntario entre los espectadores, obligó a aquel humilde agricultor que venía de sus campos, ajeno por completo a los acontecimientos, a cargar con la cruz del Señor.

Es cierto que, entre tanta desolación, entre tanto abandono, en aquella terrible soledad encontró el consuelo de su madre.

Nada dicen de ello los evangelios, aunque sí señala S. Juan que se encontró con él mismo y un grupito de mujeres amigas en el Calvario en el momento de la ejecución de la sentencia. Es fácil comprender la angustia que se apoderaría de la Virgen al recibir las primeras noticias sobre el prendimiento en el huerto y el abandono de los suyos, sobre el simulacro de juicio a que había sido sometido por el Sanedrín y la definitiva condena a la cruz. Ella, que siempre supo que su hijo había venido al mundo para salvar a la

humanidad del pecado, había leído muchas veces los pasajes del profeta Isaías sobre el varón de dolores y el siervo de Yavé, que recordaría en aquellos momentos, como le vendrían a la memoria las palabras que treinta años antes le profetizara el anciano Simeón cuando, con el Niño en brazos, se llegó hasta el Templo de Jerusalén para presentarlo al Padre. *Una espada, le dijo, atravesará tu corazón*[7] y desearía correr al encuentro de aquel hijo que tanto necesitaba entonces de su presencia.

Todos conocemos en qué medida crece el desasosiego y la angustia cuando nos van llegando noticias imprecisas sobre alguna desgracia que se cierne sobre un ser querido. El deseo vivo de saber más sobre aquel accidente, sobre aquella desaparición o sobre aquella enfermedad, que la distancia o el desconocimiento elevan de nivel, engendra en nosotros la necesidad de acercarnos lo más posible a la veracidad de la noticia, que siempre consideramos imprecisa hasta que la vemos con nuestros propios ojos.

Esto mismo le pasaría a la Virgen y, si cabe, en mayor medida, pues Ella barruntaba todo aquello y temía, como cualquier madre, llegase la hora y el momento que ahora veía llegados.

Ella sentía la necesidad de ver a Jesús. Si durante aquellos tres años de triunfos y felicitaciones se había mantenido apartada de su Hijo, ahora comprendía que su deber de madre era estar a su lado, junto a él. Corrió en su búsqueda con aquel grupito de mujeres amigas y con Juan, el apóstol adolescente.

Habrían sin duda de abrirse camino por entre la multitud indiferente de curiosos que mataban el tiempo contemplando el espectáculo. Tal vez algunos los reconociesen y mostrarían algún sentimiento de compasión y de lástima, otros, por el contrario, aprovecharían el momento para insultarlos y vejarnos. Ella solo sentía la necesidad de ver a su Hijo. Cuando se encontraron con la mirada se lo dijeron todo. No necesitaron palabras, pues hablaron de corazón a corazón.

El corazón de la Madre sentiría el desgarramiento producido al contemplar aquella piltrafa de hombre que Ella había traído al mundo y que ahora se encaminaba a cumplir la misión salvadora para la que había venido; Él sentiría el consuelo de no estar solo en aquellos terribles momentos. El dolor de ambos disminuiría al sentirse acompañados.

La Virgen sentiría el desgarramiento de su corazón, pero la satisfacción de estar cerca de Jesús; abatida, pero cerca; aceptando la voluntad de Dios, renovando aquel sí que diera al Señor treinta años antes cuando el ángel le propuso, de parte de Dios mismo, el ser su madre.

Llevaba toda su vida preparándose para este momento, aunque nunca pensó que la maldad del hombre pecador pudiese exigir ese dolor para su redención. Tal vez pasasen por su imaginación, como en una película, tantos momentos de gozo y felicidad vividos al lado de Jesús: los cantos de los ángeles en Belén y la adoración de los pastores, la majestuosidad de la comitiva de los Magos que vinieron de Oriente a adorar al Niño, los regalos tan sustanciosos con que los obsequiaron, las palabras de Isabel considerándola la más bendita entre todas las mujeres de la tierra, los momentos de paz y sosiego, de felicidad junto a su Hijo en el hogar de Nazaret, las felicitaciones de las vecinas y amigas cuando llegasen a la aldea noticias de sus milagros y prodigios, y entonces, se

afianzaría en la fe que le aseguraba que aquel hijo suyo que veía ultrajado y vilipendiado era también el Hijo de Dios, que había venido al mundo para salvar al hombre de la inmundicia del pecado, y aceptaría ese tremendo sufrimiento cooperando así con Jesús en su misión redentora.

Es ahora cuando la piedad cristiana sitúa el momento en el que el Centurión, apiadado de Jesús o temeroso de que no llegase vivo al lugar de la ejecución, obligó a aquel sencillo campesino que volvía, cansado y ajeno a aquellos acontecimientos, de su lugar de trabajo, a llevar la cruz de Jesús. No es un voluntario, si buscó el Centurión un voluntario no lo encontró, y, haciendo uso de su derecho de coacción, le obligó a cargar contra su voluntad la cruz de Jesús, pero no por ello dejó este de pagarle aquel favor.

Sorprende lo bien informados que se encontraban de él y sus cosas, los evangelistas. No solo conocen su nombre y oficio, sino que también nos dan el lugar de su nacimiento: Cirene, una ciudad norteafricana, otros aseguran que procedía de la ciudad siria del mismo nombre, con una abundante colonia judía algunos de cuyos componentes habían emigrado a Jerusalén, sino que también saben el nombre de sus hijos: Alejandro y Rufo, que sin duda eran bien conocidos de aquellas primeras comunidades cristianas.

Dios siempre paga con creces cualquier cosa que hagamos por Él.

La piedad cristiana habla de una mujer que, valiente, limpió el rostro divino de Jesús con un lienzo en el que quedó grabada su santa faz. Nada dicen de ello los evangelios y son los más los que opinan que se trata de una piadosa leyenda más que de un hecho histórico, que expresa el afán de la Iglesia por limpiar el rostro dolorido y ensangrentado de Jesús.

Prescindiendo de que el hecho sea histórico o legendario, lo que sí podemos afirmar es que es un ejemplo para los cristianos del siglo XXI. Hoy son muchos los que influenciados por el ambiente laicista que nos rodea, no se atreven a defender a Jesús o el valor de su doctrina. Acorralados por el griterío de las gentes, prefieren esconder su condición de cristianos, reservando para su privacidad sus convicciones y su fe antes que dar la cara y manifestar que son poseedores de la verdad.

Para aquella mujer lo políticamente correcto hubiese sido diluirse en la masa, esconderse entre la multitud, mirar para otro lado, pensar que era mejor no meterse en líos, bailar el agua a los dirigentes del pueblo que mostraban su satisfacción y su gozo sin ningún tipo de disimulo. Ellos habían triunfado y la gente, los más, les seguían la corriente, pero ella no pensó así y, valiente, sin mezquindades, se lanzó a poner por obra lo que le pedía su corazón, y el Señor, que agradecería aquel gesto como solo Él sabe hacerlo, dejó estampado en el lienzo su rostro divino, deformado, tal vez, como consecuencia de los bofetones y los salivazos, la tortura y la mezquindad de los sayones, pero no por ello menos divino.

Hoy, como siempre, el Señor nos pide imitar a esta mujer. Dejar nuestros miedos y nuestras vacilaciones y manifestar el orgullo santo de ser discípulos de Cristo, de aquel reo burlado y menospreciado que había elegido la postración y el desprecio, el dolor y la muerte en cruz para darnos a todos, a la humanidad entera, la posibilidad de ser hijos de Dios.

Sí nos habla el evangelio de un grupito de mujeres que se distinguieron entre la multitud por su compasión hacia el Señor, que merecieron, no solo su mirada agradecida, sino incluso unas pocas palabras de consuelo: *no lloréis por mí, les dijo, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos (...) porque si esto se hace con el leño verde, con el seco ¿qué se hará?*[8].

Este gesto de piedad demuestra que no todos los que componían aquella comitiva estaban en contra de Jesús pues, al menos este grupo de mujeres y es de suponer que no estarían solas, estaba a su favor.

No cabe duda de que fueron valientes, expresión sin duda de su cariño hacia el Señor, pues no podemos olvidar que la tradición judía prohibía llorar por los condenados a muerte.

No dice el evangelista de qué grupo de mujeres se trataba. No parece que fuesen el grupo que le seguía desde Galilea y le atendía incluso con sus propios bienes, pues las llama *hijas de Jerusalén*. Algunos opinan podría tratarse de aquellas mujeres de que hablan los libros rabínicos que aliviaban los dolores de los ajusticiados con una especie de brebaje que los adormecía y anestesiaba. Fueran las que fueran el hecho es que se compadecieron del Señor y lloraron por Él.

Comentando este pasaje S. Josemaría Escrivá dice: *Entre las gentes que contemplan el paso del Señor, hay unas cuantas mujeres que no pueden contener su compasión y prorrumpen en lágrimas, recordando acaso aquellas jornadas gloriosas de Jesucristo, cuando todos exclamaban maravillados: bene omnia fecit (Mc. VII, 37), todo lo ha hecho bien.*

Pero el Señor quiere enderezar ese llanto hacia un motivo más sobrenatural, y las invita a llorar por los pecados, que son la causa de la pasión y que atraerán el rigor de la justicia divina[9].

S. Lucas afirma que *le seguía una gran multitud*[10]. No tenemos más datos, pero es fácil comprender que, además de ser muchos los que aquellos días se habrían instalado en la ciudad con motivo de las fiestas de Pascua, era mucha la fama de que gozaba Jesús, no solo por los milagros que había hecho de los que se hablaba entre las multitudes, sino también por la grandeza de la doctrina que predicaba, lo que atraería a la gente, bien por curiosidad bien por simpatía y afecto. Por otra parte, no serían pocos los que después de asistir a los oficios religiosos, no tendrían más ocupación que callejear curioseando los puestos de vendedores ambulantes y las tiendas existentes en el lugar y que se unirían a la comitiva para ver en qué terminaba aquello.

Y en medio de aquella multitud vociferante que ve con más o menos indiferencia el cortejo, camina Jesús y, con Él, dos ladrones; dos presos comunes que pagan por sus hechos, por su vida delictiva, por sus robos y, tal vez, por sus crímenes. Los tres están condenados al mismo suplicio, los tres cargan con su cruz, y los tres nos enseñan tres modos distintos de llevar nuestra propia cruz, la de cada día o la extraordinaria con la que nos podemos encontrar en algún momento de nuestra vida.

Uno de los ladrones la lleva con rabia, maldiciendo, lleno de odio, sin sentido. Nos habla de tantos para los que solo existe el bienestar material, la comodidad, el capricho;

los que no soportan el dolor o el fracaso, los que protestan por todo y en todos solo ven enemigos o contrincantes; los que no quieren comprender el sentido positivo de la vida, los que viven amargados y sin esperanza; para los que la cruz nunca tuvo ni tendrá valor redentor.

El otro de los ladrones la lleva con resignación; sabe que es el final de una vida vivida al margen de la sociedad y la convivencia, de la ley, justo castigo a sus fechorías y a sus delitos, y no quiere perder la poca dignidad que le queda rebelándose contra aquella sentencia que considera justa. Tal vez fue en el camino hacia el Calvario donde descubrió que aquel compañero de sufrimiento y dolor que los acompañaba, desconocido en el mundo de la marginación y el delito por ellos tan frecuentado, era inocente, condenado como consecuencia más del odio que demostraban los dirigentes del pueblo con sus insultos y sus sarcasmos, que de sus crímenes contra la ley o la religión. Al final, cuando ya su vida llegaba a su término, encontró el valor suficiente para confesar sus propios delitos y la inocencia de Jesús, encontrando así un lugar en el cielo.

Jesús lleva la cruz con garbo, agotado, pero abrazado a ella, con amor; enseñándonos a llevar nuestra propia cruz, nuestras pequeñas cruces de cada día o las mayores que llegan con la enfermedad, con la desgracia o la muerte del ser querido, con el mismo garbo y el mismo amor con que Él llegó hasta el Calvario, sabiendo que si nos unimos a Cristo, también nuestras cruces tendrán valor redentor y reparador de nuestros propios pecados.

LA MUCHEDUMBRE

Los evangelios hablan de una gran multitud que acompañó al Señor en aquel primer Viernes Santo de la historia, aunque no todos intervinieron del mismo modo en el acontecimiento. Se puede decir que en esa gran multitud está representada toda la humanidad, sin que podamos nosotros quedarnos fuera de la misma.

A veces se ha querido echar toda la culpa de la pasión del Señor sobre el pueblo judío, sobre todo el pueblo judío, al que se ha llegado a considerar como un pueblo deicida, y nada hay ni más falso ni, incluso, más injusto. No todos los judíos participaron en la condena, no todos los que participaron lo hicieron de la misma manera, no todos aprobaron aquel proceder, pero sí todos ellos nos representaban a nosotros; sí, todos nosotros nos podemos ver representados e incluso retratados en aquella multitud.

Si lo examinamos, aunque solo sea someramente, veremos cómo podemos incluirnos en alguno de aquellos grupos.

Entre aquellas gentes había algunas que habían simpatizado con la doctrina y las enseñanzas de Jesús, pero que prefirieron la seguridad del presente antes que la incertidumbre del futuro. Ellos habían, tal vez, participado en algún milagro, habían escuchado con gusto su predicación, le habían acompañado incluso en alguna de sus correrías apostólicas, pero veían ahora con claridad que no participaban del mismo entusiasmo los jefes del pueblo, que le consideraban como un perturbador que enseñaba cosas poco acordes con lo políticamente correcto en aquel momento, y prefirieron seguir

a sus jefes antes que arriesgar su seguridad y su tranquilidad mostrándose partidarios del Maestro.

No todos los que nutrían aquella comitiva eran monstruos de maldad. Algunos seguramente estarían el día de Pentecostés *con el corazón compungido*[11] cuando S. Pedro les recuerda que Jesús había acreditado ante ellos ser enviado de Dios y lo habían matado en la cruz, pero entonces gritaron contra Él porque los demás también gritaban.

Como hoy cuando no pocos que en privado sienten la voz de su conciencia que les recuerda sus deberes para con Dios y para con los demás, pero gritan, pusilánimes, por miedo a diferenciarse de las masas amorfas que tantas veces no saben lo que dicen, no conocen lo que hacen.

La voz de la conciencia es sofocada por el griterío de la muchedumbre, por el respeto humano que da alas al mal.

Tal vez no pocos de nosotros podamos sentirnos retratados en la multitud que acompaña al Señor cuando preferimos lo que está más de moda, seguir en la masa, despersonalizados, antes que dar la cara por lo que consideramos justo y adecuado a nuestra mentalidad y a nuestros valores.

Entre la multitud aparece otro grupo que podríamos encuadrar entre los inconformistas, los que prefieren la revolución a la paz, los extremistas de todos los órdenes, los fanáticos, los que ponen más interés en la fuerza que en la razón. Entre ellos estaban sin duda los que gritaron a favor de Barrabás, el revolucionario, y en contra de Jesucristo, el pacificador.

Otro grupo podría estar formado por lo que podríamos denominar burguesía de Jerusalén. A ella pertenecían fundamentalmente los servidores del Templo y los políticos miembros del Sanedrín, que, sin duda, actuaban por móviles religiosos. Ellos habían hecho una religión a su medida. El Dios-Yavé al que daban culto se parecía poco al anunciado por Moisés y los profetas, pero sí estaba muy acorde con su vida cómoda y burguesa. Si el Mesías por ellos esperado no se parecía en nada al anunciado por la revelación divina, a ellos no les parecía así y, por ello, no admitían a Jesucristo que con su predicación les enseñaba su error y su equivocación. Lo consideraban una provocación y se lo quitaron de encima. Es lo mismo que en tantas ocasiones hacemos nosotros.

Junto a estos grupos incluidos entre la gran muchedumbre debemos señalar al formado por las autoridades civiles del momento personificadas en Herodes y Pilato. Aquí las razones son distintas.

El primero actúa por despecho, por frivolidad, con cinismo. Pilato por cobardía, por miedo a perder su posición política, por intereses personales; reconoce la inocencia del reo, pero teme ser denunciado ante sus autoridades por los jefes del pueblo, teme le puedan formar un expediente ante las autoridades del imperio, teme perder el puesto.

Sin duda ambos tienen más de dos imitadores.

Una multitud injusta en la que, de una u otra manera, nos vemos retratados todos, que por unas u otras razones, lo mismo que ocurre en nuestro tiempo, condenan a Jesús, o, al menos, consienten en su condena y lo acompañan entre la multitud que se llegó hasta el

Calvario.

EL LUGAR

Dice el evangelista S. Mateo que llevaron a Jesús *a un lugar llamado Gólgota, esto es, lugar del Calvario*[12]. Era un pequeño montículo situado fuera de las murallas, donde solían ajusticiar a los malhechores.

No sabemos de dónde le venía el nombre. Ciertamente hoy nadie admite que fuese originado, como sostuvieron no pocos en la antigüedad, por las muchas calaveras existentes en el lugar como resto de los reos allí ajusticiados, y mucho menos que en el lugar hubiese sido enterrado Adán, como sostuvieron, más en sentido figurado que histórico, algunos padres de la Iglesia.

Parece que más bien le viene el nombre del aspecto de cabeza o calavera que tenía el pequeño montículo, una antigua cantera ya abandonada en tiempos de Jesucristo. Siempre han solido las gentes identificar lugares con aspectos del cuerpo humano denominándolos como cabeza, rodillas u otros.

Se trataba de un pequeño promontorio, situado fuera de las murallas pero muy cercano a las mismas, distante no más de quinientos metros de la torre Antonia, junto a un camino, muy visible para cuantos por él transitaban y para los que habían establecido sus tiendas de campaña en los alrededores, y cercano para cuantos, desocupados o curiosos, pasaban el día fisionando los acontecimientos, alegres o luctuosos, que deparaba la vida. El lugar cumplía a la perfección otra de las finalidades de toda pena, que es la ejemplaridad. El contemplar la condena, la tortura a que eran sometidos los reos, servía para disuadir de cometer nuevos delitos a cuantos sentían la tentación de hacerlo.

Hoy no resulta fácil imaginar el lugar al encontrarnos con la Basílica del Santo Sepulcro, donde se encuentra el Calvario, en medio de callejas y construcciones.

Ya unos pocos años después de la muerte de Nuestro Señor, el rey Herodes Agripa ordenó la construcción de una nueva muralla, más alejada del centro que la entonces existente, que dejó el lugar no solo incorporado a la ciudad, sino adecuado para construir en él nuevos edificios. No por ello los cristianos de Jerusalén dejaron de venerarlo como el propio de la muerte y resurrección de Jesús.

Más tarde, hacia el año ciento treinta de nuestra era, se sublevaron, una vez más, los judíos contra los romanos, y el emperador Adriano mandó arrasar toda la ciudad de Jerusalén y construir en su lugar una nueva a la que denominó Aelia Capitolina.

En su afán de acabar con todo signo judío, considerando como tales también los signos cristianos, ordenó a sus ingenieros y arquitectos que en los lugares más sagrados erigiesen templos y monumentos en loor de los dioses romanos.

Ello les llevó a construir el nuevo foro de la ciudad precisamente en el lugar de la crucifixión del Señor, tan venerado por la pequeña comunidad cristiana del lugar, aunque para ello precisaran efectuar desmontes y rellenos con grandes cantidades de escombros. Sobre el Santo Sepulcro colocó una estatua de Júpiter y en el lugar de la crucifixión un monumento a la diosa Venus. También se construyó un santuario al dios Adonis sobre la

cueva de Belén.

Estos esfuerzos del emperador Adriano por extirpar de Jerusalén todo signo judeo-cristiano resultaron absolutamente providenciales para que no se perdiese el recuerdo del lugar de la crucifixión y resurrección del Señor, pudiendo señalarlo con toda precisión cuando fue conseguida la paz tras el edicto de Milán del año 313.

El emperador Constantino mandó construir el año 326 una hermosa basílica a la que dio el nombre de *Anástasis* o resurrección, aunque para ello fuese preciso serrar literalmente la roca del Calvario.

Hizo coincidir el centro de la basílica con el lugar exacto del sepulcro del Señor, construyendo junto a la misma pero separada de ella un nuevo edificio que señalaba el lugar de la crucifixión. Así la contempló la famosa monja Egeria a finales del siglo IV, siendo posteriormente ampliada la basílica primitiva y quedando dentro de la misma el lugar de la crucifixión, tal como lo contemplamos en la actualidad.

EL SUPPLICIO DE LA CRUCIFIXIÓN

Cuenta el evangelista S. Juan que, convencido Pilato de la inocencia de Jesús, deseó soltarlo, pero ante la presión del populacho dirigido por los jefes del pueblo, determinó azotarlo para después soltarlo, esperando con ello satisfacer los deseos de venganza y el odio de los fariseos y dirigentes del sanedrín, pero al presentarlo al pueblo *los pontífices y servidores gritaron: ¡Crucificalo, crucificalo!* y que Pilato, harto de sus gritos les respondió: *Tomadlo vosotros y crucificaldo pues yo no encuentro culpa en él*[13] añadiendo unas líneas adelante que: *se lo entregó para que fuera crucificado*[14].

Era la crucifixión la más terrible de cuantas torturas habían inventado los hombres a lo largo de la historia.

Los primeros cristianos, dice un historiador, tenían horror de representar a Cristo en la cruz. Habían visto con sus ojos aquellos pobres cuerpos completamente desnudos, fijos a un tosco palo con una barra trasversal en forma de T, con las manos y los pies clavados a este patíbulo, el cuerpo desplomándose bajo su propio peso y la cabeza colgando; los perros atraídos por el olor de la sangre, mordiendo los pies; los buitres revoloteando sobre este campo de carne, y el ajusticiado, consumido por las torturas y abrasado de sed, llamando a la muerte con gritos hondos y sin voz. Era el suplicio de los esclavos y los bandidos. Esto fue lo que soportó Jesús[15].

Parece procedía de Oriente; de Persia, según los más, aunque otros afirman fueron los fenicios los primeros en emplearla. Sea cual sea su origen lo cierto es que fue muy empleada en la antigüedad, aunque reservada siempre entre los romanos para esclavos y forasteros incuriosos en los delitos más graves. Sabemos que Alejandro Magno y sus sucesores usaron este castigo, pero siempre fuera de Grecia, pues lo consideraban propio de pueblos bárbaros.

Los romanos, que lo habían aprendido de los cartagineses, tenían prohibido usarla con los ciudadanos del imperio, aunque consta que se incumplía tal prohibición con demasiada frecuencia, como recordaban los grandes tribunos denunciando los abusos de

poder de no pocos gobernadores de provincias. De Cicerón son estas palabras: *Que un ciudadano romano sea atado es un abuso; que sea golpeado es un delito; que se le dé muerte es casi un parricidio; ¿qué diré, entonces, si es suspendido en cruz? ¡A hecho tan horrible no se puede dar en modo alguno un apelativo suficientemente adecuado*[16].

Flavio Josefo, el gran historiador judío, cuenta las masacres de judíos crucificados por los gobernadores romanos de Palestina. De Quintilio Varo dice que llegó a crucificar a más de mil judíos; del procurador Félix, que gobernó entre los años 52 y 59 de nuestra era, dice que mandó crucificar a un número incalculable de judíos y, tras la sublevación del año 70, asegura que los soldados, *fuera de sí por la rabia y el odio*, se divertían crucificando a los prisioneros.

Para los judíos a la tortura física se añadía la tortura moral, pues llevaba añadida una maldición bíblica: *Maldito de Dios el que cuelga de un árbol*[17].

Reservada para los esclavos y los extranjeros y solo aplicable, al menos en teoría, a los delitos más graves, tenía valor ejemplarizante de castigo público, que solía ejecutarse en lugar bien visible, dejando en la cruz hasta varios días los cuerpos de los crucificados, no siendo raro, si nadie reclamaba el cadáver, que terminase devorado por animales de presa y aves de rapiña.

La muerte llegaba tras una agonía larga y angustiosa, no tanto por la pérdida de sangre cuanto por la sed y la asfixia. A veces los verdugos aligeraban la agonía quebrando las piernas de los ajusticiados, con lo que perdían un punto de apoyo y, al comprimirse el pecho, no podían respirar y morían enseguida; en otras ocasiones atravesaban el pecho con una lanza, como en el caso de Jesús. En estos casos era el Centurión, como jefe del pelotón de soldados encargados de ejecutar la sentencia, el que actuaba; cosa que no siempre se hacía por compasión, sino más bien para poder certificar la muerte del reo y así volver antes a sus lugares de residencia.

La cruz, que era el instrumento del suplicio, era de varios tipos. Las había en forma de aspa, conocida como la cruz de S. Andrés por haber sido en una de ellas martirizado el apóstol S. Andrés; la conocida como *patibulata*, de donde procede el español patíbulo, llamada latina por algunos, que tenía forma de T mayúscula; la llamada *incisa* que se diferenciaba de la anterior en que el palo vertical sobresalía unos centímetros por encima del horizontal; y la llamada *cuadrata* o cruz griega, en la que los cuatro brazos tenían la misma dimensión.

El Señor parece fue crucificado en la llamada cruz latina incisa, pues dice el evangelista que sobre la cruz estaba escrita en hebreo, griego y latín, la razón de la condena y que fueron muchos los que la leyeron con harto disgusto de los capitostes del pueblo que preferían que se hubiese puesto que él se hacía rey de los judíos.

Era normal que los reos fuesen ajusticiados completamente desnudos; pero también lo era que las autoridades romanas respetasen las tradiciones propias de cada lugar, y en Palestina lo hiciesen con relación al pudor tradicional del pueblo cubriéndolo con un pequeño lienzo o paño, como acostumbramos a ver en los crucifijos.

No parece existiese esa especie de soporte para los pies tan frecuente en la iconografía

tradicional, sino que eran clavados los pies, juntos o separados, directamente en el palo vertical de la cruz. Sí era, por el contrario, normal una especie de gancho o clavija de madera, que algunos antiguos llamaban cuerno, que servía como de asiento y que facilitaba la función de los verdugos a la hora de clavar las manos o muñecas sobre el brazo horizontal, a la vez que aliviaba, aunque muy pobremente, al reo que podía así descansar de sus espasmos y congojas en ese pobre apoyo.

Era normal que los reos fuesen clavados de pies y manos al madero, pero tampoco era infrecuente que fuesen atados fuertemente al mismo.

Los crucificados solían morir por asfixia. Al comprimirse el pecho por el peso de todo el cuerpo colgado de unos simples clavos se impedía la respiración con la angustia consiguiente. Era tal el sofoco y el sufrimiento que no era raro afectase a los mismos verdugos que, para aliviar la agonía, quebraban con una maza las piernas del ajusticiado, consiguiendo de ese modo aligerar el momento del fallecimiento. En otros casos, como queda dicho, el Centurión atravesaba el pecho con su lanza, como sabemos ocurrió con el Señor.

Los romanos tenían dispuesto que fuese autorizada la entrega del cadáver si era reclamado por familiares o amigos. En caso contrario, y no era infrecuente, permanecían colgados varios días hasta que se ordenaba fuesen arrojados a la fosa común de los ajusticiados.

La cruz era un instrumento de tortura, de sufrimiento y de derrota, que se convirtió en el símbolo más elocuente de esperanza que el mundo haya visto jamás^[18].

[4]Mt 27, 31.

[5]Jn 19, 17.

[6]Lc 24, 21.

[7]Lc 2, 35.

[8]Lc 23, 28-31.

[9] San Josemaría Escrivá *Vía crucis*. VIII estación.

[10]Lc 23, 27.

[11]Hech 2, 37.

[12]Mt 27, 33.

[13]Jn 19, 6.

[14]Jn 19, 16.

[15] P. M. J. Lagrange *Evangelio de Jesucristo*, París 1928, pág. 565.

[16]Ciceron. *In Verrem*, II, 5,66.

[17]Deut 21, 23.

[18]Benedicto XVI. *Discurso*. Nicosia-Chipre. 5-VI-2010.

2. JESÚS EN EL CALVARIO

Detengámonos contemplando el rostro desfigurado de Cristo: es el rostro del Varón de dolores, que ha cargado sobre sí todas nuestras angustias mortales. Su rostro se refleja en el de cada persona humillada y ofendida, enferma o que sufre, sola, abandonada, despreciada. Al derramar su sangre, Él nos ha rescatado de la esclavitud de la muerte, roto la soledad de nuestras lágrimas, y entrado en todas nuestras penas y en todas nuestras inquietudes.

(Benedicto XVI. Vía Crucis. Viernes santo. 10-IV-2010)

Coinciden los cuatro evangelistas en que, una vez llegó la comitiva al monte Calvario, Jesús fue crucificado entre dos ladrones. *Cuando llegaron al lugar llamado calvario, le crucificaron allí a él y a los ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda*[19].

Es la consumación de la misión de Jesús.

Por tres veces había indicado a sus discípulos que sabía cuál era su final en la tierra, y cuál el modo de entregar su vida al Padre.

Aquellas palabras de Juan el Bautista al inicio de su vida pública: *ese es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*[20] no habían sido olvidadas.

Fue la primera vez estando en el norte del país, cerca de Cesarea de Filipo y después de haber prometido a Pedro el primado sobre los apóstoles, cuando afirmó: *a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día*[21]. Más tarde, cerca ya de Cafarnaún, atravesando la Galilea, volvió a insistir sobre el tema diciéndoles: *el Hijo del hombre tiene que ser entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, que lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, le azoten y le crucifiquen, pero al tercer día resucitará*[22]. Por último, cuando ya se acercaba la Pascua les dijo: *Ya sabéis que dentro de dos días es la Pascua; y el Hijo del hombre va a ser entregado para ser crucificado*[23].

No fue para Él una sorpresa la cruz, como no lo fue la traición de Judas que lo entregaría a sus enemigos, ni las negaciones de Pedro en aquella noche aciaga del primer Jueves Santo de la historia.

La actitud interior de Jesús desde Belén hasta la Cruz, fue continua e inmutablemente una actitud de amor. Como hombre-Dios está totalmente entregado a los hombres en cuanto Dios, y totalmente entregado a Dios en cuanto hombre.

Si había podido afirmar que debía ocuparse en las cosas de su Padre[24] o que su comida era hacer la voluntad del Padre[25], también pudo asegurar el evangelista que *habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*[26].

En esta frase del evangelista S. Juan está resumido cuanto Jesús ha hecho por los suyos, por la humanidad entera, pues a todos los hombres presentes, pasados y futuros abarca su amor. Un amor tan intenso que le lleva a dar la vida en rescate por todos.

Su deseo, en cuanto Dios, es la purificación del hombre, y como hombre, entregarse a

Dios en sacrificio, en donación total a Dios. Y ambos querer, el divino de purificar al hombre, y el humano de darse a Dios en purificación, son un mismo querer pues ambas naturalezas, la divina y la humana, se funden en una sola persona a cuyo través actúan.

Cuando Jesús fue elevado en alto con los pies clavados y los brazos abiertos en aptitud de abrazar a toda la humanidad, debió producirse un silencio profundo e intenso.

Para los amigos de Jesús; para aquellos que le habían seguido, que se habían ilusionado con sus enseñanzas y entusiasmado con sus milagros, aquello era el fin, el final de un sueño, pensarían, pues si era cierto que les había prometido volver a la vida, no les parecía que aquello pudiese tener lugar: Ciertamente no hacía muchos días que habían visto salir vivo desde el sepulcro a Lázaro, que llevaba ya cuatro días enterrado, pero aquello ya pasó, y de tener poderes para ello, habría sido más lógico y menos expuesto el librarse de las garras de aquellos sayones que le habían convertido en una piltrafa humana.

Cierto que en más de una ocasión habían sentido que Jesús era algo más que un hombre cualquiera, que habían soñado en más de una ocasión que era el Mesías esperado y anunciado por los antiguos profetas, y como a tal lo habían recibido hacía tan solo seis días por las calles estrechas de Jerusalén; pero todo aquello se había venido a tierra como un castillo de naipes. Aquel goteo de sangre, aquella cruz y aquellos clavos no eran precisamente un sueño.

Tampoco sus enemigos salían de su asombro. Jamás habrían podido imaginar que la cosa iba a ser tan fácil. Deshacerse de él de una forma tan aparatosa y sin riesgos no se lo imaginaban, pues jamás soñaron con un final tan espectacular y brillante.

Quien tantas veces les había derrotado desmontando sus argumentos falaces, descubriendo su hipocresía y sus egoísmos, la inmoralidad de sus costumbres, estaba ahora clavado en la cruz, sin posible escapatoria, expuesto a la burla de todos y al escarnio de los más audaces. Ahora veían claro que era correcto el juicio que del mismo habían formado los jefes del pueblo: un pobre y vulgar impostor, embaucador de ignorantes y mendigos. Hasta se reírían de sí mismos recordando tantas veces como no se habían atrevido a detenerlo, pese a los muchos deseos que tenían de hacerlo.

Solo su madre, la Virgen, con Juan el apóstol adolescente y unas pocas mujeres, se mostraban amigos.

Dicen los evangelios que los soldados, una vez cumplida su macabra función de clavar a los reos en la cruz y ponerlas en alto, se dedicaron a sortear entre ellos las pertenencias de los condenados, como era costumbre entre los romanos. Aquello que pertenecía al reo pasaba a formar parte de las propiedades del verdugo.

Esta norma del derecho romano originó no pocos abusos, hasta el punto de tener que tomar parte en el asunto el mismo emperador, pues se daban casos en los que los verdugos no se conformaban con las pertenencias personales, sino que llegaban a apoderarse de todos los bienes, muebles o inmuebles, de los ajusticiados, en un claro abuso de autoridad.

No fue el caso de Jesús, pues señala S. Juan que *los soldados después de crucificar a Jesús, recogieron sus ropas e hicieron cuatro partes, una para cada soldado, y además*

la túnica. La túnica no tenía costuras, estaba toda ella tejida de arriba abajo. Se dijeron entre sí: No la rompamos. Mejor, la echemos a suertes a ver a quién le toca[27].

Es idea común entre los comentaristas que la túnica, tejida de arriba abajo, sería obra de la Santísima Virgen, su Madre, que tanto habría deseado conservarla como reliquia y recuerdo, aunque Ella jamás dudó de la misión divina de su Hijo y de la certeza anunciada por Jesús de su propia resurrección.

Anotan los evangelistas los insultos de que fue objeto el Señor una vez clavado en la cruz. S. Mateo nos dice que *los que pasaban le injuriaban moviendo la cabeza y diciendo: Tú que destruyes el Templo y en tres días lo edificas de nuevo, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz*[28].

No señala el evangelista quiénes eran los que pasaban por allí, pero sin duda no serían pocos. El lugar estaba cerca de la ciudad, como quedó anotado, a la vera de un camino y eran los días de la fiesta de la Pascua lo que suponía la asistencia masiva de gentes, algunas de las cuales habrían establecido sus campamentos en las cercanías del lugar, fuera de la ciudad en lugar de fácil acceso; otros volverían de sus faenas agrícolas, como fue el caso de Simón de Cirene.

En todo caso Jesús no era un desconocido y su condena se habría convertido en tema obligado de conversación. No pocos, sin mayores conocimientos de la cuestión, darían por buena la versión que las clases gobernantes del pueblo habían procurado difundir: que se trataba de un pobre chiflado que se había creído el rey de Israel y, con la inclinación natural hacia la burla, máxime hacia el que no se puede defender, se gozarían zahiriendo al Señor, añadiendo al dolor físico el dolor moral de la burla y el escarnio.

También habría quienes considerarían ahora sus milagros, aunque más de uno hubiese participado en los mismos, como obra de magia y encantamiento, afirmándose en la idea del engaño y la mentira, por lo que le apostrofaban para que bajase de la cruz si era verdad, como había afirmado, que era nada menos que el Hijo de Dios; idea grotesca que solo cabía en la mente de un loco o en las artes, malas artes, de un embaucador.

Mayor dolor causarían al Señor los insultos y las burlas de los príncipes de los sacerdotes que a una con los escribas y los ancianos decían: *Salvó a otros, y a sí mismo no puede salvarse. Es Rey de Israel, que baje ahora de la cruz y crearemos en Él. Confío en Dios, que lo salve ahora si le quiere, de verdad, porque dijo: «Soy Hijo de Dios»*[29].

Aquellos pasaban por el camino, se unían a la farsa, participaban de los insultos sin averiguar su fundamento y, cansados o hastiados del espectáculo, proseguían su marcha comentando, tal vez, el final trágico de uno más de cuantos se habían opuesto al sentir de los dirigentes del pueblo.

Pero en el caso de los ancianos, de los escribas y de los príncipes de los sacerdotes la malicia era mayor. Estos no pasaban por el camino, miraban, vociferan uniéndose al resto de los asistentes y seguían hacia la ciudad o hacia el campo, sino que permanecían en el lugar regodeándose en su triunfo y aprovechando el momento tan deseado durante meses de su victoria sobre el odiado profeta de Nazaret. Paladeaban su victoria divirtiéndoles cada gesto de dolor del crucificado. Ahora ya no se podía escabullir entre la gente como tantas veces en las que quisieron echarle mano y no pudieron. Ahora ya

no se les podía escapar y había que disfrutar del momento.

En la locura y el frenesí de su triunfo no reparan en que le están dando el título que tanto les había molestado que fuese mandado poner sobre la cruz por el gobernador romano. Es *rey de Israel*, le dicen, lo afirman; *que baje de la cruz*, y en el delirio de su triunfo llegan a reconocer, sin querer, los milagros obrados por Jesús: *salvó a otros; a sí mismo no puede salvarse*[30]. Admiten lo primero, pero se gozan en lo segundo.

Es tal la borrachera de gozo que les lleva a competir para encontrar la frase más mordaz, la burla más sarcástica, la palabra más hiriente o más grosera, más cruel.

Incluso los soldados, acostumbrados a tan macabro espectáculo, se *atreven* a insultarle y zaherirle. *Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo*[31], le dicen, burlándose de Él.

Asimismo los ladrones que estaban crucificados a su lado, aunque S. Lucas precisa que solo era uno de los malhechores el que le insultaba, pues el otro reconocía la justicia de su condena mostrando signos inequívocos de arrepentimiento.

Y mientras tanto Jesús callaba. Había hablado mucho durante aquella semana en el Templo y camino de Betania, y se había sincerado con sus discípulos en la Última Cena y en el camino hacia el Huerto de los Olivos; pero ahora había optado por el silencio aceptando la voluntad del Padre. Algunas pocas palabras había pronunciado durante el proceso y camino del Calvario, pero ahora callaba. Ciertamente la fatiga, la sed, la sangre vertida, le ahogaban, pero también ¿qué mejor respuesta que el silencio para aquel cúmulo de injurias y burlas?

Estaba suficientemente lúcido para oír los insultos y apreciar el odio que los inspiraba, pero también lo estaba para recordar que su pasión y su muerte eran el precio que debía pagar para redimir al género humano y sufría más por la suerte de los que le insultaban que por lo ofensa del mismo insulto.

S. Marcos señala con precisión la hora de la crucifixión y de la muerte: *era la hora de tercia cuando lo crucificaron (...) y a la hora de nona... dando una gran voz, expiró*[32], que traducido a nuestros horarios serían: entre las nueve y las doce de la mañana cuando lo crucificaron, entre las tres y las seis de la tarde cuando se produjo la muerte, no sin que antes, *cuando llegó la hora sexta, toda la tierra se cubrió de tinieblas hasta la hora nona*[33], es decir, entre las doce y las tres.

Como se ve, un espacio suficientemente amplio para que muchos de los que se habían acercado al lugar de la crucifixión para presenciar el espectáculo, se alejasen del lugar hastiados del mismo. Por otra parte, no era espectáculo desconocido para la mayoría de ellos, pues eran frecuentes las crucifixiones para cuantos se manifestaban violentamente contra la dominación romana, o para los que se dedicaban al bandolerismo. Tampoco había dificultad en contemplar una crucifixión, pues, como queda dicho, se realizaban en los caminos más transitados y cercanos a las ciudades, por el carácter ejemplarizante que tenían las condenas.

Cuando se acercaba la hora final no serían muchos los que quedaban en el Calvario: los soldados obligados a custodiar a los reos hasta que el centurión certificaba su muerte, el grupo más recalcitrante de escribas y fariseos y el pequeño grupo de amigos fieles

concretados en su Madre, las santas mujeres y el discípulo amado, Juan el evangelista.

Estos fueron testigos de las siete palabras que, a modo de testamento, pronunció Jesús desde la cruz.

JESÚS CLAVADO EN LA CRUZ

Dice el evangelista S. Lucas que *cuando llegaron al lugar llamado Calvario lo crucificaron allí, a él y a los ladrones, uno a la derecha y el otro a la izquierda*[34].

Se iba a hacer realidad lo que el mismo Jesús había anunciado unos días antes, tras su entrada triunfal en Jerusalén, cuando unos griegos quisieron saludar al Señor sirviéndose de los buenos oficios de Felipe y de Andrés: *ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda infecundo, pero si muere produce mucho fruto*[35]. Es la aparente paradoja que se da en Cristo, que para su exaltación es precisa su humillación.

Al término de aquel caminar jadeante llegaron al lugar de la crucifixión y una vez allí, los soldados despojaron a Jesús de sus vestiduras, que según la ley romana pasaban a ser propiedad de los ejecutores de la sentencia, y se dispusieron a clavar a Jesús. Le tenderían sobre el madero y empezaría sujetando sus manos sobre el brazo horizontal de la cruz, taladrando sus muñecas con un grueso clavo de herrero que rasgaría tendones y nervios. A continuación lo elevarían hasta sentarlo en una apoyatura que solía tener el brazo vertical y una vez bien sujeto harían la misma operación con ambos pies.

La Iglesia en su liturgia del Viernes Santo llama a estos clavos dulces, *dulces clavos*, y a la cruz *árbol bendito donde la vida empieza*[36].

En la Cruz es donde desemboca toda la trayectoria de Jesús. Es la meta hacia la que encaminó su vida desde el momento mismo de su nacimiento en Belén o, mejor, desde el instante en que fue concebido en las entrañas purísimas de la Virgen Santísima. Es el punto de convergencia de todos sus actos; la consumación de la misión para la que había venido al mundo.

Desde un punto de vista humano es el acabamiento, el final de la vida de Jesús en la tierra, el fracaso más rotundo que cualquier líder puede nunca imaginar; es la muerte más ignominiosa: el patíbulo, la cruz, a que podía ser condenado un ser humano, reservada para esclavos y extranjeros y agravada, en el caso de Jesús, por ser ajusticiado entre dos reos convictos de delitos comunes, condenado por las autoridades romanas, previa condena de las autoridades religiosas de su pueblo.

Elevado en alto, Jesús callaba. Había hablado con profusión durante la Cena Pascual con sus discípulos y lo mismo había hecho camino del Huerto de los Olivos; lo había hecho con su Padre durante aquellas tres horas de oración angustiosa y de sufrimiento intenso hasta derramar gotas de sangre; había roto su silencio brevemente a petición del Sumo Sacerdote y del gobernador romano durante el simulacro de proceso religioso y civil a que le habían sometido, y, camino del Calvario, había dirigido unas palabras de consuelo a unas mujeres que lloraban al verle. Pero una vez que llegaron al lugar de la ejecución, Jesús guardó silencio y dejaba hacer.

Durante aquellos minutos, hechos oración, Jesús, perfectamente lúcido, escuchaba los insultos de aquellas gentes, pero a la vez contemplaba el fruto de sus sufrimientos.

El P. La Palma, en su conocida *Historia de la Sagrada Pasión*, describe estos momentos con unas bellas palabras que paso a copiar: *Había esperado muchos años y aquel día se iba a cumplir su deseo de redimir a los hombres. Mucho tiempo le había inquietado el pensamiento de la cruz, el espantoso dolor que sufriría en ella. Pero qué grande el triunfo que conseguiría en ella. Lo que hasta él había sido un instrumento infame y deshonroso, se convertía en árbol de vida y escalera de gloria. Una honda alegría le llenaba al extender los brazos sobre la cruz, para que supieran todos que así tendría siempre los brazos para los pecadores que se acercaran a Él, abiertos. Como se clavaron sus manos y sus pies, así quedaron clavados los pecados de los hombres. (...) Vio, y eso le llenó de alegría, cómo iba a ser amada y adorada la cruz, porque Él iba a morir en ella. Vio a los mártires que, por su amor y por defender la verdad, iban a padecer un martirio semejante. Vio el amor de sus amigos, vio sus lágrimas ante la cruz. Vio el triunfo y la victoria que alcanzarían los cristianos con el arma de la cruz. Vio los grandes milagros que con la señal de la cruz se iban a hacer a lo largo del mundo. Vio también hombres que, con sus vidas, iban a ser santos, porque supieron morir como Él y vencieron el pecado*[37].

Y vio, asimismo, el empeño de muchos por expulsarle de la tierra y el fallo de sus intentos y contempló desde la cruz cómo su memoria se extendería por todos los lugares del mundo y en todos los momentos de la historia. Cómo la cruz llenaría las paredes de las iglesias y presidiría las aulas de colegios y universidades; cómo se alzaría sobre la cima de las montañas o los campanarios de los lugares de culto; cómo estaría a la cabecera de los moribundos y en las tumbas de los difuntos, en los edificios suntuosos y en las humildes casas de los desheredados; en los caminos todos de la tierra. Y eso suavizaría sus dolores y alegraría su alma al contemplar que no habían sido estériles.

Durante este tiempo, que pudo durar alrededor de tres horas, Jesús guardó silencio. Un silencio denso, cortante, que impresionó a los evangelistas, como impresionaría sin duda a más de uno de los circunstantes, como había impresionado al gobernador romano unas horas antes.

A Jesús no se le había ahorrado ninguna humillación: le habían dejado desnudo ante un populacho soez; lo habían flagelado despiadadamente en público; había sido preterido y pospuesto a un asesino cuya libertad había pedido el pueblo que unos días antes había aclamado a Jesús como el Mesías-Libertador; lo habían paseado por las calles de Jerusalén entre dos delincuentes comunes llevando a cuestras su propia cruz; de nuevo lo habían desnudado públicamente y cosido con unos clavos al madero; lo habían elevado en alto situándolo entre dos ladrones, como si Él fuese el peor de todos. Verdaderamente se había cumplido en Él lo anunciado hacía siglos por el profeta: *fue llevado como oveja al sacrificio sin exhalar una queja*[38].

Jesús ha sido elevado, dice Benedicto XVI. La cruz es su trono desde el que atrae el mundo hacia sí. Desde este lugar de la extrema entrega de sí, desde este lugar de un amor verdaderamente divino, Él domina como el verdadero rey, domina a su modo; de

una manera que ni Pilato ni los miembros del Sanedrín habían podido entender[39].

Ante aquel dolor, ante aquellas humillaciones, Jesús guardó silencio; un silencio que, como todo en Él, es edificante y ejemplarizante. Nos enseña a nosotros, tan proclives a la queja y el inconformismo, a callar ante el dolor uniéndolo al de Cristo, para hacerlo corredentor.

S. Pablo escribía a los cristianos de Colosas y les decía: *Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo en beneficio de su cuerpo que es la Iglesia*[40].

El Beato Juan Pablo II, comentando estas palabras de S. Pablo, afirma: *Se convierte en fuente de alegría la superación del sentido de inutilidad del sufrimiento, sensación que a veces está arraigada muy profundamente en el sufrimiento humano. Este no solo consume al hombre dentro de sí mismo, sino que parece convertirlo en una carga para los demás. El hombre se siente condenado a recibir ayuda y asistencia por parte de los demás y, a la vez, se considera a sí mismo inútil. El descubrimiento del sentido salvífico del sufrimiento en unión con Cristo transforma esta sensación deprimente. La fe en la participación en los sufrimientos de Cristo lleva consigo la certeza interior de que el hombre que sufre «completa lo que falta a los padecimientos de Cristo»; que en la dimensión espiritual de la obra de la redención sirve, como Cristo, para la salvación de sus hermanos y hermanas. Por lo tanto, no solo es útil a los demás, sino que realiza incluso un servicio insustituible. En el cuerpo de Cristo, que crece incesantemente desde la cruz del Redentor, precisamente el sufrimiento, penetrado por el espíritu del sacrificio de Cristo, es el mediador insustituible y autor de los bienes indispensables para la salvación del mundo. El sufrimiento, más que cualquier otra cosa, es el que abre el camino a la gracia que transforma las almas. El sufrimiento, más que todo lo demás, hace presente en la historia de la humanidad la fuerza de la Redención*[41].

[19]Lc 23, 33.

[20]Jn 1, 29.

[21]Mt 16, 21.

[22]Mt 20, 18-19.

[23]Mt 26, 2.

[24]Lc 2, 49.

[25]Jn 4, 34.

[26]Jn 13, 1.

[27]Jn 19, 23-24.

[28]Mt 27, 39.

[29]Mt 27, 42-43.

[30]Mc 15, 31.

[31]Lc 23, 3i.

[32]Mc 15, 25.33.37.

[33]Mc 15, 33.

[34]Lc 23, 33.

[35]Jn 12, 23-24.

[36] Liturgia Del Viernes Santo. *Himno de adoración de la Cruz.*

[37] P. Luis de la Palma. *Historia de la Sagrada Pasión.* Madrid 1973, pág. 168-169.

[38]Is 53, 7.

[39]Joseph Ratzinger. Benedicto XVI. *Jesús de Nazaret Tm. 2º.* Pág. 247.

[40] *Col 1, 24.*

[41] Juan Pablo II. Carta apostólica: *Salvifici dolores*, n° 27.

3. LAS SIETE PALABRAS DE CRISTO EN LA CRUZ

No se contentó con sufrir un poco: quiso agotar el cáliz sin reservarse nada, para que aprendiéramos la grandeza de su amor y la bajeza del pecado. Para que fuéramos generosos en la entrega, en la mortificación, en el servicio a los demás.

(F. Fdez. de Carvajal. «Meditaciones» Tomo II. Pág. 363)

Concluidos aquellos momentos de silencio, Jesús comprendió que la muerte se acercaba y no quería dejar de pronunciar unas últimas palabras que fuesen como el testamento que legaba a sus futuros seguidores. No podían ser muchas, ni ser muy extenso su discurso, pues las fuerzas le fallaban al encontrarse con el último aliento de vida. Habrían de ser pocas pero importantes; que expresaran la razón de su existencia terrena y sirviesen para cuantos a lo largo de los siglos habrían de ser sus discípulos. Quiso con aquellas últimas palabras dar razón de su vida y de su muerte.

Y Jesús habló. Fueron unas frases breves; en algún caso unos versos de los salmos que, sin duda, recitaba en oración dirigida al Padre, que fueron recogidas por los evangelistas. No todas las mismas, ni el mismo número. Tampoco sabemos si fueron solo estas. En todo caso, fueron estas las transmitidas por la tradición apostólica y recogidas en los evangelios.

S. Mateo y S. Marcos solamente recogen una: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* En el orden establecido por la piedad cristiana hace el número cuatro. S. Lucas, sin embargo, menciona tres: la primera, la segunda y la séptima, del orden antedicho. S. Juan, por último, menciona otras tres: tercera, quinta y sexta.

No sabemos el orden en que fueron pronunciadas por el Señor, pero una vieja tradición las ordena de la manera siguiente:

- 1.^a Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.
- 2.^a En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso.
- 3.^a Mujer, ahí tienes a tu hijo; hijo, ahí tienes a tu madre.
- 4.^a Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?
- 5.^a Tengo sed.
- 6.^a Todo está cumplido.
- 7.^a Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Como se ve, no todas van en la misma dirección, ni tienen el mismo contenido. En las tres primeras parece como si Cristo se olvidase de sus dolores y solamente se acordase de los demás para implorar su perdón, prometer el paraíso a quien se lo ha pedido y entregarnos a su madre.

Dicen los comentaristas que tras estas primeras frases pronunciadas por Jesús, éste

hizo un profundo silencio y solamente más tarde, cuando las tinieblas cubrieron el lugar y la mayoría de los curiosos lo habían abandonado, pronunció las siguientes.

Veía llegar el momento de la muerte y fue entonces cuando pronunció las cuatro restantes que hacen referencia a su persona. De ellas las dos primeras: cuarta y quinta, forman parte de la oración de Jesús que en aquellos momentos de dolor y agonía recitaba el salmo 21 y recordaba lo anunciado sobre Él en el salmo 68. La sexta pone de manifiesto la consciencia que Jesús tenía de haber cumplido cuanto había sido dispuesto por el Padre, a cuyo querer ajustó toda su vida, y lo que del Mesías había sido revelado en el Antiguo Testamento. La última expresa, con palabras de un salmo, la entrega que el justo hace de su vida al ponerla en las manos de Dios.

PRIMERA PALABRA

Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen. (Lc 23, 34)

Al ser Jesús levantado en la cruz culmina una vida de comprensión y perdón.

Todo lo que Jesús enseñó con su palabra o con su vida durante su estancia en la tierra, llega en la cruz al culmen de la verdad y la santidad.

JESÚS PREDICA LA NECESIDAD DE PERDONAR

Él había predicado a sus discípulos el deber de perdonar, de amar a los enemigos: *amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen*[42], había dicho; de no poner límites al perdón que, cuando es sincero, olvida la ofensa y ofrece señales de amistad que facilitan el arrepentimiento; había enseñado la necesidad de perdonar al hermano antes de presentar una ofrenda a Dios[43]; y ahora, que se encuentra elevado en alto dando su vida por cuantos le persiguen y calumnian, pide perdón al Padre para toda la humanidad, pues todos somos responsables de la muerte del Señor.

Jesús manifiesta su espíritu de comprensión y misericordia, tan contrario a la actitud mezquina del hombre, siempre reacio a perdonar; a perdonar a los demás, se entiende, pues siempre será verdad aquello que decía La Fontaine: *a nosotros nos lo perdonamos todo, pero a los demás nada*[44].

También en esto, como en tantas otras cosas, resulta revolucionario el Señor. Jesús perdona y solicita al Padre el perdón; Jesús como *amase a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*[45] y ese amor engendra su perdón.

Es un hecho nuevo en la historia y no solo en la historia profana, pues son muchos los pasajes de los salmos o de los profetas del Antiguo Testamento en los que se clama venganza y castigo para los enemigos.

Nunca ha estado de moda el perdonar, pues si hoy consideramos como cosa de bárbaros la famosa ley del Talión: *ojo por ojo y diente por diente*, no ha perdido actualidad la frase atribuida a Tácito, el célebre historiador romano, de que lo propio del hombre es odiar a su enemigo. El perdón no es fruta de moda, no se lo considera *políticamente correcto*; lo suavizamos con la expresión de que sí perdonamos, pero nunca olvidamos, con lo que damos a entender que el rencor, cuando no el odio, sigue intacto en nuestro corazón.

Creo no es excesivo afirmar que el rencor se ha instalado en el corazón de muchos y no encuentra resquicio alguno por donde salir. No hace falta ser un lince para darse cuenta de esta realidad. Basta con encender la TV o escuchar la radio para comprobar las *lindezas* con que se saludan políticos o tertulianos; el insulto es norma común entre los que piensan de distinta manera, militan en partidos políticos diferentes o, simplemente, simpatizan con equipos de fútbol distintos.

La violencia, hija predilecta del odio o del rencor, está en todas partes a la orden del día. Siguen vigentes aquellas palabras que escribiera el Cardenal Grete mediado el siglo XX. *Ahí están, escribió, las enemistades de los pueblos y de los clanes, que engendran sangrientos conflictos y guerras en las que mueren millones de hombres; ahí está la oposición, a menudo agresiva, de las clases sociales; ahí están las hostilidades políticas y los choques de la opinión; ahí están las rivalidades y las competencias; ahí están, por fin, las animosidades familiares y locales, que se perpetúan de campanario en campanario, y se transmiten hereditariamente de padres a hijos.*

El odio inyecta veneno a sucesivas generaciones. Aunque residan en el mismo pueblo, en la misma aldea, en la misma calle y, a veces, bajo el mismo techo, los hombres se miran mutuamente con tal rencor, que, según una imagen familiar, cada uno de ellos estaría en peligro si los ojos del otro fueran un par de pistolas[46].

Y tantas veces el origen de esas disensiones, de esos rencores, es sencillamente ridículo: una burla, una palabra malsonante, un vulgar insulto, una frase mal interpretada, un comentario poco afortunado..., algo sin importancia que nuestra imaginación se encarga de agrandar para que nuestro orgullo se sienta herido y ofendido. S. Juan Crisóstomo comentaba en cierta ocasión que resultaban verdaderamente frívolas las antipatías de los hombres cuando se buscaban sus comienzos.

No es nada nuevo. El mismo Señor, que no solo predicaba el amor a los demás sino que lo practicaba, hubo de escuchar de labios de sus discípulos palabras de rencor hacia quienes no se habían mostrado hospitalarios con ellos, solicitando a Jesús que pidiese que bajara fuego del cielo y los consumiese[47]. Y la petición la hacen Santiago y Juan, dos de los predilectos del Señor, a los que corrige diciéndoles que no ha venido a perder a los hombres, sino a salvarlos.

Por eso Jesús perdona y lo hace de inmediato, sin esperar a que cese la hostilidad de sus enemigos. Su perdón es la respuesta a la hostilidad de aquellos. Es lo que ha hecho a lo largo de toda su vida pública. Siempre estuvo al lado de los marginados, de los proscritos, de los pecadores públicos, de los despreciados por los que se consideraban puros, y estaba para perdonar sus pecados, para darles paz y sosiego, para enseñarles que también ellos eran hijos de Dios y también para ellos Dios reservaba su perdón.

JESÚS NO RECHAZA A LOS PECADORES, SINO QUE LOS PERDONA

Si repasamos el Evangelio nos encontraremos a un Jesús perdonador, a un Jesús misericordioso, que sabe recibir a los pobres y menesterosos, pero también a los marginados como pecadores públicos por una sociedad hipócrita que se fija más en la forma externa que en la intimidad del corazón.

Jesús había enseñado a sus apóstoles a perdonar y había indicado a S. Pedro, que consideraba como excesivo el perdón hasta siete veces, que no eran siete las veces que debía perdonar *sino hasta setenta veces siete*[48], es decir, *siempre* como diría S. Juan Crisóstomo: *no encerró el Señor el perdón en un número determinado, sino que dio a entender que hay que perdonar continuamente y siempre*[49]. Quiso señalar, frente a la

mezquindad de los hombres que no solo se cansan pronto de perdonar sino lo hacen con cálculo, la misericordia infinita de Dios, que perdona siempre. Es lo que vemos en su vida.

En el Evangelio aparecen muchos momentos en los que Jesús acoge a los pecadores, se deja invitar por ellos y los perdona.

S. Mateo nos cuenta su propia vocación y cómo Jesús fue a llamarlo al lugar de su trabajo profesional: el puesto de recaudador de tributos. Estas son sus palabras: *Cuando partía Jesús de allí, vio a un hombre sentado en el telonio, llamado Mateo, y le dijo: Sígueme. Él se levantó y le siguió. Estando él a la mesa en casa de Mateo, vinieron muchos publicanos y pecadores, y se pusieron también a la mesa con Jesús y sus discípulos*[50]. Jesús no se avergüenza de comer con publicanos considerados por los fariseos como colaboracionistas de los romanos, y por ello como pecadores públicos. Cuando los fariseos echaron en cara a los discípulos semejante conducta, Jesús les indica que no son los sanos los que necesitan al médico, sino los enfermos.

Algo parecido ocurrió con Zaqueo, no solo publicano sino jefe de los mismos, a cuya casa se invitó el mismo Jesús, pese a aparecer con una estatura moral acorde con su estatura física y encontrarse con la murmuración de los de siempre porque se invitaba a la casa de un pecador público. Jesús le dice que *conviene que vaya a su casa para al marcharse poder asegurar: hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también este es hijo de Abrahán, porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido*[51].

No solo se invita a casa de gente considerada como pecadores públicos por los fariseos y el pueblo o escoge entre ellos a quien ha de ser su discípulo, sino que con frecuencia otorga el perdón de los pecados a quienes, arrepentidos, se acercan hasta Él. Tal es el caso de María Magdalena, aquella mujer de la vida que, dolida por sus pecados, regó los pies de Jesús con sus lágrimas y los enjugó con sus cabellos, teniendo unos detalles de delicadeza y cariño que estuvieron ausentes en aquel fariseo que le había invitado a su mesa. Aquella mujer conocida por todos por sus escándalos y mala vida pudo escuchar de labios de Jesús aquellas consoladoras palabras: *le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Aquel a quien menos se perdona menos ama... Entonces le dijo a ella: tus pecados quedan perdonados*[52].

S. Juan nos ha transmitido el caso de la samaritana. Una mujer de vida alegre que había tenido hasta cinco maridos y con el que entonces vivía no era aún su marido, pues convivían como *pareja de hecho*, convertida en un verdadero apóstol pues *muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer que atestiguaba: Me ha dicho cuanto hice*[53].

Más llamativa, si cabe, fue la curación del paralítico de Cafarnaún, pues en este caso efectúa Jesús el milagro para demostrar que tiene poder para perdonar los pecados. La escena la ha transmitido S. Marcos: *Unos días después, Jesús volvió a Cafarnaún y se difundió la noticia de que estaba en la casa. Se reunió tanta gente, que no había más lugar ni siquiera delante de la puerta, y él les anunciaba la Palabra. Le trajeron entonces a un paralítico, llevándolo entre cuatro hombres. Y como no podían acercarlo*

a él, a causa de la multitud, levantaron el techo sobre el lugar donde Jesús estaba, y haciendo un agujero, descolgaron la camilla con el paralítico.

Al ver la fe de esos hombres, Jesús dijo al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados».

Unos escribas que estaban sentados allí pensaban en su interior «¿Qué está diciendo este hombre? ¡Está blasfemando! ¿Quién puede perdonar los pecados, sino solo Dios?» Jesús, advirtiéndoles en seguida que pensaban así, les dijo: «¿Qué estáis pensando? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: “Tus pecados te son perdonados”, o “Levántate, toma tu camilla y camina”? Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados —dijo al paralítico— yo te lo mando, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa».

Él se levantó en seguida, tomó su camilla y salió a la vista de todos. La gente quedó asombrada y glorificaba a Dios, diciendo: «Nunca hemos visto nada igual»[54].

Parecida es la solución que da Jesús a aquella pobre mujer sorprendida en adulterio que le presentaron unos ancianos con ánimo de sorprenderle. Si la condenaba pensaban acusarle ante los romanos por otorgarse unos poderes que estaban reservados a los lugartenientes del emperador, si la absolvía sería acusado ante el pueblo por quebrantar la ley de Moisés que condenaba a la lapidación a los mujeres sorprendidas en semejante situación. Jesús no la condena, pero sí la perdona, dejando en una situación poco gallarda a los ancianos hipócritas que quisieron tenderle un lazo. ¿Ninguno te ha condenado?, preguntó a la mujer. Ella respondió: ninguno, Señor. Le dijo Jesús: Tampoco yo te condeno; vete y no peques más[55].

No es novedoso, pues, que Jesús al ser clavado en la cruz y elevado en alto exprese su perdón para cuantos le condenan y pida al Padre otro tanto para ellos. Todo cuanto había enseñado durante su vida mortal, lo llevó al culmen en la cruz. Él mismo había anunciado en más de una ocasión que había *venido a este mundo no para ser servido, sino para servir y dar su vida por muchos*[56], comprendiendo en ese muchos a toda la humanidad. Uno, Él, es el que salva y a todos se les ofrece la salvación.

No es novedoso, pues, que Jesús perdone, ¡lo había hecho tantas veces!, la novedad está en que junto a su perdón, suplica al Padre que no tenga en cuenta la maldad de los hombres y los perdone también.

A Jesús, más que el dolor lacerante de sus heridas, de los clavos que atraviesan sus manos y sus pies, de las espinas que taladran su sien, de los fragelos que surcaron su espalda, le duelen los pecados de la humanidad, las ofensas inferidas por las criaturas a su creador, el desprecio que tantos a lo largo de los siglos habrán de hacer de sus dolores y sufrimientos, y para ellos y por ello pide al Padre el perdón. Para aquellos que le insultan y vituperan, para Judas que le ha traicionado, para Pedro que le ha negado, para los soldados y los sanedritas, para ti y para mí, pide Jesús al Padre que nos perdone y no tenga en cuenta nuestros desvaríos. Jesús se olvida de sí mismo para acordarse de los demás.

No es necesario que Él nos ofrezca su perdón, puesto que nos ha ofrecido su amor y, cuando se ama, se perdona. Dice el evangelista que *habiendo amado a los suyos, los amó*

hasta el extremo[57], hasta dar la vida por ellos, habiendo afirmado en otra ocasión que *nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*[58].

Jesús ama y en ese amor está incluido su perdón y el olvido de la ofensa acreedora a dicho perdón. Lo vemos en las madres buenas. Ellas aman a sus hijos con locura y nunca les tienen en cuenta sus travesuras de niños, sus desvaríos de jóvenes o adolescentes, sus olvidos de mayores. Simplemente los quieren, son sus hijos, y con eso basta. Lo mismo ocurre con Jesús. Nos ama con todo su ser, hasta dar su vida por nosotros, y por ello nos perdona sin necesidad de expresar ese perdón.

Somos los hombres los que necesitamos expresar nuestro perdón porque muchas veces no creemos en él.

JESÚS RUEGA A DIOS PADRE EL PERDÓN

Jesús se dirige al Padre en tono de súplica. Su primera palabra desde la cruz es *Padre*.

No era la primera vez que se dirigía a Dios con esa palabra, ni era la primera vez que lo hacía en tono suplicante.

No hacía muchos días, en Betania, ante la tumba de su amigo Lázaro sepultado desde hacía cuatro días, se había dirigido a Dios de la misma manera: *Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que siempre me escuchas*[59]. Lázaro salió del sepulcro vivo, pese a que ya empezaban a notarse los primeros síntomas de corrupción; había vuelto a la vida y, por ello, *muchos creyeron en Jesús*[60].

Ahora invoca a Dios con la misma expresión: *Padre*, y también ahora es escuchado por el Padre. Unos minutos más tarde el centurión romano que se encontraba al frente de la tropa encargado de ejecutar la sentencia confesaría: *verdaderamente este hombre era justo*[61]; *en verdad este era Hijo de Dios*[62], y señala el evangelista que fueron muchos los que volvieron a la ciudad *golpeándose el pecho*[63].

Unas horas antes, celebrando la cena pascual con sus discípulos, también había usado esa palabra, padre, para dirigirse a Dios. Había rogado al Padre por los que habían de ser los continuadores de su misión salvadora, de anunciar y llevar su redención hasta los últimos confines de la tierra. Aquellos que el Padre le había dado y que Él se había encargado de guardar y formar, aquellos que le habían seguido y los que le seguirían a través de los siglos. En aquellos momentos de despedida, porque había llegado el momento de volver al Padre, dejó que su corazón se desbordase en oración por ellos. Es difícil encontrar en el Evangelio palabras tan conmovedoras, que expresen con tanta ternura y con tanta sencillez realidades tan profundas.

Pero ahora no pide por sus discípulos, presentes o futuros; pide por sus mismos enemigos. Parece como si quisiese apoyarse en la benignidad del Padre y no en la severidad del juez. Si yo los perdono, parece decir, lo mismo debes hacer Tú.

No pide nada para Él y podría haberlo hecho.

En realidad nunca rogó por sí mismo al Padre, pero ahora las circunstancias son distintas. Está clavado en la cruz, en medio de un sufrimiento inaudito, su cuerpo es pura llaga, es injuriado y mofado por todos, sus íntimos le han abandonado y uno de ellos le

ha vendido. Podía haber pedido al Padre por él mismo: que disminuyese su dolor, que le librase de aquel dolor tan lacerante, que le bajase de la cruz, que cesasen aquellos insultos, las risotadas de los sanedritas, los escarnios de la soldadesca, que aligerase, al menos, aquella agonía y llegase cuanto antes su fallecimiento.

Pero no. Se olvida de sí mismo. Se ha puesto en las manos del Padre para hacer su voluntad y está dispuesto a beber el cáliz hasta la última gota. En su oración no existe ni el más lejano atisbo de egoísmo. Reza por sus enemigos y pide que los perdone.

Es lo que había enseñado a sus discípulos: *Amad, les había dicho, a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen*[64]. Es lo que ahora hace. Poner en práctica lo que había enseñado.

También había dicho: *amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian*[65]. Es lo que hace aprovechando los pocos minutos que le quedan de vida.

Jesús pide al Padre el perdón no solo para los que en esos momentos se están gozando en su crucifixión, sino que también lo hace para los que a lo largo de los siglos volverán a insultarle y a mofarse de Él en sus discípulos, y pide perdón para el mundo entero porque todos somos responsables de su muerte, como todos hemos participado, en mayor o menor grado, en los insultos y en los escarnios. Jesús reza por todos: solicita el perdón para todos; para nosotros, para nuestros pecados de cada día. En el alma limpia de Jesús todos tenemos cabida, a todos nos alcanza su perdón, todos tenemos un lugar reservado en su corazón.

No es su dolor lo que le preocupa; somos nosotros, nuestros pecados; ante todo la ofensa a Dios, pero también el daño que nos hace a cada uno de nosotros. Es tal el mal que produce que no hay en la tierra remedio para saldarlo.

Pide el perdón y se pone a sí mismo como garante, como avalista. No dice al Padre que los perdone porque son buenos, sino porque Él se lo pide. Y lo pide cuando aún siguen sus adversarios manifestando su hostilidad y su inquina. Su perdón es la respuesta a la vesania de sus enemigos, presentes y futuros, siendo garantía del mismo para las generaciones futuras.

S. Juan se dirigía a los cristianos de la primera y la segunda generación y les decía: *si alguno peca, tenemos a uno que aboga ante el Padre; a Jesucristo, el justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino también por los del mundo entero*[66].

Jesús sigue siendo nuestro mediador, nuestro intercesor, la víctima de propiciación que ofrece al Padre sus méritos infinitos en virtud de los cuales nos perdona siempre.

Contra el odio y el desenfreno de aquí abajo, Jesús apela a la magnanimidad divina; al amor de Dios, pues solo él es capaz de superar las locuras y los crímenes de la tierra. Jesús cambia el rumbo de los hombres y con Él entra una nueva fuerza más poderosa que el mal existente en la tierra.

S. Pablo nos recuerda que *vivíamos en servidumbre, bajo los elementos del mundo; mas al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer*[67] y esa venida ha originado el cambio de siervos a hijos. Es el reino del perdón y del amor.

Jesús ama, nos ama, y de ese amor surge su perdón. El perdón siempre nace del amor.

Jesús ama a todos los hombres, a la humanidad entera, pues si vino al mundo fue para buscar al hombre perdido por el pecado, para salvarlo con su muerte. *Tanto amó Dios al mundo, dirá S. Juan, que le dio a su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él*[68].

El amor infinito de Dios por la humanidad le empuja a enviarle a su propio Hijo. El amor del Hijo, el amor de Jesús, le lleva a la cruz y le lleva a perdonar. Decía el Papa Pablo VI: *Toda nuestra religión es una revelación de la bondad, de la misericordia, del amor de Dios por nosotros. «Dios es amor», es decir, amor que se difunde y se prodiga; y todo se resume en esta gran verdad que todo lo explica y todo lo ilumina. Es necesario ver la Historia de Jesús bajo esta luz*[69].

El perdón es respuesta libre que hace el hombre bueno; es respuesta de vida que apaga el fuego de la muerte; es vida. Fruto, sí, del amor, pero a la vez origen de nuevo amor.

JESÚS EXCUSA A LOS QUE LE CRUCIFICAN

En su petición de perdón al Padre para los que le están insultando, apostrofando, torturando y crucificando, Jesús busca una excusa para ellos y alega ante el Padre su ignorancia.

Nosotros, que tenemos una mirada más corta, más ruin, que la de Jesús encontramos muy difícil admitir la ignorancia de aquellas gentes. Tal vez podría aplicarse a los soldados que habían ejecutado la sentencia. Ellos eran unos mandados, simplemente cumplían órdenes, y su deseo más sentido era acabar cuanto antes con aquella misión.

Menos claro se ve esa ignorancia en el resto de cuantos intervinieron, de una u otra manera, en el drama.

Difícilmente podría alegar ignorancia el gobernador romano, Poncio Pilato. Él mismo había afirmado, reiteradas veces, que lo consideraba inocente; hasta su misma mujer le había solicitado clemencia para aquel reo tan singular y él había organizado la pantomima de lavarse las manos para expresar que no se hacía responsable de aquella sentencia a muerte que firmaba contra Jesús. Así manifestaba su convencimiento de que era justo e inocente de cuantas culpas se le asignaban.

Herodes se había reducido a mofarse de Él como represalia por no satisfacer su curiosidad. No lo había condenado, simplemente lo había despreciado.

Los escribas y los fariseos eran los profesionales de la ley. Conocían mejor que nadie las sagradas escrituras y, por ello, todas las profecías sobre el futuro Mesías. Habían leído mil veces, y explicado otras tantas, las palabras de Isaías sobre «el siervo de Yavé». Conocían los milagros obrados por Jesús, la resurrección de Lázaro, la multiplicación de los panes y los peces, la curación de los leprosos que ellos mismos habían certificado; medían como nadie la intuición de la gente sencilla que le seguía o pocos días antes le había aclamado entrando en Jerusalén. No es fácil aducir ignorancia en quienes ostentaban el título de doctores.

¿Podría aducir ignorancia Judas, el discípulo traidor? ¿Acaso no había coincidido y

convivido con Jesús durante tres años? ¿No había presenciado los milagros? ¿No había gozado de la confianza del Maestro, y de sus mismos compañeros, que le nombraron depositario de las limosnas, de sus pobres caudales? ¿No había anunciado por pueblos y aldeas la llegada de Jesús contemplando, asombrado, los prodigios que ellos mismos hacían en nombre del Señor? Él era testigo cualificado de la vida austera de Jesús y de su preocupación por los desvalidos y los marginados de la sociedad, a los que tantas veces había socorrido. Es difícil que Judas pueda alegar ignorancia.

La misma multitud que había presionado ante Pilato para que le condenase a muerte ¿de verdad era ignorante de lo que pedía? Ciertamente cuando el hombre se masifica pierde su personalidad y grita lo que gritan los demás, y repite las consignas dictadas por quienes los manejan, pero esa misma multitud había presenciado sus milagros, más de uno habría comido del pan milagroso bendecido y multiplicado por el Señor y sabría que no eran más que cinco los panecillos con los que habían comido, hasta hartarse, más de cinco mil personas; no pocos habrían participado en las aclamaciones del Domingo anterior gritando que Jesús era el Mesías Redentor y ahora Jesús los excusa alegando su ignorancia ¡Qué difícil nos resulta a nosotros admitir esa ignorancia!

¿Ignorantes Pilato, Herodes, Anás y Caifás, los escribas y fariseos, los sanedritas, el pueblo? Y Jesús no miente.

Solo Él conoce hasta el fondo la naturaleza del hombre y solo Él conoce mejor que nadie hasta qué punto el hombre se auto-convence, se ciega a sí mismo y se vuelve ignorante de cuanto le molesta; culpablemente ignorante, pero ignorante. Judas, sin duda, llegó a convencerse de que lo mejor para el pueblo y para ellos mismos, para el grupo de sus seguidores, era entregar a Cristo y ponerlo en manos de sus enemigos. Anás y Caifás se sentirían defensores del honor de Dios al condenar a quien se llamaba a sí mismo Hijo de Dios. Pilato con la pantomima de la palangana se consideraría libre de un error que, pensaría, no era suyo sino de los que le habían puesto en sus manos. El pueblo, tan voluble siempre, consideraría como un deber seguir las consignas de sus dirigentes, más entendidos que ellos y más conocedores de cuanto enseñaban las escrituras santas.

Eran culpables y por eso Jesús pide al Padre que los perdone, pero a la vez eran ignorantes. Así lo afirmó S. Pedro en el atrio del Templo después de curar a un cojo que pedía allí limosna. Después de curarle y, ante el estupor de la gente que había presenciado el milagro, S. Pedro les predica a Jesús, en cuyo nombre se ha obrado aquel prodigio, y les anuncia que Jesús es el Mesías esperado, al que ellos habían crucificado, pero *sé*, afirma, *que obrasteis por ignorancia, lo mismo que vuestros jefes*[70].

Lo mismo afirma S. Pablo en su primera carta a los cristianos de Corinto cuando, refiriéndose a los príncipes de este mundo, dice que de haber conocido la sabiduría de Dios *nunca habrían crucificado al Señor de la gloria*[71].

Siempre el que hace mal es ignorante de lo que hace y por ello se puede afirmar como el Señor que no saben lo que hacen.

¿Sabía S. Pablo qué hacía cuando perseguía a los cristianos? Él mismo nos dice que lo hacía por celo; un celo que le llevaba hasta usar la violencia contra aquellos que él

consideraba que quebrantaban la ley. Así lo escribe a los gálatas: *Habéis oído mi conducta de otro tiempo en el judaísmo, cómo perseguía con ardor a la Iglesia de Dios y la devastaba, aventajando en el celo por el judaísmo a muchos de los coetáneos de mi nación y mostrándome defensor de las tradiciones paternas*[72] y a los filipenses les asegura que persiguió a la Iglesia por el celo de la ley, alegando su condición de judío y de fariseo.

Más contundente se muestra ante el rey Agripa: *Yo me creí en el deber de hacer mucho contra el nombre de Jesús Nazareno, y lo hice en Jerusalén, donde encarcelé a muchos santos, con poder que para ello tenía de los príncipes de los sacerdotes, y cuando eran muertos yo daba mi consentimiento. Muchas veces por todas las sinagogas, les obligaba a blasfemar a fuerza de castigos y, loco de furor contra ellos, los perseguí hasta en ciudades extranjeras*[73].

A S. Pablo le parecía no solo lícito sino hasta elogiable aquella violencia apasionada y partidista, y, sin embargo, comprende ahora que no estaba en la verdad, que estaba equivocado porque ignoraba la verdad sobre Jesús y sus seguidores. El apóstol se da cuenta de su ceguera y comprende su equivocación por lo que *da gracias a nuestro Señor Cristo Jesús, que se fortaleció, por haberme juzgado fiel al confiarme el ministerio a mí, que primero fui blasfemo y perseguidor violento, mas encontré misericordia, porque lo hacía por ignorancia en mi incredulidad*[74].

Así se entrecruzan la ignorancia del hombre y el perdón de Dios.

Quizá ningún pecador escapa a esa ausencia de conocimiento y, por tanto, al alcance de aquella impetración de perdón que brota del corazón de Cristo que muere en la cruz. Sin embargo, esto no debe empujar a nadie a no tomar en serio la riqueza de la bondad, de la tolerancia y de la paciencia de Dios hasta no reconocer que tal bondad le invita a la conversión.

Sabemos que hacemos mal cuando ofendemos a Dios, pero a la vez no sabemos; no somos capaces de llegar hasta el fondo de ese mal. Por eso cuando nos damos cuenta de lo que hicimos, desearíamos no haberlo hecho y le pedimos perdón al Señor.

Dar a Dios nuestro amor, nuestro pobre amor, o negárselo es optar por un bien infinito o por un mal infinito. Ese es el dilema de nuestra vida: optar por Dios u optar contra Dios. Es el dilema que nos hace incomparablemente más grandes de cuanto podamos imaginar para el bien o para el mal. Llevaba razón Pascal cuando decía: *los elegidos ignoraron su virtud y los malvados la enormidad de sus crímenes*[75].

Jesús desde la cruz no contempla la injuria que le dirigen aquellos hombres. Tiende su vista por encima de las cosas, de las injurias, de las ofensas que, por grandes que sean, a nosotros siempre nos parecerán pequeñas ante la infinitud de Dios. Piensa que Él no ha venido para juzgar al mundo sino para que se salve por Él[76].

Jesús en la cruz no pide perdón solo para los que, presentes, le injurian, le apostrofan o le crucifican, sino que su petición de perdón abarca a toda la humanidad, pues, de algún modo, la humanidad entera es responsable de aquella situación.

Jesús pide perdón al Padre para todos, los de entonces y los de ahora, que aun sabiendo que Cristo es Dios, siguen, seguimos, siendo ignorantes y ciegos al pecar.

No sabemos la categoría de la ofensa que le hacemos al amor de Dios, ni somos capaces de alcanzar la profundidad del mal infinito que supone el contrariar al amor infinito que Dios nos tiene. Ni el daño que nos hacemos a nosotros mismos al pecar, al rechazar el amor de Dios, aquí en la tierra, ni el que nos hacemos para toda la eternidad autoalejándonos del Amor. No captamos si no es una mínima parte de la malicia que contiene en sí el pecado y por eso Jesús se acoge a nuestra ignorancia para pedir al Padre nuestro perdón.

JESÚS NOS MARCA EL CAMINO

Los cristianos somos los discípulos de Cristo, y es misión del discípulo no solo conocer la enseñanza del maestro sino también imitarle en su vida.

Jesús es el Maestro; en alguna ocasión les recordó a sus discípulos que si ellos le llamaban maestro es porque lo era y en otro momento se presentó como *el camino, la verdad y la vida*[77]. Él es nuestro maestro y nuestro modelo, el camino y la verdad, que deberemos imitar si queremos ser auténticos discípulos.

Jesús nos da una lección de perdón y comprensión hacia los que le persiguen y calumnian, hacia los que le torturan y crucifican. Y ese es el camino que debemos llevar los cristianos si queremos ser verdaderos discípulos de Cristo. Ejemplos no nos faltan.

Aún no se habían cumplido seis años desde que Jesús había muerto en la cruz, había resucitado y ascendido a los cielos, había la Iglesia iniciado su devenir histórico cuando fue muerto por lapidación el diácono S. Esteban. Era el primer cristiano que entregaba su vida por serlo. S. Lucas nos refiere su martirio y nos dice que, mientras le lapidaban *oraba diciendo: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Puesto de rodillas exclamó con fuerte voz; no les tengas en cuenta este pecado*[78].

Desde entonces han pasado más de dos mil años y son cientos, miles, los cristianos que han muerto con semejantes palabras en sus labios: Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen, Señor no les tengas en cuenta este crimen, os perdono por amor a Jesucristo u otras parecidas, pero en todo caso expresando su perdón.

El martirio es una gracia que lleva consigo otras muchas gracias, entre las que se encuentran: el valor, la fortaleza, la serenidad, la paz.

Permíteme que te trasmita el testimonio de un señor mayor sobre su propio padre, que me contaba no hace mucho tiempo. «Mi padre, me decía, era un trabajador corriente, un hombre normal, que se ganaba el sustento propio y el de su familia detrás de un mostrador. Jamás había pertenecido a partido político alguno; toda su acción política se reducía a votar a quien creía en conciencia que debía hacerlo, cuando había elecciones, y nada más; sí pertenecía a la asociación de Acción Católica de la parroquia y todos los días, antes de iniciar su trabajo, acudía a oír Misa a una capilla de la catedral de su ciudad; también por la tarde, cuando terminaba su trabajo, tenía costumbre de pasar por la parroquia para saludar al Señor y contarle las incidencias del día.

En 1936, me decía, yo tenía seis años, han pasado más de setenta, pero tengo grabada en la retina la escena con la misma nitidez que el primer día. Una mañana del mes de

Agosto, temprano, llamaron a la puerta de casa de forma un tanto violenta; mi madre salió a abrir y se encontró en la puerta a tres milicianos mal encarados y bien armados preguntando por mi padre que en ese momento apareció en el portal: qué deseáis, preguntó, y ellos le dijeron que los acompañase a declarar; mis hermanos y yo, todos pequeños, nos arremolinamos alrededor de mi madre que empezó a llorar mientras mi padre era conducido por aquellos señores; no pudo despedirse de nosotros y sí volverse desde el dintel de la puerta para decir a mi madre: *prométeme que los vas a perdonar, porque de lo contrario no moriré tranquilo*. Media hora más tarde yacía su cadáver en una cuneta a dos o tres kilómetros del pueblo».

La enseñanza de Jesús en la cruz, no ha dejado de tener imitadores.

Pero la mayoría de los cristianos no se encontrarán en esta tesitura de dar su vida por Cristo; de obtener la gracia del martirio, porque de una gracia se trata, ya que uno no busca ser mártir, se encuentra siendo mártir con todas las gracias que mencionábamos hace un momento.

Permitidme un nuevo testimonio. Se trata de la carta de una religiosa bosnia, vejada y violada por los milicianos serbios en la guerra serbio-bosnia de los años finales del siglo XX. La dirige a la Superiora general de su congregación y le cuenta en ella lo acontecido y sus sentimientos. Resulta un poquito larga, pero vale la pena. Dice así:

Soy Lucía Vetruse, una de las novicias violadas por las milicias servias. Le escribo sobre lo que me ha acaecido a mí y a las hermanas Tatiana y Sendria. Permítame que no le dé detalles. Ha sido una experiencia atroz que no se puede comunicar más que a Dios, a cuya voluntad me entregué cuando me consagré a Él con los tres votos.

Mi drama no es solo la humillación que he sufrido como mujer, ni la ofensa irreparable hecha a mi opción existencial y vocacional; sino la dificultad de insertar en mi fe un acontecimiento que ciertamente forma parte de la misteriosa voluntad permisiva de Aquel a quien yo continúo considerando mi esposo divino.

Había leído días antes los «Diálogos de carmelitas» de Bernanos, y me había surgido espontáneamente pedir al Señor morir mártir. Él me ha tomado la palabra, pero ¡de qué manera! Me encuentro ahora en una angustiosa oscuridad interior. Ellos han destruido mi proyecto de vida —que yo consideraba definido— y me han trazado otro nuevo que aún no acierto a descubrir.

Le escribo, Madre, no para recibir consuelo, sino para que me ayude a dar gracias a Dios por haberme asociado a millares de compatriotas mías —ofendidas— y a aceptar la maternidad no deseada... Mi humillación se suma a las de las demás, y solo puedo ya ofrecerla por la expiación de los pecados cometidos por anónimos violadores y por la paz entre dos etnias opuestas, aceptando la deshonra sufrida y entregándola a la piedad de Dios.

No se asombre de que le pida compartir conmigo una gracia que pudiera parecer absurda. He llorado en estos meses todas las lágrimas por mis hermanos, asesinados por los mismos agresores que van aterrorizando nuestras ciudades. Pensé que ya no podría sufrir muchas cosas más: nunca creí que el dolor pudiera alcanzar tales dimensiones.

A la puerta de nuestros conventos, llamaban cada día centenares de criaturas famélicas, con la desesperación en los ojos. La semana pasada una joven de dieciocho me había dicho: «Afortunada Vd. que ha escogido un sitio donde la milicia no puede entrar»; y añadió: «Usted no sabe lo que es la deshonra». Lo pensé despacio y ví que se trataba del dolor de mi gente; y casi sentí vergüenza al estar excluida de su entorno.

Ahora soy una de ellas —una de tantas mujeres anónimas de mi pueblo, con el cuerpo destrozado y el alma saqueada—. El Señor me ha admitido al misterio de la vergüenza; es más: a esta hermana suya, le ha concedido el privilegio de comprender hasta el fondo la fuerza diabólica del mal.

Sé que, de hoy en adelante, las palabras de valor y consuelo que trataré de sacar de mi pobre corazón serán de verdad creídas por la gente, porque mi historia es la suya, y mi resignación, sostenida por la fe, podrá servir, si no de ejemplo, al menos de confrontación con sus reacciones morales.

Todo ha pasado, Madre, pero ahora comienza todo.

En su llamada telefónica, después de decirme palabras de consuelo que agradeceré toda la vida, me hizo usted una pregunta: «¿Qué harás de la vida que te ha sido impuesta en tu vientre?». Sentí que mi voz temblaba al hacerme esta pregunta, que no podía ser respondida de inmediato —no porque no haya reflexionado sobre la elección que tenía que hacer, sino porque usted no quería turbar con eventuales proyectos mis decisiones—.

Lo he decidido ya: si soy madre, el niño será mío y de ningún otro. Lo podría confiar a otras personas, pero él tiene derecho a mi amor de madre, aunque no haya sido deseado, querido. No se puede arrancar una planta de sus raíces. El grano que ha caído en una tierra tiene necesidad de crecer allí.

Realizaré mi vida religiosa, pero de otro modo. No pido nada a mi Congregación, que me lo ha dado ya todo. Estoy agradecida a la fraternidad de mis hermanas y a sus atenciones; sobre todo, por no haberme molestado con peticiones indiscretas.

Me iré con mi hijo. No sé dónde, pero Dios, que ha roto de improviso mi mayor alegría, me indicará el camino que tendré que seguir para cumplir su voluntad.

Seré pobre; retomaré el viejo delantal y me pondré los zuecos que usan las mujeres en los días de trabajo; e iré con mi madre a recoger resina de los pinos de nuestros grandes bosques... Haré todo lo posible por romper la cadena de odio que destruye nuestros países. Al hijo que espero, le enseñaré solamente a amar. Mi hijo, nacido de la violencia, será testigo, a mi lado, de que la única grandeza que honra a la persona es la del perdón[79].

Ciertamente: la enseñanza de Jesús en la cruz, no ha dejado de tener imitadores.

Para la mayoría de los cristianos, de los discípulos de Cristo su vida discurrirá de forma normal, en el trabajo, en la familia, en la vida social con parientes y amigos, y también aquí habremos de perdonar.

En el trato con los demás, en el trabajo, en las relaciones sociales, en la familia, en la convivencia diaria es inevitable que se produzcan pequeños roces, pequeñas disputas, incluso momentos en que parientes o amigos se porten de modo poco noble dejando una

herida más o menos profunda en el corazón, y es aquí donde Jesús nos enseña a perdonar.

Hemos considerado más arriba la contestación del Señor a Pedro cuando este consideraba excesivo perdonar a su hermano hasta siete veces y Jesús le contesta que no solo siete sino hasta setenta veces siete debía perdonar. Jesús nos pide que perdonemos siempre; que sepamos disculpar siempre.

Decías Santo Tomás que *la misericordia de Dios se manifiesta, sobre todo, en el hecho de perdonar y usar de misericordia, porque la manera que Dios tiene de demostrar su poder supremo es perdonar libremente*[80] y S. Juan Crisóstomo afirmaba que *nada nos asemeja tanto a Dios como estar siempre dispuestos a perdonar*[81].

Un perdón que debe ser sincero, aunque cueste, pues de lo contrario terminaría anidando en los repliegues del alma el rencor; que no humille a la persona perdonada, pues si carece de humildad y sencillez no es verdadero perdón; perdonar es olvidar la ofensa, pues de lo contrario no parece un perdón auténtico y sincero.

Ordinariamente no sufriremos grandes injurias; ni serán necesarios grandes discursos para manifestar nuestro perdón; una simple sonrisa, un saludo, un gesto amable bastarán para mostrar que en nuestro corazón no se ha incrustado el rencor y que la pequeña ofensa no permanece en el baúl de los recuerdos; de que no existen en nuestra vida listas de agravios.

No podemos consentir que al menor roce se enfríe nuestra caridad hacia el prójimo, cuando vemos el ejemplo de Cristo y el ejemplo de tantos cristianos, sus discípulos, perdonando la mayor de las ofensas, de las injurias, cual es el quitarles la vida, el más preciado de cuantos dones ha concedido al hombre.

También aquí, como en tantas otras ocasiones será bueno reconocer que son muchas las veces que hemos molestado a los demás, que les hemos ofendido, a veces, las más, sin ser excesivamente conscientes de que lo hacíamos, de lo que decíamos o hacíamos, guiados por el cansancio o la inconsciencia.

Reconocer nuestras muchas deudas con Dios también nos ayudará a considerar las pequeñas ofensas que nos hagan los demás como cosa de poca importancia, pues resultarán ridículas si las comparamos con las que nosotros hemos infringido al Señor.

Siempre será bueno el consejo de S. Josemaría Escrivá: *Hemos de comprender a todos, hemos de disculpar a todos, hemos de perdonar a todos. No diremos que lo injusto es justo, que la ofensa a Dios no es ofensa a Dios, que lo malo es bueno. Pero, ante el mal, no contestaremos con otro mal, sino con la doctrina clara y con la acción buena: ahogando el mal en abundancia de bien*[82].

Si Dios me ha perdonado a mí, motivos hay más que suficientes para que yo perdone a los demás.

Comentando S. Juan Crisóstomo la parábola de aquel siervo que, después de recibir el perdón de una enorme deuda de su amo y señor, fue incapaz de *perdonar* a su vez una cantidad ridícula que le debía un compañero, dice: *También a nosotros se nos pedirá cuenta de los mandamientos que se nos han dado, y, por más que hagamos, no tendremos con qué pagar. Por eso Dios no ha dado un camino llano y fácil para pagar,*

un medio sencillo con qué saldar nuestra deuda: no guardar nunca rencor contra nuestro prójimo[83]. Y en otro lugar dice el mismo santo: *Dos cosas quiere el Señor de nosotros: que consideremos nuestros propios pecados y que perdonemos los de nuestro prójimo (...), pues aquel que considera sus propios pecados estará más pronto al perdón de su compañero. Y no perdonar solo de boca, sino de corazón. (...) Esforcémonos, pues, por no querer mal a nadie, para que Dios nos ame. Así, cuando le debamos diez mil talentos, se compadecerá de nosotros y nos perdonará*[84].

Si Dios nos perdona con tanta generosidad, no tenemos nosotros derecho a no perdonar, y mucho menos a guardar rencor en nuestro corazón y quien haya ofendido, por más grande que consideremos dicha ofensa.

Otra enseñanza más que nos da Jesús en esta primera palabra suya desde la cruz es la necesidad de disculpar.

Jesús no solo perdona y pide al Padre perdón para cuantos le ofenden, sino que además los excusa, aminorando de ese modo la gravedad de la ofensa.

Si a nosotros nos cuesta trabajo perdonar, más trabajo nos cuesta aún el disculpar; disculpar a los demás, se entiende, porque para nosotros mismos siempre encontramos razones que aminoren, disminuyan o eliminen nuestras culpas. No así con los demás para los que no solo no hay disculpas del hecho objetivo malo, sino que llegamos incluso a juzgar la intención torcida de quien lo realiza.

Es preciso ser comprensivos y tolerantes como lo fue el Señor, no solo en la cruz, sino a lo largo de toda su vida. No juzgar como bueno lo que es malo, pero tampoco condenar porque sí a quien lo realizó.

Siempre será bueno seguir aquel consejo que dejó escrito S. Josemaría Escrivá: *No queramos juzgar. —Cada uno ve las cosas desde su punto de vista... y con su entendimiento, bien limitado casi siempre, y oscuros o nebulosos, con tinieblas de apasionamiento, sus ojos, muchas veces.*

Además, lo mismo que la de esos pintores modernistas, es la visión de ciertas personas tan subjetiva y tan enfermiza, que trazan unos rasgos arbitrarios, asegurándonos que son nuestro retrato, nuestra conducta...

¡Qué poco valen los juicios de los hombres! —No juzguéis sin tamizar vuestro juicio en la oración[85].

[42]Mt 5, 44.

[43]Mt 5, 23.

[44] La Fontaine. *Fábulas 1*, VII,228.

[45]Jn 13, 1.

[46] Cardenal G. Grente *Padre nuestro*. Ed. Rialp. Madrid 1956. pág. 144-145.

[47]Lc 9, 54.

[48]Mt 28, 21.

[49] S. Juan Crisóstomo. *Hom. Sobre S. Mateo*, 61.

[50]Mt 9, 9-10.

[51]Lc 19, 5-10.

[52]Lc 7, 46-47.

[53]Jn 4, 39.

[54]Mc 2, 1-12.

[55]Jn 8, 10-11.

- [56] Mt 20, 28.
[57] Jn 13, 1.
[58] Jn 15, 13.
[59] Jn 12, 42.
[60] Jn 12, 45.
[61] Lc 23, 47.
[62] Mt 27, 54.
[63] Lc 23, 48.
[64] Mt 5, 44.
[65] Lc 6, 27-35.
[66] 1 Jn 2, 1-2.
[67] Gal 4, 3.
[68] Jn 3, 16-17.
[69] Pablo VI. *Homilía*. 13-VI-1974.
[70] Hch 3, 17.
[71] 1 C 2, 8.
[72] Gl 1, 13-14.
[73] Hch 26, 9-11.
[74] 1 Tm 1, 12-14.
[75] Pascal, *Pensamientos*. Nº 515.
[76] Jn 3, 17.
[77] Jn 14, 6.
[78] Hch 7, 59-60.
[79] Pablo Domínguez Prieto. *Hasta la cumbre*. Madrid 2009. 6ª ed. Pág. 161-164.
[80] Santo Tomás. *Suma teológica*, 1, q. 25, a.3
[81] San Juan Crisóstomo. *Homilías sobre S. Mateo*, 30, 5.
[82] San Josemaría Escrivá. *Es Cristo que pasa*, nº 182.
[83] San Juan Crisóstomo. *In Mathaeum homiliae*, 61, 3.
[84] Idem, nº 61, 5.
[85] San Josemaría Escrivá. *Camino*, nº 451.

SEGUNDA PALABRA

En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso (Lc 23, 43)

Es S. Lucas el que nos ha transmitido la que se considera segunda palabra de Cristo en la Cruz.

Dice el evangelista: *Llevaban también con él a dos malhechores para matarlos. Cuando llegaron al lugar llamado «Calavera», los crucificaron allí a él y a los dos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda (...)*

Uno de los malhechores crucificado le injuriaba diciendo: ¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros. Pero el otro le respondía: ¿Ni siquiera tú, que estás en el mismo suplicio, temes a Dios? Nosotros estamos aquí justamente, porque recibimos lo merecido por lo que hemos hecho; pero este no ha hecho ningún mal. Y decía: Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino. Y le respondió: En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso[86].

EL MISTERIO DE LA LIBERTAD HUMANA

En este pasaje del evangelio queda reflejado el misterio de la libertad humana. Ambos malhechores se encontraban en las mismas circunstancias, el mismo suplicio. Ambos pagan la misma o parecida falta.

Uno aprovecha sus últimas energías para insultar a Jesús uniéndose a los que le injuriaban y se mofaban de él; el otro aprovecha la cercanía del Señor para reconocer sus faltas, sus delitos, admitiendo la justicia de su condena. A uno esto le sirve para apartarse aún más de Dios; al otro para acercarse a Dios y conseguir su salvación.

A uno el suplicio le sirve para endurecer más y más su corazón, para desesperarse y blasfemar; al otro para arrepentirse, para acudir a Cristo y obtener la promesa de una inmediata salvación.

El destino de los ladrones representa las reacciones desiguales del hombre ante el sufrimiento, que lo mismo puede acercar a Dios y liberar las almas, que rebelarse contra Él y endurecer el alma. Hay cruces que llevan a Dios abriendo la puerta del paraíso y hay cruces que se traducen en blasfemias que rechazan a Dios.

El mal ladrón se enciende más en su odio a la humanidad. Seguramente había vivido al margen de la ley. Tal vez consideraría injusta su situación y las leyes que la provocaban. A lo mejor había sido un revolucionario que había escapado de la justicia en múltiples ocasiones, pero ahora había perdido la partida y ello le llenaba de odio que traducía en aquellas expresiones llenas de cólera.

No es aventurado pensar que el odio que demuestran sus palabras en la cruz contra Jesús se viniese fraguando desde el momento en el que iniciaron juntos el camino hacia el calvario.

Posiblemente sería un líder entre los suyos, acostumbrado al protagonismo y al halago, y ahora se veía desplazado por quien consideraba un intruso que, incluso, era causa de que se acelerase su ejecución realizándose antes de lo previsto.

En él nadie se fijaba, a nadie conmovía, era otro el protagonista de aquella comitiva en la que a él le habían dejado el papel de comparsa, de simple acompañante; nadie se preocupaba de él; todas las miradas iban dirigidas a otro, incluso las mofas y los insultos; se sentía desplazado él que siempre había llevado la voz cantante entre el grupo de amigos y compinches de fechorías y aquello le resultaba insoportable. Todo su rencor y su odio se desató en la cruz.

Se había convertido en «un don nadie» y eso le exacerbaba. Toda aquella gente, aquella multitud, que les seguía, incluidos los jefes del pueblo, no lo hacía por él, sino por el otro; por ese embaucador de gente ignorante por el que lloraban unas mujeres y por el que parecía inclinarse hasta el mismo Centurión romano.

Por eso insultaba a Jesús; por eso se mofaba de él: *¿pues dice que es el Hijo de Dios? ¡Que lo demuestre! Si es verdad que a otros libró, que demuestre ese poder con nosotros, sus compañeros de suplicio.*

Tal vez en algún momento llegó a pensar que aquello era verdad y a ilusionarse con un milagro, con un golpe de efecto, que dejase libres a los tres condenados; pero la realidad demostraba lo contrario; veía que aquello no iba a suceder y la rabia y el odio aumentaba en su corazón ante la esperanza fallida. Había admitido, aunque solo fuese por un momento, una esperanza de liberación que veía truncada y eso acrecía el odio y el rencor hacia quien sufría como él en el mismo suplicio. Desesperado como estaba, aquel sueño frustrado le parecía un engaño e, incluso, una traición.

Para el buen ladrón el sufrimiento, la cercanía de la muerte, le hace recordar anteriores etapas de su vida en las que posiblemente fue un judío, si no piadoso, al menos creyente, conocedor de los misterios de la religión, entre los que se encontraba el de la misericordia divina. Tal vez habría oído hablar de Jesús; incluso pudo haberle escuchado en alguna ocasión o tenido conocimiento de sus milagros; en todo caso había visto su comportamiento desde que emprendieron la marcha hacia el Calvario: había observado su silencio, su mirar lleno de compasión hacia aquellas gentes que le injuriaban; había oído las palabras llenas de ternura dirigidas a las mujeres que lloraban por Él; había contemplado su dignidad, su majestad en medio de aquellos tormentos tan horribles, de aquellos insultos, de aquellas blasfemias; y todo ello le había hecho reflexionar, verse culpable, arrepentirse de su mala vida y ver en Cristo a su redentor. Para convertirse en discípulo de Jesús no necesitó ningún milagro, le bastó ver el sufrimiento del Señor.

Ya en la cruz había oído al compañero de suplicio, más injuriado y vilipendiado que él mismo unas palabras inauditas y para él difícilmente imaginables: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.* Y aquella frase le removió el corazón.

Era para él algo tan nuevo, tan inusitado, tan extraño, incluso tan absurdo, tan desconocido en su mundo marginal, tan proclive a la venganza, que se olvidó por un instante de su dolor recordando seguramente aquellos años en los que él mismo había gozado de paz y tranquilidad de conciencia. Años en los que aún contaba con Dios

aunque posiblemente le faltase el pan.

Es posible que se hubiese envuelto en aquel torbellino de robos y maldad; es posible que la vida de miseria y dolor le hubiesen abocado a una situación nunca deseada por él; es posible que no hubiese sido demasiado consciente de lo que hacía; pero en todo caso las palabras del Señor engendraron en él sentimientos opuestos a los engendrados en su compañero de fechorías.

A través de la conciencia de su culpa le llegó la certidumbre de la misericordia de quien a su lado tenía palabras de perdón y disculpa para quienes le injuriaban y maldecían.

Con un instinto certero reconoció que aquel compañero de suplicio y sufrimiento era inocente; un hombre inocente en el que no tenían cabida ni el odio ni el rencor, desconocedor de la venganza.

Es el misterio de la libertad humana. Ante los mismos estímulos reacciona de modo diferente. Lo que a uno le sirve de arrepentimiento al otro le lleva al empecinamiento.

Comentando S. Agustín esta escena decía: *En el Calvario hay tres cruces, cada una con su reo; uno da la salvación, otro la recibe y un tercero la desprecia. Para los tres la pena es la misma, pero todos mueren por distinta causa*[87].

Jesús, en medio de aquellos insultos, del griterío de la gente, pudo oír, escuchar, las palabras de quien le reconocía como Dios, reconocimiento que serviría para aliviar de algún modo su sufrimiento, y le contestó: *En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso*[88].

Dice S. Ambrosio: *El Señor concede siempre más de lo que se le pide; el buen ladrón solo pedía que se acordase de él; pero el Señor le dice: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso».* La vida consiste en habitar con Jesucristo, y donde está Jesucristo, allí está su reino[89].

Jesús proclama su divinidad puesto que dispone de la suerte eterna, en este caso la salvación, de aquel ladrón que supo robar el cielo en el último instante de su vida.

Jesús se muestra como Dios y, por ello, hace gala de su misericordia infinita; no rechaza a quien se arrepiente con sinceridad de su mala vida.

Jesús revela la fe en la vida eterna. Los que mueren siendo amigos de Jesús, los que mueren en gracia de Dios, se van al cielo; no así los que mueren rechazando a Dios como el mal ladrón.

Mientras caminamos en esta vida podemos arrepentirnos de nuestros malos pasos, pues sabemos que Dios tiene los brazos abiertos para darnos un abrazo de paz y perdón. Nadie, por tanto, puede desesperar. También nosotros, como el buen ladrón, podemos conquistar el cielo aunque sea en el último momento de nuestra vida si, arrepentidos, volvemos nuestra mirada hacia el Señor para decirle: *acuérdate de mí, Señor.*

JESÚS ACOGE A TODOS

Jesús escucha las palabras de aquel malhechor arrepentido y contesta sin vacilación. Ha guardado silencio ante los insultos de la chusma, ha callado antes el sarcasmo de los

sacerdotes del Templo, no ha contestado a las imprecaciones del mal ladrón, pero contesta sin vacilar a la petición de quien, olvidando por un instante su sufrimiento, le suplica un recuerdo cuando pase aquel dolor y le responde.

No puede callarse, como no lo hizo cuando los fariseos hipócritas le echaban en cara que curaba en sábado a un hombre enfermo o cuando pensaban torcidamente por admitir las lágrimas de aquella mujer de mala vida que derramó en sus pies un baso de perfume costoso, que tanto escandalizó a Judas, el discípulo traidor.

Jesús responde a aquel malhechor condenado justamente, según él mismo reconoce, *en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*[90]. Es una respuesta tajante, una promesa que supera inmensamente lo solicitado y que va precedida de unas palabras que para todo buen israelita suponían, según la opinión de no pocos, un juramento que ponía a Dios por testigo: *en verdad, en verdad, te digo*.

Si el buen ladrón tuvo fe en la súplica, Jesús responde con una soberana serenidad y una total seguridad.

Ciertamente Jesús no hace otra cosa que cumplir con lo que había prometido: *a quien me confesare delante de los hombres, habíame dicho, yo le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos*[91].

El Cardenal Journet afirma con verdad: *si tú amas a Jesús en el tiempo, serás amado por Jesús en la eternidad*[92].

El buen ladrón expresa un vulgar deseo: que tenga un recuerdo para él en su reino, y Jesús le contesta con una certeza: hoy, cuando termine este sufrimiento y la muerte acabe con este suplicio, estarás conmigo, porque estar conmigo que soy el Cristo, el Mesías prometido, el Redentor del mundo, es gozar del paraíso, del cielo, de la felicidad eterna.

Si todas las acciones de Jesús, sus palabras y sus hechos, nunca son pura anécdota, puesto que gozan de singular trascendencia, tampoco lo es el diálogo entre Jesús y el buen ladrón.

El Apocalipsis pone en boca del Señor estas palabras: *He aquí que hago nuevas todas las cosas*[93] y es en la cruz donde se inaugura esa nueva tabla de valores, tan novedosa e incomprensible para quienes se niegan a admitir la trascendencia.

El primer salvado, el primero en saborear la redención obtenida por Cristo es un bandolero, un hombre que vivía fuera de la ley, un criminal que supo robar el cielo cuando estaba a punto de morir.

El buen ladrón se ha convertido en la imagen de la esperanza, en la certeza consoladora de que la misericordia de Dios puede llegarnos también en el último instante; la certeza de que, incluso después de una vida equivocada, la plegria que invoca su bondad no es vana[94].

Y es que para Jesús no hay acepción de personas. Él acoge a todos. Lo hizo con la Magdalena, aquella mujer de la vida a la que mucho se le perdonó porque mucho amó; a Zaqueo, usurero y ladrón, odiado por las gentes, que supo cambiar de vida en contacto con el Señor; recibió a los publicanos, pero también se dejó invitar a la mesa de los fariseos; se volcó con los israelitas, pero no desechó a aquellos griegos que buscaron los

buenos oficios del apóstol Felipe para hablar con el Señor. Por otra parte, no solo habló con publicanos y pecadores, con los desheredados de la fortuna, sino que tuvo amigos de todas las clases sociales: la familia de Lázaro y sus hermanas, que lo acogieron con cariño y le dieron muestras de sincera amistad en no pocas ocasiones, parece que no carecía de bienes de fortuna; Nicodemo pertenecía a la elite intelectual de Jerusalén y José de Arimatea pertenecía a la clase política del país, y ambos eran discípulos de Jesús. Entre los apóstoles estaba Mateo, que se ganaba la vida cobrando los impuestos de los romanos en el gremio de los publicanos, y Santiago y Juan con buenos conocimientos entre la clase dirigente de Jerusalén. Jesús hablaba con todos, a todos enseñaba, todos gozaron del favor de sus milagros.

Con la recepción del buen ladrón en el paraíso culmina Jesús una manera de comportarse en la vida y nos enseña cuál es el camino que nosotros debemos seguir si queremos ser sus discípulos.

Jesús demostró siempre tener un corazón grande, magnánimo, generoso, que acogía a todos, marcándonos el camino. Ese corazón que se olvida de sí, de sus dolores, de su sufrimiento, para volcarse en quien a su lado sufre como Él, es un corazón enamorado: enamorado de Dios-Padre y enamorado de los hombres, sus hermanos.

Para pensar en los demás es preciso amar. El amor es lo primero. En el corazón del hombre, de todo hombre, hay sed de amor y nosotros, todos y cada uno de nosotros, tenemos el deber y el poder de saciarlo. Claro que para ello es preciso licuar el témpano de egoísmo que se interpone entre nosotros, entre uno y otro, y, antes, entre cada uno y Dios.

El egoísmo no es lo natural. Lo natural es el amor, pero desgraciadamente el egoísmo es una perversión demasiado frecuente, que nos lleva a supervalorarnos a nosotros mismos y, si siempre pensamos en nosotros, difícilmente caeremos en la cuenta de que existen los otros, los que viven a nuestro lado, con los que nos encontramos en el ascensor, o en la parada del autobús, o en la cola del supermercado, o en el puesto contiguo de nuestro trabajo; nos situamos a demasiada distancia del otro, no nos conocemos porque no nos vemos y menos nos tratamos. Para pensar en los demás hemos de considerarlos cercanos, a nuestro lado, pues solo al que se tiene cerca se le puede amar. *Para amar a una persona*, decía la Beata M. Teresa de Calcuta, *hay que acercarse a ella. Yo no atiendo nunca a multitudes, sino solamente a personas, una a una.*

No es necesario ser expertos en la mayoría de los innumerables campos en que se dividen los conocimientos humanos, pero sí es preciso saber amar. *A la tarde de la vida*, decía S. Juan de la Cruz, *Dios nos examinará de amor.* Y Santa Teresita del Niño Jesús afirmaba: *En el corazón de la Iglesia, mi madre, yo seré el amor.*

Jesús había dicho[95] que si el primer mandamiento es amar a Dios sobre todas las cosas, el segundo es semejante al primero y consiste en amar al prójimo tanto como a nosotros mismos, y quiso que sus discípulos se distinguieran precisamente por el amor mutuo que se tuvieran entre ellos: *en esto conocerán que sois mis discípulos, si os tenéis amor entre vosotros*[96] y se nos pone como modelo: *como yo os he amado, amaos también unos a otros*, y en este ser Él el modelo radica la novedad del mandamiento.

El amor al prójimo ya estaba señalado en el Antiguo Testamento[97], pero Jesús le da un lugar tan destacado que lo coloca en el segundo puesto, semejante al primero, que es amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente. El amor al prójimo que nos pide Jesús no radica tanto en el corazón humano como en el de Él mismo, que fue capaz de dar la vida para la redención de todos. Nuestro amor al prójimo no puede separarse del amor a Dios, pues *si alguno dice que ama a Dios y aborrece a su hermano, es un mentiroso: el que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve*[98]. Por ello no puede quedarse en puro humanitarismo, sino que tiene que trascender para convertirse en la virtud cristiana de la caridad. La más importante de todas las virtudes, pues es la única que nunca desaparecerá[99].

Tampoco puede quedarse en puro sentimiento o sentimentalismo, en sentir compasión de la miseria ajena o de la desgracia puntual. Es cierto que se expresa con las virtudes humanas de la convivencia, en muestras de educación y cortesía, pero elevado a un orden sobrenatural.

La Iglesia nos enseña con doctrina del Concilio Vaticano II[100]: *El mandamiento supremo de la ley es amar a Dios de todo corazón y al prójimo como a sí mismo. Cristo hizo suyo este mandamiento del amor al prójimo y lo enriqueció con un nuevo sentido al querer identificarse Él mismo con los hermanos como objeto único de la caridad, diciendo: «cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis»*[101].

Entre los primeros cristianos era paradigmático el amor que se profesaban unos a otros que les hacía tener el mismo sentir, teniendo las cosas en común, llegando a vender sus posesiones para repartirlas entre todos conforme a la necesidad de cada uno[102].

Cuando a finales del siglo II escribía Tertuliano su *Apologeticum* señalaba como la mayor gloria del cristianismo el amor mutuo entre los cristianos que causaba pasmo y asombro en los paganos: *mirad cómo se aman*, era exclamación corriente entre los que conocían la vida de los cristianos, y este es el camino.

El egoísmo —sobra de amor a nosotros mismos, con la consiguiente falta de amor a Dios y al prójimo— al embotar la inteligencia, no solo dificulta el conocimiento de Dios, sino que también incapacita para captar la dignidad del hombre. De ahí esa afirmación tan conocida de que cuando uno expulsa a Dios de su vida, generalmente suele terminar despreciando al hombre. *El que no ama, no conoce a Dios*, decía S. Juan,[103] porque *Dios es amor*, y, podríamos añadir, que difícilmente *conocerá al hombre como creado a imagen de Dios*.

Don Álvaro del Portillo exhortaba a vivir siempre en las relaciones con el prójimo el signo más. *Vivir el signo más, no chocar con los demás, no hacer que los demás se aparten, buscar lo que une y no lo que separa. Además el signo más, es el signo de la cruz: supone mortificación, sacrificio, paciencia*[104].

Y ese signo más nos debe llevar no solo a ocuparnos materialmente de los demás, sino también a respetar su buen nombre, su fama, su personalidad, en nuestros juicios y palabras. Decía el Beato Juan Pablo II en una de sus primeras alocuciones públicas después de su elección: *Al hombre se le debe el buen nombre, el respeto, la*

consideración, la fama que ha merecido. Cuanto más conocemos al hombre, tanto más se nos revela su personalidad, su carácter, su inteligencia y su corazón. Y tanto más nos damos cuenta... del criterio con que debemos «medirlo», y qué quiere decir ser justos con él[105].

Difícilmente se podría considerar auténtica nuestra preocupación por los demás si, llevados de la ligereza en el obrar o en el decir, formamos juicios temerarios sobre su persona o sus actos, o nos aventuramos a hacer afirmaciones negativas sobre su actividad. Nunca dejarán de tener actualidad los sabios consejos de S. Josemaría:[106] *No admitas un mal pensamiento de nadie, aunque las palabras u obras del interesado den pie para juzgar así razonablemente. No hagas crítica negativa: cuando no puedas alabar, cállate.* Si lo hacemos es porque nos falta amor. Si juzgamos temerariamente, si hablamos negativamente, no estamos amando, no estamos ayudando. El que ama sabe cubrir con la capa de la caridad las vergüenzas del prójimo, sus posibles defectos. El amor, la caridad nos lleva a interesarnos de forma positiva y eficaz por él.

¿Qué hubiésemos pensado del buen ladrón si no hubiésemos conocido su encuentro con Cristo? Lo que hace Cristo con él es lo que debemos hacer nosotros con el prójimo.

Tal vez no estaría de más que pensásemos en estas palabras de S. Agustín: *no hay pecado ni crimen cometido por otro hombre que yo no sea capaz de cometer por razón de mi fragilidad; y si aún no lo he cometido es porque Dios, en su misericordia, no lo ha permitido y me ha preservado del mal*[107].

JESÚS ES MANSO Y MISERICORDIOSO

El Beato Juan Pablo II nos dejó escrito en uno de sus primeros documentos: *Jesús, sobre todo con su estilo de vida y con sus acciones, ha demostrado cómo en el mundo en que vivimos está presente el amor, el amor operante, el amor que se dirige al hombre y abraza todo lo que forma su humanidad. Este amor se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza; en contacto con toda la «condición humana» histórica, que de distintos modos manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre, bien sea física, bien sea moral. Cabalmente el modo y el ámbito en que se manifiesta el amor es llamado «misericordia» en el lenguaje bíblico*[108].

Muchos siglos antes de que tuviese lugar el acontecimiento que comentamos había profetizado Isaías sobre el *siervo de Yahvé*, que preasignaba al Mesías-Redentor, a Jesús, señalando algunos de sus rasgos más característicos, entre los cuales aparece su mansedumbre y su misericordia.

Dice el profeta, empleando una imagen muy querida en su época y en su entorno, que el futuro Mesías *no quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha humeante.*

No será un conquistador, sino que se caracterizará por su mansedumbre, por su fidelidad y su misericordia. La mansedumbre, la dulzura y la misericordia serán sus características y como tal se muestra en la cruz con el buen ladrón y con cuantos le insultan y zahieren.

No rompe la caña cascada, la vida desnortada de aquellas pobres gentes, no apaga el

hálito de vida que aún humea en sus almas. Se inclina sobre la caña para ser enderezada, se llega hasta la llama vacilante y la insufla nuevo aliento. No apaga aquella pequeña luz que ilumina tenuemente el alma del buen ladrón para darle la fortaleza y la vida que le falta.

No vino a romper nada. Vino sí a cargar con nuestras miserias, con nuestros errores, con nuestros pecados, para salvarnos. Se compadece de los que sufren y de los necesitados, como aparece en las páginas del Evangelio.

Cuenta S. Mateo que en una de las ocasiones en que *acudió a Él mucha gente, llevando tullidos, ciegos, lisiados, mudos y muchos otros enfermos y los curó*[109]. La razón que movió en tantas ocasiones su corazón fue su misericordia, que le llevaba a curarlos, a socorrerlos, a consolarlos.

Sin menospreciar la justicia lo que movía su voluntad, era su ser compasivo y misericordioso. La misericordia es la forma más honda y bella que tiene Dios de manifestar su amor.

En el lenguaje coloquial decimos muchas veces de un enfermo *que no tiene remedio*, que su vida se acaba sin posible solución. No ocurre lo mismo con la vida del alma, en la que siempre hay solución porque Jesús es el médico divino cuyo corazón es misericordioso, infinitamente misericordioso.

Es posible que de haber tenido nosotros que juzgar la vida de aquel bandolero, hubiésemos pensado que se trataba de un corazón podrido, empecinado en el crimen y dormido ante el dolor ajeno y, sin embargo, Jesús no lo juzgó así. No formó de él un juicio irreductible y se inclinó hacia él para atizar la pequeña llama de fe y de amor que aún lucía en su alma. Y con nosotros no actúa de forma diferente.

Si no dio por perdido al buen ladrón, tampoco dará por perdidas las almas de quienes fueron la razón de su muerte redentora.

Él sabe la capacidad de conversión, la fuerza de la llama que aún humea y tiene la suficiente paciencia y el suficiente amor para no darla por perdida.

Si se compadeció del buen ladrón y, al verle arrepentido, le dio la salvación, ¿qué motivos podemos tener para pensar que no haga con nosotros lo mismo? Jamás podemos desconfiar de la misericordia del Señor; jamás podemos olvidar que Él se presentó como manso y humilde de corazón y que vino a salvar lo que estaba perdido.

Su misericordia para con los hombres no decayó ni un instante. En su vida encontró ingratitudes, contradicciones, odios, pero todo ello fue cubierto con la capa de su amor misericordioso. Él se presentó a sí mismo como el buen pastor que conoce y llama por su nombre a cada una de las ovejas del rebaño, y no podemos olvidar que todos y cada uno de nosotros somos ovejas de ese rebaño que tiene a Cristo por pastor.

Y tampoco podemos olvidar que la misericordia constituye la esencia de la historia de salvación; el porqué de todos los hechos salvíficos. Ya dijo el salmista que *de la misericordia del Señor está llena toda la tierra*[110].

Si alguna vez nos apartamos, nos olvidamos de Él, le ofendemos o le injuriamos no podemos desesperar, sino volver a Él como al buen pastor en la seguridad de que también a nosotros, si estamos arrepentidos, nos dirigirá aquellas palabras consoladoras

que escuchó en la cruz el ladrón arrepentido: *hoy estarás conmigo en el paraíso*.

Nadie nos ha amado tanto, ni podrá amarnos, en la medida que nos amó, que nos ama Jesús. Cristo dio su vida en rescate por todos, como recuerda S. Pedro: *Sabéis que habéis sido rescatados de la vana conducta heredada de vuestros padres, no con bienes corruptibles, como el oro y la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, el Cordero sin mancha y sin defecto, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos para bien de todos*[111]. S. Pablo amonestaba a los cristianos de Corinto, amigos de capillitas y particularismos, que gustaban de considerarse unos de Apolo, otros de Pablo y otros de Cristo, con estas palabras: *¿acaso ha sido Pablo crucificado por vosotros?*[112]. Es el argumento supremo.

Si Cristo murió por nosotros nunca debemos perder la esperanza; siempre debemos confiar en Él por grandes que sean nuestros pecados, nuestros errores, por más tiempo que llevemos sin acercarnos a Él. Cristo siempre espera, siempre recibe, siempre perdona, siempre está dispuesto a concedernos el paraíso si acudimos a Él arrepentidos. *Toda mi esperanza estriba solo en tu gran misericordia*[113], dejó escrito S. Agustín.

Y esta mansedumbre, y esta misericordia de Jesús para todos los hombres, es el camino que debemos seguir en nuestra conducta con los demás. Es la condición que Dios ha puesto para tener misericordia de nosotros: que tengamos un corazón grande para quienes nos rodean, para quienes están a nuestro lado, para quienes se cruzan con nosotros en el discurrir de la vida. No podemos pasar de largo, indiferentes, mirando hacia otro lugar, como el mismo Jesús nos enseñó en la parábola del *Buen Samaritano*[114]. La misericordia y la mansedumbre es la herramienta que tenemos para acercarnos a los demás, familiares y amigos, hasta el Señor.

No podemos extrañarnos de sus errores, de su ignorancia, de la dureza de su corazón, de su resistencia a la gracia que le sugiere acercarse a Dios. La comprensión, la paciencia, la mansedumbre, fueron los medios empleados por Cristo ante aquel ladrón arrepentido y nosotros no tenemos otro. Siempre serán verdad aquellas palabras del P. Fáber: *La bondad ha convertido a más pecadores que el celo, la elocuencia o la instrucción*.

Si queremos acercarnos a otros a Cristo es preciso que previamente nos acerquemos nosotros a ellos; es preciso ver a todos con ojos de misericordia, como nos mira el Señor; verlos con comprensión, con sincero y profundo afecto, con aprecio, viendo el claroscuro que forman sus miserias vistas al trasluz de sus grandezas.

[86] Lc 23, 32-33. 39-43.

[87] San Agustín. *Enarrationes in psalmos*, 14. 2,1.

[88] Lc 23, 43.

[89] San Ambrosio. *Expositio Evangelii sec. Lucam*, in loco.

[90] Lc 23, 43.

[91] Mt 10, 32.

[92] Cardenal Charles Journet. *Las siete palabras de Cristo en la Cruz*. Rialp, Madrid 1976, pág. 76.

[93] Ap 25, 5.

[94] Joseph Ratzinger. Benedicto XVI. *O.c.*, pág. 248.

[95] Mt 22, 36-40.

- [96] *Jo. 13, 35.*
- [97] *Lev 19, 18.*
- [98] *1ª Jo 4, 20.*
- [99] *1 Cor 13, 8.*
- [100] Concilio Vaticano II. Dec. *Apostolicam actuositatem*, nº 8.
- [101] *Mt 25, 40.*
- [102] *Hech 2, 44-45.*
- [103] *I Jn 4, 8.*
- [104] Salvador Bernal. *Recuerdo de Álvaro del Portillo*. Madrid. 1996, pág. 97.
- [105] Juan Pablo II. *Alocución*. 8-XI-1978.
- [106] S. Josemaría. *Camino*, nº. 442-443.
- [107] San Agustín. *Confesiones 2, 7.*
- [108] Juan Pablo II. Enc. *Dives in misericordia*, nº 3.
- [109] *Mt 5, 7.*
- [110] *Sal 33, 5.*
- [111] *I P 1, 18-20*
- [112] *I Cr 1, 3.*
- [113] San Agustín *Confesiones*, nº 10.
- [114] *Lc 10, 30.*

TERCERA PALABRA

Dijo a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo; Después dijo al discípulo: ahí tienes a tu madre. (Jn 19, 25-27)

Ha sido el apóstol y evangelista S. Juan el que nos ha transmitido la 3ª palabra de Cristo en la cruz. Él mismo la escuchó de labios del Señor y a él se refirió constituyéndolo en protagonista.

Dice el evangelista: *Estaban, junto a la cruz de Jesús, su Madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás y María Magdalena. Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, dijo a su Madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Luego dijo al discípulo: he ahí a tu madre. Y, desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa*[115].

Es la tercera palabra la más consoladora para nosotros los hombres de cuantas pronunció Jesús en la cruz. Si en la primera nos otorgó el perdón y en la segunda prometió el paraíso al ladrón arrepentido, en esta tercera nos dio a su Madre por madre.

Señala el evangelista el momento en que fue pronunciada e indica que fue inmediatamente después de que los soldados sortearan la túnica inconsútil que llevaba puesta Jesús y que, seguramente, habría sido tejida por su misma Madre, trayendo a la memoria de la Virgen el recuerdo de tantos momentos de felicidad que habían pasado juntos en su casa de Nazaret. Con la Virgen estaba aquel grupito de mujeres fieles que habían acompañado al Señor, sirviéndole, desde las tierras de Galilea. Ellas, con su Madre y el apóstol Juan, nunca le habían dejado.

Ningún final más triste que la cruz. Y allí, *junto a la cruz de Jesús*, estaba la Virgen, contemplando su sufrimiento, viéndolo todo, escuchando los insultos, las burlas del populacho y el gozo, nada disimulado, de los fariseos y gerifaltes del pueblo; permitiendo que el dolor y la humillación, la desolación de su hijo, la penetrase hasta lo más íntimo del corazón, cumpliéndose a la letra lo anunciado, hacía más de cuatrocientos años, por el profeta Jeremías[116]. *¡Oh vosotros, los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor comparable a mi dolor, al dolor con que soy atormentada!*

Sin duda la Virgen recordaría aquellas otras palabras que treinta años atrás pronunció el anciano Simeón en el Templo de Jerusalén: *una espada atravesará tu alma*[117]. Entonces veía hecho realidad lacerante y sangrante, aquel anuncio que enturbió la alegría de la Virgen recién rescatado su Hijo del Templo, tras la presentación al sacerdote, en cumplimiento de lo dispuesto en la ley de Moisés.

Los Apóstoles, pese a su promesa de fidelidad hasta la muerte, habían huido. Solo Juan, el adolescente, acompañaba a María y a las santas mujeres junto a la cruz.

Es la Madre, oculta a la hora de los grandes milagros o de la entrada triunfante en Jerusalén, la que está junto al Hijo agonizante y ensangrentado, rodeado de tinieblas, sin consuelo posible, humillado por el sarcasmo de sus enemigos que están en plena euforia por su triunfo.

Posiblemente, así lo señalan la mayoría de los comentaristas, se habrían marchado ya no pocos de los que por pura curiosidad se habían acercado hasta el calvario para presenciar el espectáculo, lo que facilitaría un mayor acercamiento de familiares y amigos.

Ninguna ley prohibía a estos estar cerca del ajusticiado. Los soldados que custodiaban a los reos estaban allí para evitar cualquier posible tumulto de los partidarios de los crucificados o, incluso, un posible golpe de mano. También en algunos casos evitaban el linchamiento de los condenados por parte de sus enemigos. Pero no era este el caso, pues los enemigos de Jesús estaban eufóricos después de conseguir su condena. Los discípulos del Señor tampoco eran ningún peligro, pues habían huido y no se dejaban ver por ninguna parte. Solo Juan con su Madre y aquellas pocas mujeres consolaban con su presencia al Señor.

Dice el evangelista que la Virgen y sus acompañantes estaban junto a la cruz, queriendo indicar que estaban de pie, erguidas, firmes, aceptando aquel sufrimiento y asociándolo al de Jesús.

La Iglesia en su magisterio solemne nos dice que la Virgen *mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la Cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida, sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que Ella misma había engendrado; y, finalmente, fue dada por el mismo Cristo Jesús agonizante en la Cruz, como madre al discípulo*[118].

En aquel grupito de mujeres con Juan estaba presente la Iglesia naciente y en ella tiene un puesto singular la santísima Virgen. Así se ha considerado siempre.

Desde S. Ambrosio en el siglo IV se ha entendido que con esta palabra Jesús entregó su Madre a la Iglesia representada por el apóstol Juan constituyéndola en madre espiritual de toda la humanidad. El Beato Juan Pablo II afirma que esta entrega *significa un don que Cristo hace personalmente a cada hombre*[119].

Es confiada a Juan, no tanto como mujer a la que hay que proteger, cuanto como madre a la que hay que venerar.

A esa Iglesia es a la que Jesús entrega a su madre por madre. La Virgen desde ese mismo momento pasó a ser la madre de toda la humanidad. Jesús a punto de agonizar nos deja en herencia a su Madre.

Las palabras de Jesús operan lo que significan, como ha quedado bien demostrado a lo largo de toda su vida pública.

Cuando dirigiéndose al hijo de la viuda de Naín le dice: *Joven, yo te lo digo, levántate*[120], o cuando en casa de Jairo dice a su niña: *niña, yo te lo digo, levántate*[121]; en ambos volvieron a la vida y en el segundo caso, dice el evangelista, que la niña comenzó a andar y que Jesús indicó a sus padres la conveniencia de darle algo de comer. Lo mismo ocurrió con su amigo Lázaro. Llevaba ya varios días sepultado pero al conjuro de su voz, salió vivo del sepulcro.

Jesús nos entrega a su Madre y ella nos acepta ensanchando su corazón para meter en él a toda la humanidad.

La Virgen, que ha permanecido como en la penumbra durante la vida de su Hijo, pasa a primer plano, ocupando su papel con pleno derecho en la obra redentora de su Hijo.

La Virgen podía haberse quedado en su casa de Nazaret; haberse refugiado en compañía de las santas mujeres; haber esperado el final de los acontecimientos en casa de los padres de S. Marcos, en el Cenáculo, lejos del Calvario, del dolor, del sufrimiento, pero no lo hizo porque quiso solidarizarse con su Hijo y sufrir con Él.

Y estando allí, al pie de la Cruz, escuchó las palabras más consoladoras para nosotros que Jesús dijo desde aquel lugar de tormento. Nos las cuenta S. Juan, como hemos mencionado más arriba, que estaba presente, junto a la Virgen: *Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la Madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Luego dijo al discípulo: He ahí a tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa*[122].

Tal vez fue la última mirada de Jesús a su Madre antes de su gloriosa resurrección, y lo mismo podríamos pensar de aquel discípulo al que tanto amaba Jesús, que en aquel momento nos representaba a cuantos a lo largo de los siglos habríamos de ser sus discípulos.

Esta fue la segunda Navidad, dice un autor. María había dado a luz en la gruta de Belén a su Hijo primogénito sin dolor alguno; ahora da a luz a su segundo hijo, Juan, entre los dolores de la Cruz. En este momento padece María los dolores del parto, no solo por Juan, su segundo hijo, sino por los millones de otros hijos que la llamarían Madre a lo largo de los tiempos[123].

La plenitud de la vocación maternal de la Virgen tuvo entonces su coronamiento. Mientras vivió Jesús en la tierra, Él era insustituible cerca de sus discípulos, pero ahora que se dispone a dejarlos encarga de esa misión a su Madre. A Ella corresponderá desempeñar el papel más importante en la aplicación de los frutos de su Redención.

El Papa se dirigía a la Virgen en la Basílica de Guadalupe, en México, con estas palabras: *A Ti, María, el Hijo de Dios y a la vez Hijo Tuyo, desde lo alto de la Cruz indicó a un hombre y dijo: «He ahí a tu hijo». Y en aquel hombre te ha confiado a cada hombre, Te ha confiado a todos. Y Tú, que en el momento de la Anunciación, en estas sencillas palabras: «He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra», has concentrado todo el programa de Tu vida, abrazas a todos, Te acercas a todos, buscas maternalmente a todos*[124].

María veía en las palabras de Jesús una prueba de su amor hacia aquel apóstol que, al ser el benjamín de todo el grupo, también sería su predilecto. Juan sabría apreciar la muestra de confianza de Jesús y correspondería con todo su amor.

Toda la vida y toda la actividad de la Virgen estuvieron encaminadas a cumplir con la mayor perfección posible el destino divino, la vocación para la que la eligió el Señor, pero esa misión maternal no habría de terminar con la muerte de Jesús, sino que debería continuar en la Iglesia, donde Cristo sigue viviendo en los redimidos.

La Iglesia naciente, aquellos primeros discípulos de su Hijo, necesitaban de unos cuidados maternos que solo Ella les podía dar y por eso a Ella le fueron encomendados en la persona de S. Juan.

La Virgen recogió a los apóstoles, a los discípulos y cuidó de ellos, como ellos, no solo S. Juan, cuidarían de la Virgen, como han cuidado todos los cristianos a lo largo de los siglos de la que saben que es su Madre, pues no otra cosa es la devoción mariana, fruto del amor filial hacia la madre.

La Iglesia aplica a la Virgen estas palabras de la Sagrada Escritura: *Cuando Él extendía los cielos estaba yo con Él. Cuando encerraba dentro de sus límites los abismos, cuando en lo alto consolidaba el firmamento y suspendía las fuentes de las lluvias, cuando rodeaba el mar con las riberas y ponía ley a las olas para que no traspasasen sus linderos, cuando asentaba los cimientos de la tierra, con Él estaba yo concentrándolo todo, y me deleitaba constantemente holgándome siempre cerca de Él en la redondez de la tierra, y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres*[125], enseñándonos que Ella es señal y prenda de salvación. *A Jesús siempre se va y se «vuelve» por María*[126].

Ella nos hace nacer a Cristo, vela por nuestro crecimiento, nos alcanza de Dios las gracias necesarias para nuestro desarrollo espiritual, aparta de nuestro camino los obstáculos y nos levanta cuando tenemos la desgracia de caer: *Antes, solo, no podías... Ahora, has acudido a la Señora y, con Ella, ¡qué fácil!* [127].

Todos somos pecadores y todos necesitamos del amor materno de la Virgen; todos nos sentimos con frecuencia solos y sin asidero, como niños perdidos en la oscuridad y, entonces, es Ella la que nos conduce, la que nos arropa, la que nos devuelve la paz, la confianza y la seguridad, porque Ella nos quiere y no nos deja, pues somos sus hijos.

El Señor prometió a sus discípulos que no nos dejaría huérfanos y nos dejó a su Madre.

Ella sigue cuidando de sus hijos. Son miles, millones tal vez, los favores y los milagros con que la Virgen los ha distinguido a lo largo de los siglos.

En la cruz Jesús no solo se preocupa del futuro material de su madre dejándola al cuidado del discípulo, sino que indica a Juan: *ahí tienes a tu madre*, cuando la madre biológica del apóstol podía estar presente. Jesús piensa en una maternidad distinta de la maternidad física, ya que en Juan no veía Jesús al hijo del Zebedeo y al hermano de Santiago, sino algo más. Veía a toda la humanidad, a la Iglesia naciente y a la Iglesia que habría de desarrollarse a lo largo de la historia. Es a la Iglesia y a la humanidad entera a la que entrega su madre y la Virgen, lacerada por el dolor, nos da a luz a todos los hombres. Nos acepta a todos por hijos.

Un santo padre comenta que la Virgen no tuvo los dolores propios del alumbramiento cuando dio a luz a Jesús en Belén, sino cuando nos dio a todos nosotros junto a la cruz de su Hijo.

MADRE ESPIRITUAL DE LOS HOMBRES

Dice el Concilio Vaticano II que *la Bienaventurada Virgen, predestinada desde toda la eternidad cual Madre de Dios junto con la Encarnación del Verbo por designio de la divina Providencia, fue en la tierra la excelsa Madre del divino Redentor y su*

colaboradora generosa por título excepcional y humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, sufriendo junto con su Hijo, que moría en la cruz, cooperó de manera absolutamente singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad en la obra del Salvador para restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por esta razón es nuestra Madre en el orden de la gracia.

Esta Maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el consentimiento que prestó fielmente en la anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz, hasta la definitiva consumación de todos los elegidos. Después de la Ascensión a los cielos, no abandonó esta función de salvación, sino que por su intercesión múltiple continúa obteniéndonos los dones de la salud eterna[128].

Siempre, a lo largo de los siglos de la historia de la Iglesia se ha considerado a la Virgen como madre espiritual de los cristianos, y ello no como un título puramente metafórico, uno más de los que se aplican a la Señora, sino como algo real que responde a una verdadera maternidad.

Son varios los conceptos de maternidad que manejamos los hombres. Además de la maternidad física o biológica por la que se comunica la vida humana, existe la maternidad adoptiva por la cual se acoge como hijo a quien no lo es biológicamente; la maternidad moral que corresponde a aquellas mujeres que influyen positivamente, a veces también negativamente, con sus consejos, su interés, su ayuda, en la vida de una determinada persona; y la maternidad espiritual que consiste esencialmente en comunicar la vida sobrenatural de la gracia.

María es madre espiritual de los hombres desde que estos reciben la gracia mediante el bautismo. S. Ireneo escribía en el siglo III que la Virgen por su obediencia *ha sido causa de salvación para todo el género humano*[129] y S. Agustín apunta que *María es ciertamente madre de los miembros de Cristo, que somos nosotros, porque ha cooperado por su caridad al nacimiento de los fieles en la Iglesia; los fieles son miembros de esta cabeza; ahora bien corporalmente ella es la madre de la misma cabeza*[130], indicando así que la Virgen se encuentra en el origen del nacimiento espiritual de cada uno de los fieles.

Esta función maternal de la Virgen va dirigida en primer lugar a todos los cristianos que han recibido la primera gracia en el bautismo y que, mediante la intercesión maternal de la Virgen, van a recibir a lo largo de su vida toda la gracia necesaria para desarrollarla como auténticos cristianos. También ejerce esa maternidad espiritual hacia todos los hombres en cuanto potencialmente todos están llamados a ser miembros de Cristo, de su Cuerpo Místico que es la Iglesia.

La Virgen, al ser Madre del Redentor, lo es también, aunque no físicamente, de todos los redimidos.

Esta maternidad espiritual se traduce en una singular y especial colaboración en la regeneración de los hombres a la vida de la gracia que Cristo nos ganó en la cruz.

Ella entendió perfectamente la misión que su Hijo la encomendaba e inició sus funciones de madre inmediatamente. Y las sigue ejerciendo.

Dice S. Josemaría Escrivá: *María edifica continuamente la Iglesia, la aúna, la mantiene compacta. (...) María, fiel a la misión divina para la que fue criada, se ha prodigado y se prodiga continuamente en servicio de los hombres, llamados todos a ser hermanos de su Hijo Jesús. Y la Madre de Dios es también realmente, ahora, la Madre de los hombres*[131].

Tras la muerte de Cristo, relatan los Evangelios, todos sus discípulos, menos Juan, habían huido. El que hacía cabeza le había negado e, incluso, uno de sus apóstoles lo había vendido por treinta vulgares monedas; ninguno lo había defendido, ninguno lo había acompañado. Todos se encontraban derrumbados, anonadados, desalentados y tristes y, algunos como los discípulos de Emaús, dispuestos a desertar.

La Virgen fue el puente de unión con Cristo desde su muerte hasta su resurrección. En torno a Ella se agruparon y Ella les enseñó a confiar y a esperar y, tras la Ascensión, desde un segundo plano, discretamente, les acompañó a la espera de la venida del Espíritu Santo[132]. *Todos estos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús.* Ella, reuniéndolos en el lugar donde habían celebrado la última Cena, despertó en ellos la esperanza de su Resurrección anunciada por Jesús y después de que Éste ascendiese a los cielos, la venida del Espíritu Santo, recordando lo que les había enseñado el Maestro, rememorando sus milagros, celebrando la Eucaristía y rezando, sabiendo que su Hijo estaba ya a la derecha del Padre.

MADRE DE MISERICORDIA

Sin duda en muchas ocasiones durante nuestra vida hemos invocado a la Virgen como: *reina y madre de misericordia* con el rezo de la Salve, que *es la más popular de las oraciones a la Virgen, después del Avemaría*, en frase del Beato Juan Pablo II.

La Virgen clemente, inclinada a favorecer a cuantos la invocan, a cuantos a Ella se acercan, es reina de misericordia.

Acostumbrados a contemplar a las madres buenas de la tierra interceder por sus hijos ante quien haga falta, teniendo siempre palabras de excusa ante sus limitaciones y sus faltas, disimulando sus defectos y excusando sus devaneos, no podemos imaginar a nuestra Madre del cielo dando la espalda a sus hijos por más que su conducta no sea lo más adecuada, por más que sus pecados y sus faltas clamen al cielo.

Una de las propiedades divinas más resaltadas en la Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, es la misericordia. La historia misma de la salvación, es la historia de la misericordia divina. El Dios de la Revelación es un dios misericordioso, piadoso y compasivo, tardo para la ira y rico en la piedad, *porque su misericordia es eterna*[133], sin límites en el tiempo o en el espacio, que abraza a todas las necesidades del hombre, las de orden físico y las de orden espiritual.

S. Pablo nos lo propone como *padre de las misericordias y Dios de todo consuelo*[134] y la Carta a los Hebreos presenta a Jesucristo como *pontífice misericordioso*[135].

Todo el evangelio de S. Lucas se ha considerado siempre como un himno a la

misericordia divina, resaltando su preocupación por los pobres, por los pecadores portadores de la mayor pobreza, pues viven alejados de Dios.

Las parábolas llamadas de la misericordia[136]: la oveja perdida, la dracma y el hijo pródigo, a la que gustaba llamar el Beato Juan Pablo II del padre misericordioso, expresan el corazón de Dios señalando que nadie, por muy apartado que se encuentre de Él, se debe dar por perdido. En ellas se expresa de modo muy gráfico la infinita y paternal misericordia de Dios que se alegra con la conversión del pecador.

Esta misericordia de Dios, tan resaltada en la Divina Revelación, la encontramos, de forma naturalmente participada, en la Santísima Virgen a la que invocamos con toda propiedad como reina y madre de misericordia.

El Papa Benedicto XVI se expresaba así en una homilía: *la luz sencilla y multiforme de Dios solo se nos manifiesta en su variedad y riqueza en el rostro de los santos, que son el verdadero espejo de su luz. Y precisamente viendo el rostro de María podemos ver mejor que de otras maneras la belleza de Dios, su bondad, su misericordia. En este rostro podemos percibir realmente la luz divina*[137].

Autores hay que explican las palabras del salmo: *dos cosas oí: que en Dios hay potestad y misericordia*[138] aplicando a Dios la justicia y la potestad y dejando para su Madre, la Virgen, la misericordia, ya que todos los beneficios que Dios otorga a los hombres pasan por sus manos virginales, encargándose Ella de su reparto.

Así lo razona un autor: *La misericordia la envuelve desde el punto de partida, total y completamente; toda su vida no cesa de recibir en plenitud la misericordia de Dios. Esta misericordia está destinada a introducirla en el amor, pero es un amor que tiene un matiz especial, puesto que, cuando el amor de Dios es comunicado a una criatura, toma necesariamente la forma de amor de misericordia. Si comprendemos cómo María es la (...) mejor obra de arte de esta misericordia, tendremos (de alguna forma) la llave para penetrar las misericordias del Padre y para vivirlas*[139].

María llega a ser profetisa de la misericordia del Padre y también su icono: en efecto, Ella conoce como ningún otro el misterio de la misericordia que alcanza su culmen en el Calvario. La Virgen, que en Navidad llega a ser Madre de Jesús, en el Calvario llega a ser madre de la Iglesia, dilatando sus entrañas de misericordia hacia todos sus hijos: también por esto la misericordia del Señor se extenderá de generación en generación, asumiendo en María una connotación doblemente materna y concreta[140].

La Virgen expresa su gratitud a Dios porque su *misericordia llega a sus fieles de generación en generación (...), porque auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia*[141].

Dios, por pura gratuidad, por pura misericordia, la eligió para ser su Madre y la dotó de todas las gracias posibles en una criatura, la plenitud de gracia. La Virgen manifiesta en el *Magnificat* esta predilección divina, que es signo de la misericordia del Padre hacia todos los hombres.

Por eso la Iglesia, y con ella todos los cristianos, se ha puesto siempre bajo su amparo, bajo su misericordia. Desde el siglo III se viene recitando la oración: *Bajo tu amparo — bajo tu misericordia— nos acogemos, Santa Madre de Dios; no desprecies nuestras*

súplicas en nuestras necesidades; antes bien, libranos de todos los peligros, Virgen gloriosa y bendita[142].

Este corazón misericordioso de la Virgen ya quedó patente en su vida en la tierra. El Evangelio señala cómo, movida a misericordia, intercedió ante su Hijo para que este liberase del bochorno y la deshonra a aquellos muchachos poco previsores que celebraban su boda en Caná de Galilea a la que Ella, con Jesús, había sido invitada. Lo mismo podríamos decir de otro pasaje evangélico en el que aparece su corazón bondadoso, misericordioso, poniéndose en camino para ayudar a su parienta Isabel que, ha sabido, puede tener necesidad de sus servicios.

Esta faceta de su corazón misericordioso fue siempre muy grata a los cristianos de todos los tiempos, pero, si cabe, principalmente en la Edad Media, alta y baja, cuando el sentido del pecado estaba más desarrollado que en la actualidad y los cristianos sentían más la necesidad de acogerse a la misericordia divina como único medio de librarse del infierno.

Abundan los Santos Padres en esta idea de la bondad de la Virgen para con nosotros sus hijos pecadores, resaltando su intercesión, su mediación ante su Hijo, que es el mediador.

Unas palabras de Pablo Diácono, monje benedictino que vivió en Montecasino en el siglo VIII y colaboró en la reforma litúrgica carolingia, expresan este pensamiento: *Como conviene a la Madre de la misericordia, ella es para nosotros toda misericordia; sabe compadecer las debilidades humanas, porque conoce bien la materia de la que estamos hechos. Precisamente por esto, Ella no cesa nunca de interceder por nosotros ante su Hijo*[143].

En la primera mitad del siglo VIII vivió S. Germán, patriarca de Constantinopla. Sobresalió por su amor a la Virgen, cuya concepción inmaculada defendió diez siglos antes de que fuese declarada como dogma de fe. Predicó multitud de sermones, algunos de los cuales ha llegado hasta nosotros. De uno de ellos son estas palabras:

Poderoso es vuestro socorro para nuestra salvación, Madre de Dios; no se tiene necesidad de otro mediador cerca de Dios.

¿Quién, después de vuestro Hijo, se interesa como Vos del Género humano? ¿Quién nos defiende sin cesar en nuestras tribulaciones? ¿Quién nos libra tan rápidamente de las tentaciones que nos asaltan? ¿Quién se puede ocupar más en pedir a favor de los pecadores? ¿Quién toma su defensa para excusarlos en los casos desesperados? En virtud de la cercanía y del poder que vuestra maternidad ha conseguido de vuestro Hijo, aunque seamos condenados por nuestros crímenes y no osemos ya mirar hacia las alturas del cielo, Vos nos salváis, por vuestra súplicas e intercesiones, de los suplicios eternos. También el afligido se refugia cerca de Vos. El que ha sufrido la injusticia acude a Vos. El que está lleno de males invoca vuestra asistencia. Todo lo que es vuestro, Madre de Dios, es maravilloso, todo es grande, todo sobrepasa nuestra razón y nuestro poder. También vuestra protección está por encima del pensamiento[144].

Muchos años antes que el patriarca de Constantinopla vivió S. Efrén, diácono, nacido en Siria y muerto en Edesa el año 373. Es considerado como el primer cantor de la

Virgen, a la que dedicó miles de versos. De él es este texto: *Vos sois el puente misterioso que une la tierra con el cielo, la llave que nos abre las puertas del paraíso, nuestra abogada, nuestra mediadora. Mirad mi fe, mirad mis piadosos anhelos y acordados de vuestra misericordia y de vuestro poder. Madre de aquel que es el único misericordioso y bueno, acoged mi alma en mi miseria y, por vuestra mediación, hacedla digna de estar un día a la diestra de vuestro Hijo*[145].

Tal vez hoy sea para muchos despreciable la palabra y el concepto de misericordia. El hombre moderno, en su autosuficiencia, tiende a desdeñar la misericordia como si le produjese cierto desazón ese concepto que tan unido está con el de la caridad, pues todos vemos cómo la madre se compadece de su hijo y no solo procura evitar que se caiga, sino que también lo levanta una vez caído, se apresura a levantarlo si lo encuentra tendido en el suelo.

Si es cierto que los ojos de Dios se vuelven hacia los justos, también lo es que los de su Madre tienen predilección por los pecadores, de la misma manera que las madres de la tierra la tienen hacia sus hijos enfermos o desvalidos.

Jesús nos dice en el Evangelio que *no es voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que se pierda uno solo de estos pequeñuelos*[146], pero fue la Virgen quien posibilitó la encarnación del Hijo de Dios que, al redimirnos, estableció el puente que transformó ese deseo en realidad.

Así lo apreció siempre el sencillo pueblo cristiano, que llenó de apariciones y milagros, más o menos legendarios, su devoción mariana. Siempre los cristianos vieron en la Virgen la madre misericordiosa a la que se podía acudir con confianza sabiéndola presta a socorrerlos en sus necesidades tanto materiales como espirituales.

En el Renacimiento fue muy frecuente representar a la Virgen de pie, con el manto abierto y bajo él la pléyade de sus hijos. Era la expresión de la bien extendida convicción de que la Virgen siempre nos arropa bajo su manto protector.

Son del Beato Juan Pablo II estas palabras: *María es la que de manera singular y excepcional ha experimentado —como nadie— la misericordia divina y, también de manera excepcional, ha hecho posible con el sacrificio de su corazón la propia participación en la revelación de la misericordia divina.*

María es la que conoce más a fondo el misterio de la misericordia divina. Sabe su precio y sabe cuán alto es. En este sentido, la llamamos también «Madre de la misericordia»: la Virgen de la misericordia o madre de la divina misericordia[147].

Si multitud de veces nos hemos dirigido a la Santísima Virgen con las palabras de la Salve: *vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos*, podemos estar seguros que *después de este destierro, nos mostrará a Jesús, fruto bendito de su vientre.*

[115] Jn 19, 25-27.

[116] Jeremías. *Lamentaciones 1, 12. Lc 2, 35.*

[117] Lc 2, 35.

[118] Concilio Vaticano II. Const. *Lumen gentium*, n° 58.

[119] Juan Pablo II. Enc. *Redemptoris Mater*, n° 45.

[120] Lc 7, 14-15.

- [121] *Mc 5, 41-42.*
- [122] *Jn 19, 25-27.*
- [123] F.J. Sheen. *Desde la Cruz*. Subirana. Barcelona. 1965, pág. 18.
- [124] Beato Juan Pablo II. *Homilía*. 27-I-1979. México.D.F.
Jn 19, 25-27.
- [125] *Prov 8, 22-23.*
- [126] S. Josemaría. *Camino*, nº 495.
- [127] Ídem, nº 513.
- [128] Concilio Vaticano II Const. *Lumen Gentium*, nº 61-62.
- [129] San Ireneo *Adversus haereses*. 3, 22.4.
- [130] San Agustín. *De sancta virginitate*, nº 6.
- [131] San Josemaría Escrivá. *Es Cristo que pasa*, nº 139-140.
- [132] *Hech 1, 14.*
- [133] *Sal 118, 4.*
- [134] *2 Co 1, 3.*
- [135] *Hb 2, 17.*
- [136] *Lc 15, 1-32.*
- [137] Benedicto XVI. *Homilía*. 15-VIII-06.
- [138] *Sal 61, 12.*
- [139] Comité Para El Jubileo Del Año 2000. *Dios, Padre misericordioso*. Madrid 1998, pág. 99.
- [140] Ídem, pág 101.
- [141] *Lc 1, 50-5.*
- [142] Esta oración está considerada como la más antigua de cuantas se dirigen a la Virgen. Está recogida en un papiro del siglo III que se descubrió en 1938 en una biblioteca de Manchester.
- [143] Tomo la nota de Pie Regamey. *Los mejores textos sobre la Virgen*. Madrid 1975, pág.104.
- [144] Ídem., pág. 127-128.
- [145] Ídem., pág. 73.
- [146] *Mt 18, 14.*
- [147] Juan Pablo II. Enc. *Dives in misericordia*, nº 9.

CUARTA PALABRA

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mc 15, 33)

Dice el evangelista S. Marcos que *llegada la hora sexta, hubo oscuridad sobre la tierra hasta la hora nona. Y a la hora de nona gritó Jesús con fuerte voz: Eloí, Eloí, lama sabachthani. Que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* [148]

Opinan los comentaristas que entre la tercera y la cuarta palabra hubo un periodo relativamente largo de silencio que Jesús, perfectamente lúcido, dedicó a rezar, a recitar el salmo 21 (22) del salterio en el que el justo expresa a Dios su situación de persecución y abandono que el profeta hacía varios siglos había escrito en referencia al Mesías-Salvador.

Jesús se veía perfectamente retratado en el salmo. Se había enfrentado a los jefes de Israel que esperaban un Mesías temporalista, poco acorde con lo anunciado por la Revelación divina, pero sí acorde con su situación de privilegio que, no solo aspiraban a conservar, sino que soñaban con acrecentar.

El mensaje del Señor trastocaba demasiado lo establecido, lo políticamente correcto, diríamos hoy, y no estaban dispuestos a consentirlo.

Tras la resurrección de Lázaro habían acordado deshacerse de él, no porque hiciese nada malo, sino porque haciendo, como hacía, muchos milagros, la gente terminaría por irse con él, creerían en él, y vendrían los romanos a destruir la nación con lo que ello llevaba de perder sus privilegios. Como se ve, la razón es poco noble y un tanto bastarda, aunque ellos la encubrieran con el manto de la defensa del pueblo.

Han logrado su propósito y se sienten satisfechos. Aquel que se había proclamado hijo de Dios, ahora muere colgado de un madero como maldito de Dios.

Ha sido condenado por los jefes como enemigo de la religión y de la patria y el pueblo, que unos días antes le ha aclamado como el Mesías-Salvador, ahora le abucea y desprecia.

Sus discípulos más íntimos, aquellos que habían prometido seguirle hasta la muerte, si fuese preciso, le han abandonado; uno de ellos, el que hacía cabeza, ha jurado no conocerlo y otro, en el que Jesús había puesto su confianza haciéndolo administrador de sus pobres caudales, lo ha traicionado y vendido por treinta miserables monedas.

EL SUFRIMIENTO DE CRISTO, EJEMPLO ANTE NUESTRO DOLOR

Jesús sufrió dolores de una intensidad inigualable. Sus dolores corporales serían los mayores posibles, dado que su sensibilidad corporal superaría a cualquier otra, pues su cuerpo había sido directamente formado en el seno de la Virgen María por el Espíritu Santo pero, a la vez, serían acerbos sus dolores espirituales, pues su alma percibía con la

misma intensidad la santidad y el amor infinito de Dios y la perversión, la maldad del pecado.

Jesús se encuentra solo en una total desnudez, le quedaba su madre pero hace unos momentos nos la ha entregado en la persona de Juan, y entonces se apoya en Dios recitando el salmo 21 (22)[149], seguramente en arameo, lo que originó que los soldados romanos que lo custodiaban no lo entendiesen y pensasen que llamaba a Elías.

Este salmo es la oración del justo que, si bien se encuentra rodeado de enemigos y en profunda miseria, levanta confiadamente los ojos a Dios pidiendo la liberación. En boca del Señor no es una queja, porque su intención es simplemente mostrar que el fructífero martirio del salmista inocente era imagen anticipada del suyo propio.

No existe ningún indicio de desesperación en ese grito; la confianza en Dios permanece inmovible.

Su muerte en la cruz es la muestra de su total desprendimiento. Papini, con el fervor del neo-converso y el ardor de su sangre mediterránea, describe así el momento: *Los padecimientos del crucificado se agrandan por momentos. Su cuerpo, de temple delicado de suyo, desfallecido por la tensión de los últimos tiempos, deshecho por la lucha de la última noche, extenuado por los espasmos de las últimas horas, no se sostenía ya. Y el espíritu sufría aún más que el cuerpo desbarrado, que todavía, por poco tiempo, le encarcelaba. Parecía como que le habían dejado para siempre y que su alma de niño divino envejecía de pronto con una vejez sin precedente. Todos estaban lejos de él; los compañeros de los años felices, los confidentes de su ternura, los pobres que le miraban con amor, los niños que ofrecían la cabeza a sus caricias, los curados que no acertaban a separarse de sus pasos, los discípulos cuya alma había rehecho. Junto a él no había más que una partida de caníbales furiosos que esperaban, mofándose, su muerte*[150]

Jesús está roto por el dolor, por el sufrimiento y no es fácil encontrar una razón para ello; no es fácil explicar el sufrimiento, máxime cuando éste se da en personas inocentes y nadie más inocente que Jesús.

El sufrimiento es motivo de escándalo para no pocos y, para algunos, como un muro que se interpone ante Dios. ¿Por qué, se preguntan, si Dios es omnipotente e infinitamente bueno no impide el dolor, el sufrimiento?

El dolor no deja de ser un misterio, pero la fe nos enseña que Dios nunca puede querer el mal de nadie, ni para nadie; nunca puede querer el mal. Nos enseña que sabe más que nosotros, que ve más lejos, por lo que siempre serán verdad aquellas palabras de S. Pablo a los cristianos de Roma que, además de ser primerizos, sufrían toda clase de incomprendiones y de persecución: *para los que aman a Dios todas las cosas cooperan a su bien*[151]; también las que no comprendemos como el sufrimiento y el dolor.

Te copio un párrafo de una carta escrita por un enfermo joven, en estado terminal, al que descubrieron una enfermedad mortal el año 1998 que le llevó al sepulcro en los inicios del año 2000.

Dice así: *Dios siempre provee. No deja solo al desvalido.*

La experiencia del sufrimiento es un misterio. En el post-operatorio, aunque estaba

sedado con morfina, recuerdo que, en una ocasión, desperté, miré al crucifijo que tenía delante. Miré a Jesucristo, y le decía que estábamos igual. Con el cuerpo abierto. Con los huesos doloridos. Solos ante el sufrimiento, abandonados, en la Cruz. Yo me fijé en mí y me rebelé. No lo entendía. Dios me había abandonado, «no me quería». Y, de pronto, recordé las palabras que desde el cielo Dios Padre pronuncia refiriéndose a Jesucristo: «Este es mi hijo amado». Y el hijo amado de Dios estaba, frente a mí, en la Cruz. Me encuentro en la misma situación que Él. Entonces, yo también soy hijo amado y predilecto de Dios. Y dejé de rebelarme. Y entré en el descanso. Y vi el amor de Dios. La razón humana no encuentra sentido al sufrimiento. No tiene lógica. Solo mirando al Crucificado el hombre entra en la paz que el sufrimiento le ha robado. Pues con el dolor y el sufrimiento, el hombre pierde la capacidad de razonar, y la voluntad. Y está perdido; le han vencido[152]

El dolor se manifiesta de modos muy diversos, pero ninguna de sus fórmulas es espontáneamente querida por nadie y, sin embargo, Jesús llamó *bienaventurados*[153], dichoso, afortunados, felices, a los que lloran, a los que sufren por la enfermedad, la incapacidad, el dolor físico, la incompreensión, la difamación o la injusticia. Son las bienaventuranzas proclamadas por Cristo en el sermón del monte, en el que hizo, como sabemos, un resumen de toda su enseñanza.

La fe nos hace ver que el dolor junto a Cristo es como una caricia de Dios que le da valor y lo hace fecundo.

EL SALMO 22 (21)

El salmo 22 (21) es una oración confiada del hombre justo, enfermo y acosado por sus enemigos, que espera y confía en la salvación de Dios. En él se describe la prueba del hombre justo y, consiguientemente, del justo por excelencia, que es Jesucristo.

Es este salmo una de las oraciones de súplica más impresionantes de todo el salterio.

Tiene como dos partes. La primera es una lamentación por la situación en que se encuentra el hombre justo y de súplica a Dios para que no se aleje de él.

No se trata tanto de una queja, de una protesta por el silencio de Dios ante semejante situación. Expresa la angustia del justo que no comprende el actuar divino, que no responde a su súplica cuando ha acudido a Él; pero no expresa pérdida de confianza en el Señor. Esta sigue firme y viva como lo indica la expresión repetida: ¡Dios mío, Dios mío!

En esa confianza cifra su petición. Unos versículos más adelante le dirá al Señor: *Señor, no te alejes, fuerza mía, date prisa en socorrerme. Libra mi alma de la espada, mi única vida de las garras de los perros. Sálvame de la boca del león»(vv. 20-22).*

La segunda parte es un acto de acción de gracias, una invitación a alabar a Dios que ha salvado a su pueblo: *A Ti gritaron y fueron salvos; en Ti confiaron y no quedaron avergonzados (v. 6).*

Se inicia con un gemido que lanza el justo hacia el Señor: *Dios mío, Dios mío, ¿por*

qué me has abandonado? Es un grito confiado de petición de auxilio. Es un lamento que nace del tremendo dolor físico y espiritual de Cristo y, a la vez, es una diatriba, una acusación, contra la justicia y los tribunales humanos que lo han condenado. Es un lamento que nace de una sensibilidad sumergida en el dolor, pero a la vez es una advertencia de que en él se está cumpliendo la profecía mesiánica cuyos jefes del pueblo, que le escuchan, debían conocer.

Este es el texto completo del salmo:

Angustioso llamado al Señor

*2 Dios mío, Dios mío,
¿por qué me has abandonado?
¿Por qué estás lejos
de mi clamor y mis gemidos?
3 Te invoco de día, y no respondes,
de noche, y no encuentro descanso;
4 y sin embargo, tú eres el Santo,
que reinas entre las alabanzas de Israel.
5 En ti confiaron nuestros padres:
confiaron, y tú los libraste;
6 clamaron a ti y fueron salvados,
confiaron en ti y no quedaron defraudados.*

Vívida descripción de los sufrimientos

*7 Pero yo soy un gusano, no un hombre;
la gente me escarnece
y el pueblo me desprecia;
8 los que me ven, se burlan de mí,
hacen una mueca y mueven la cabeza, diciendo:
9 «Confió en el Señor, que él lo libre;
que lo salve, si lo quiere tanto».
10 Tú, Señor, me sacaste del seno materno,
me confiaste al regazo de mi madre;
11 a ti fui entregado desde mi nacimiento,
desde el seno de mi madre, tú eres mi Dios.
12 No te quedes lejos, porque acecha el peligro
y no hay nadie para socorrerme.
13 Me rodea una manada de novillos,
me acorralan toros de Basán;
14 abren sus fauces contra mí
como leones rapaces y rugientes.
15 Soy como agua que se derrama
y todos mis huesos están dislocados;*

*mi corazón se ha vuelto como cera
y se derrite en mi interior;
16 mi garganta está seca como una teja
y la lengua se me pega al paladar.
17 Me rodea una jauría de perros,
me asalta una banda de malhechores;
taladran mis manos y mis pies
16c y me hunden en el polvo de la muerte.
18 Yo puedo contar todos mis huesos;
ellos me miran con aire de triunfo,
19 se reparten entre sí mi ropa
y sortean mi túnica.*

Súplica para alcanzar la liberación

*20 Pero tú, Señor, no te quedes lejos;
tú que eres mi fuerza, ven pronto a socorrerme.
21 Libra mi cuello de la espada
y mi vida de las garras del perro.
22 Sálvame de la boca del león,
salva a este pobre de los toros salvajes.*

Acción de gracias por la liberación

*23 Yo anunciaré tu Nombre a mis hermanos,
te alabaré en medio de la asamblea:
24 «Alábenlo, los que temen al Señor;
glorifiquenlo, descendientes de Jacob;
témanlo, descendientes de Israel.
25 Porque él no ha mirado con desdén
ni ha despreciado la miseria del pobre:
no le ocultó su rostro
y lo escuchó cuando pidió auxilio».
26 Por eso te alabaré en la gran asamblea
y cumpliré mis votos delante de los fieles:
27 los pobres comerán hasta saciarse
y los que buscan al Señor lo alabarán.
¡Que sus corazones vivan para siempre!*

Alabanza final

*28 Todos los confines de la tierra
se acordarán y volverán al Señor;
todas las familias de los pueblos
se postrarán en su presencia.*

29 *Porque solo el Señor es rey
 y él gobierna a las naciones.*
 30 *Todos los que duermen en el sepulcro
 se postrarán en su presencia;
 todos los que bajaron a la tierra
 doblarán la rodilla ante él,
 y los que no tienen vida
 31 glorificarán su poder.*
Hablarán del Señor a la generación futura,
 32 *anunciarán su justicia
 a los que nacerán después,
 porque esta es la obra del Señor.*

Es fácil apreciar la coincidencia entre lo anunciado por el salmista y lo descrito por los evangelistas. El salmo dice: *Mas yo soy gusano, y no hombre; la gente me escarnece y el pueblo me desprecia.* Y S. Mateo recuerda: *los príncipes de los sacerdotes se burlaban a una con los escribas y ancianos*[154] El salmista escribe: *Horadaron mis manos y mis pies, contar puedo todos mis huesos; reparten entre sí mis ropas, y sortean mi túnica* y el evangelista S. Juan dirá aludiendo a esta profecía: *mirarán al que traspasaron*[155]; S. Mateo añadirá que los soldados se repartieron sus vestiduras[156], indicando S. Juan que todas estas cosas del sufrimiento del Señor sucedieron para que se cumpliesen las Escrituras[157].

En las estrofas finales del salmo el profeta anuncia los frutos mesiánicos de tanto dolor.

No pocos se han quedado en las primeras palabras del salmo, las recogidas por el evangelista, para airear su escándalo: ¿pues no dice que es Dios? ¿cómo puede Dios abandonar a Dios?

Es una palabra fatal, pero también adorable. Escándalo para los que no creen pero adorable para cuantos hemos recibido el don de la fe ya que nos descubre el fondo más profundo del misterio de la Encarnación.

S. Pablo dirá que se anonadó tomando forma de siervo[158] y mostrándose igual a los demás hombres, humillándose y haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz, pero no dejando por ello su condición divina.

Su anonadamiento no consistió tan solo en que a la divinidad haya unido una naturaleza humana, corporal y finita, sino que, además, en su condición de hombre, no haya hecho ostentación de su gloria. No podía dejar de ser Dios, pero sí renunciar temporalmente al ejercicio de los derechos que se derivaban de su condición divina.

Es verdad que puede sonar a escándalo, pero ¿acaso no lo es todo el evangelio? Cristo salva al mundo contrariándolo. ¿Acaso no es escándalo la creación? ¿qué podía añadir el universo al Ser Absoluto, que es Dios? ¿qué pueden añadir las cosas que no son al que es? ¿No es un escándalo la Encarnación? ¿Que el Todopoderoso se haga un niño absolutamente dependiente de los demás?

Jesús es a la vez Dios que escucha y hombre que suplica.

LA GRAN OSCURIDAD

Coinciden los tres evangelistas sinópticos: S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas, en indicar que a eso de mediodía *se produjeron tinieblas sobre la tierra, hasta la hora nona, habiendo faltado el sol*[159], añadiendo S. Lucas que el velo del Templo se rasgó por medio.

No parece se tratase de un eclipse o algo semejante, sino más bien de un fenómeno natural al que llaman siroco negro que azota ocasionalmente la zona en primavera y que viene producido por un viento caliente y espeso, cargado de polvo y arena, que llega a oscurecer el sol y cubrir la tierra de una especie de oscura niebla muy semejante a las tinieblas nocturnas.

Aunque se tratase de un fenómeno natural, raro pero no extraordinario, parece que los evangelistas, y más tarde la tradición cristiana, quisieron ver en él como un símbolo de la naturaleza que siente el dolor y la muerte de su hacedor. En el Antiguo Testamento el oscurecimiento del sol fue considerado como un signo de la justicia divina que se cernía sobre el pueblo.

Parece como si la naturaleza quisiera ocultarse al ver morir a quien era la luz del mundo.

Mayor alcance tiene la ruptura del velo del Templo que separaba el «santo», espacio al que solo podían acceder los sacerdotes para determinadas funciones litúrgicas, del llamado «santo de los santos», que era la estancia más sagrada del Templo, donde antiguamente se conservaban el Arca de la Alianza y las tablas de la Ley. A este lugar solamente podía entrar el Sumo Sacerdote, una vez al año, el gran día de la expiación para el rito de la purificación.

El hecho de rasgarse el velo que separaba ambas estancias, simboliza que, con la muerte de Cristo, el culto de la Antigua Alianza ha dejado de ser grato a Dios, pues el único culto capaz de agradar a Dios es el que se le ha de tributar a través de Jesucristo que es sacerdote y víctima a la vez. Con la muerte de Cristo se inicia la nueva Alianza que él sella con su sangre.

En el momento de la muerte de Jesús, el velo se desgarró de arriba abajo. Con eso se alude a dos cosas: por un lado, se pone de relieve que la época del antiguo templo y sus sacrificios se ha acabado; en lugar de los símbolos y los ritos, que apuntaban al futuro, ahora se hace presente la realidad misma, el Jesús crucificado que nos reconcilia a todos con el Padre. Pero, al mismo tiempo, el velo rasgado del templo significa que ahora se ha abierto el acceso a Dios. Hasta aquel momento el rostro de Dios había estado velado. Solo mediante signos y una vez al año, el sumo sacerdote podía comparecer ante él. Ahora, Dios mismo ha quitado el velo, en el Crucificado se ha manifestado como el que ama hasta la muerte. El acceso a Dios está libre[160]

Se suele ver en las tinieblas la negrura del pecado. Las tinieblas y el abandono no significan otra cosa que la gravedad del pecado, de la rebelión del hombre contra su

hacedor y señor.

Solo Jesús fue capaz de medir en plenitud la negrura del pecado, el abismo que separa el bien del mal, el cielo del infierno, el amor del odio, el sí del no dirigido, dicho, a Dios. Solo Jesús fue capaz de conocerlo hasta el fondo, de asumir por entero el precio exigido para reparar tanta maldad, para redimir del pecado al hombre.

S. Pablo escribió a los cristianos de Galacia: *Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose por nosotros maldición; pues escrito está: maldito todo el que es colgado del madero*[161], y a los de Corinto: *a quien no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros, para que en Él fuéramos justicia de Dios*[162]

Las tinieblas de aquella tarde nos hablan de las tinieblas en que vive el pecador. Por él, para liberarlo de esas tinieblas Jesús se hace *pecado*, no pecador, pues Él es santo, inocente, inmaculado, pero por nosotros Dios le hace *pecado* para que pueda librarnos del pecado.

Porque se hizo cargo de nuestros pecados Dios lo «abandonó» y le mandó morir; así consiguió el Señor que nosotros no fuéramos abandonados de Dios, ni condenados a muerte eterna. Los pecados eran nuestros, es verdad, pero también suyos, por haberse encargado de pagar por ellos. No había motivo para que Dios le abandonase a Él; el motivo éramos nosotros, pero Él ocupó nuestro puesto en la cruz; Él murió nuestra muerte[163]

Si en Jesús todo es ejemplarizante, también lo podemos ver en este momento de su agonía en la cruz, que algunos han venido en llamar.

EL SILENCIO DE DIOS

Este silencio que inquieta a tantos. A unos porque le buscan sinceramente y no lo encuentran, a otros porque le llaman y no les responde.

Si Dios existe, dicen los primeros ¿por qué no se deja ver? Si es mi padre, gritan los segundos, ¿por qué no me responde cuando solicito su ayuda?

No se puede dudar de que existen hombres honrados y sinceros que buscan a Dios, que desearían creer, pero no encuentran razones para ello. Desearían que Dios fuese como una fórmula matemática que se impone por sí misma, y olvidan que Dios es Amor y que el amor pide la fe, el sí de nuestro corazón.

Olvidan que Dios siempre será un misterio pues al ser el absoluto, el que es, escapa a la capacidad humana, que siempre será limitada y contingente. Jamás el hombre podrá comprender en su totalidad la naturaleza de Dios.

Si Dios no fuese un misterio no habría sido precisa la Revelación Divina, en la que el mismo Dios nos ha manifestado cómo es Él. A veces queremos abarcar la inmensidad de Dios y, como nos resulta imposible, nos creamos dioses que están a nuestro alcance y que tan solo son producto de la imaginación humana. Decimos no creer en Dios pero sí creemos en los falsos dioses que nos hemos creado.

Vivimos una etapa en la historia de la humanidad en la que prima el subjetivismo y el racionalismo que han puesto de moda el agnosticismo. El *pienso, luego existo* de

Descartes, ha llevado a considerar la razón como origen de nuestra existencia, cuando en realidad si somos capaces de pensar, es porque existimos. Si pienso y lo hago de una manera determinada, es porque soy como soy: una criatura que se encuentra a distancia infinita de su hacedor y por ello imposible de alcanzar o comprender en su totalidad.

Este deseo de ver a Dios, de que se manifieste y no se calle, de que aparezca como algo evidente y no escondido entre las brumas de la duda, tampoco se puede afirmar que sea algo propio o exclusivo de nuestra época. Ya en la Biblia, en el libro del Éxodo, se manifiesta el deseo vivo de Moisés de ver el rostro de Dios, de verle cara a cara, anticipando lo que constituirá el gozo eterno del cielo.

Por otra parte, enseña la historia, que cuando se busca a Dios sinceramente siempre se le encuentra. Sirvan como ejemplo los casos de S. Agustín, en la antigüedad, y de Edith Stein —Santa Teresa Benedicta de la Cruz— en la actualidad.

No menos frecuente es el encontrarse con personas que confiesan no querer saber nada de Dios porque después de una niñez y, tal vez, una adolescencia, con mayor o menor intensidad en su vida religiosa, en su vida de piedad, le confiaron un asunto que consideraban importante: la salud de un ser querido, el éxito en un examen o una oposición, la solución de un problema económico grave,..., y no encontraron respuesta. Su reacción fue apartarse totalmente de Dios y olvidarse de forma absoluta de cuanto con Él se relaciona. Ante la decepción se ha apoderado de ellas una especie de despecho contra lo divino que las aparta de la práctica religiosa.

El silencio de Dios se abate como una sombra destructora que arrasa cuanto relacionado con la divinidad anidaba en su alma.

Simone de Beauvoir escribió en uno de sus libros: *¿Cómo me confortaba saber a Dios a mi lado! Ni un solo instante me abandonaba su mirada. Mi existencia tenía valor infinito y Dios no dejaba que se perdiera nada de ella... Pero una noche requerí a Dios para que, si existía, se declarase. Se quedó callado. Ya no volví a dirigirle la palabra*[164]

Es el silencio de Dios que, tantas veces, no se presta, como sería nuestro deseo, a ser marioneta que se deja manejar por los hilos, más o menos visibles y manifiestos, de nuestro capricho.

Esta postura, por muy humana que nos pueda parecer, demuestra una cierta inmadurez intelectual y afectiva que asienta sus convicciones y prácticas religiosas más en los sentimientos que en los razonamientos.

Algo parecido nos ocurre cuando contemplamos las grandes catástrofes naturales: terremotos, inundaciones, sequías, hambrunas, epidemias,... y nos surge la pregunta: ¿cómo puede Dios permitir que mueran miles de seres inocentes? ¿Dónde está Dios? Con mayor fuerza nos escandaliza su silencio cuando somos los hombres el origen de esas catástrofes: las guerras, los genocidios, el aborto que sacrifica cada año a miles de niños vivos aunque aún no nacidos.

Es la pregunta que se hacía el Papa Benedicto XVI cuando visitaba el año 2006 el campo de concentración de Auschwitz: *¿dónde estaba Dios es esos días? ¿Por qué permaneció callado?* Es la pregunta que nos hacemos todos ante los Gulags de la antigua

Unión Soviética o ante el genocidio de los Jemer rojos de Camboya o ante las dictaduras de uno u otro signo que no reparan en medios para mantenerse en el poder. ¡Cómo nos gustaría que en esos momentos, u otros semejantes, Dios diese un golpe de efecto, hiciese un milagro patente y se dejase ver!

Es el mismo Papa el que contestaba a las preguntas anteriores con estas palabras: *Nosotros no podemos escrutar el secreto de Dios. Solo vemos fragmentos y nos equivocamos si queremos hacernos jueces de Dios y de la historia. En ese caso, no defenderíamos al hombre, sino que contribuiríamos solo a su destrucción. No; en definitiva, debemos seguir elevando, con humildad pero con perseverancia, ese grito a Dios: «Levántate. No te olvides de tu criatura, el hombre». Y el grito que elevamos a Dios debe ser, a la vez, un grito que penetre nuestro mismo corazón, para que se despierte en nosotros la presencia escondida de Dios, para que el poder que Dios ha depositado en nuestro corazón no quede cubierto y ahogado en nosotros por el fango del egoísmo, del miedo a los hombres, de la indiferencia y el oportunismo*[165]

Dios podría ciertamente intervenir solucionando esos acontecimientos de una forma positiva según nuestra forma de pensar, pero entonces no habría dejado lugar para nuestra libertad.

Dios nos ha hecho a su imagen y semejanza y, esa semejanza, no está solo en la capacidad de pensar o razonar, sino también en la posibilidad de aceptar o negar a Dios nuestro concurso, de hacer uso de nuestra autonomía, de nuestro ser libres, abiertos creativamente a los demás.

El ocultamiento de Dios es una manifestación de su amor, que le lleva a no imponer su presencia en el mundo, a fin de que los hombres se sientan libres para rechazar su existencia o aceptarla, posibilitando así una relación de encuentro. Su silencio no solo no revela indiferencia sino que manifiesta su profundo amor, un respeto absoluto al hombre, a su capacidad de iniciativa a favor o en contra de la amistad que Dios le brinda. Este es el sentido del ocultamiento divino[166]

Para un cristiano el modelo es Jesús. Él es la plena manifestación de Dios Padre: *El que me ve a mí, ve al Padre*[167], le dijo al apóstol Felipe que, lleno de ingenuidad, le había pedido que les mostrase al Padre.

Jesús, que vino al mundo para revelar al Padre, pasó la mayor parte de su vida ocultando su divinidad, evitando que se le considerase un guía poderoso, pero humano.

Jesús nos revela con su vida, con sus obras su condición divina, pero a la vez la oculta, la vela. No son pocas las ocasiones en las que, tras algún acto maravilloso, algún milagro, pide a los testigos que no lo digan a nadie. Hablaba como quien tenía autoridad y obraba con un total dominio sobre las fuerzas de la naturaleza, pero a nadie imponía que le aceptase como el Mesías.

Nos propone una doctrina maravillosa, pero no la impone; llama a sus discípulos, pero no les obliga a seguirle; siempre respeta la libertad. Buscaba le aceptasen libremente, gustosamente. Si alguno quiere venir en pos de mí, les dirá, que lo haga, pero a ninguno obliga.

Estamos contemplando ese momento de su vida, el momento supremo de su muerte en

la Cruz, en el que se siente abandonado, pero sigue fiándose del Padre que parece ausente. Él es Dios, pero vela, esconde, su divinidad. Es el amor, un amor incondicional al Padre que guarda silencio ante la solicitud angustiada: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*[168]

Es la vida de Jesús, escondida y oculta, confiada plenamente en Dios, que le llevó, tras la pasión y la muerte, a la gloria de la Resurrección, la que nos enseña que ese silencio de Dios estaba justificado.

Al descubrir la vida de Jesús podemos descubrir que su condición humilde, escondida, no respondía a su incapacidad para librarse de quienes le perseguían, sino que era consecuencia de un amor tan total al hombre que le llevaba a respetar la libertad de quienes deseaban y procuraban deshacerse de Él.

Jesús con su conducta y con su vida nos enseña que el silencio de Dios puede tener un sentido positivo: no imponer la fuerza de la divinidad, dejar libertad a los hombres para aceptarlo o rechazarlo, revelarse con suficiente claridad para que se le descubra y con suficiente oscuridad para que tal descubrimiento y aceptación sean libres[169]

[148] *Mc 15, 33-35.*

[149] Este salmo responde al n° 21 de la Vulgata: traducción latina de la Biblia considerada como versión oficial de la Iglesia desde el Concilio de Trento. En las traducciones modernas, incluida la neo-vulgata, se le asigna el n° 22 como se numera en el original hebreo.

[150] Giovanni Papini. *Historia de Cristo*. Ed. FAX. 13 ed. Madrid 1995, pág. 438.

[151] *Rm 8, 28.*

[152] Pablo Domínguez Prieto. *O.c.*, pág. 157-158.

[153] *Mt 5, 5.*

[154] *Mt 27, 41.*

[155] *Jn 19, 37.*

[156] *Mt 27, 35.*

[157] *Jn 19, 24.*

[158] *Fil 2, 7.*

[159] *Lc 2, 44-45.*

[160] Joseph Ratzinger. Benedicto XVI. *O.c.*, pág. 245.

[161] *Gal 3, 15.*

[162] *2 C 5, 21.*

[163] Luis de la Palma. *La pasión del Señor*, pág. 209.

[164] Simone De Seavoir. *Memorias de una joven hija bien*. París 1958, pág. 73.

[165] Benedicto XVI. *Discurso*. Campo de concentración de Auschwitz. 28-V-2006.

[166] A. López Quintas. *Conferencia*. Parroquia de S. Juan de Ávila. Guadalajara. 21-1-2009.

[167] *Jn 14, 9.*

[168] *Mc 15, 34.*

[169] A. López Quintás. *Cuatro filósofos en busca de Dios*. Madrid. 1999, pág. 45.

QUINTA PALABRA

Tengo sed. (Jn 19, 28)

Es Juan, el evangelista, el que escuchó de labios de un Jesús moribundo el grito de angustia que la piedad cristiana ha considerado desde siempre como la quinta palabra de Jesús en la cruz.

Es el grito de la penuria física. El Señor se ha quedado solo, le quedaba su madre y hace unos momentos nos la ha entregado en la persona de S. Juan; hasta el Padre parece que se ha desentendido de Él y es entonces cuando expresa aquella queja de su naturaleza que se consume de sed.

El evangelista dice que lo hizo para que se cumpliesen las Escrituras; para que quedase claro que cuanto había sido anunciado como propio del futuro Mesías-Salvador hacía referencia a Él mismo, pero advierte Santo Tomás que no es lo anunciado por el profeta causa, razón de ser, de lo sufrido por Cristo, sino constatación del sufrimiento del Señor. Estas son sus palabras: *es preciso tener en cuenta que la expresión «para que» indica aquí no una razón, una causa, sino una constatación, una consecuencia. Jesús no dice que tiene sed para que se cumpla la profecía del Antiguo Testamento; sino, al contrario, la profecía ha sido escrita porque un día sería vivida por Cristo*[170].

Efectivamente, en el salmo veintidós se puede leer: *Seco está como una teja mi paladar, mi lengua está pegada a las fauces*[171], como queja del hombre justo perseguido por su bondad y buen hacer, añadiendo el evangelista el cumplimiento de lo anunciado en otro de los salmos: *diéronme a comer veneno y en mi sed me dieron a beber vinagre*[172].

De tres clases de sed hablan los santos y los comentaristas al referirse a este pasaje: la sed física o sed de agua; la sed espiritual o sed de almas; y la sed de Dios que lleva el hombre inscrita en lo más íntimo de su ser.

Digamos unas palabras sobre cada una de ellas:

SED FÍSICA; SED DE AGUA

Jesús, que sepamos, no había tomado ningún líquido desde la noche anterior, en la Última Cena.

Desde entonces había pasado por la agonía del Huerto de los Olivos, donde el terror y el sufrimiento le forzaron a sudar sangre; por la tortura del prendimiento y la farsa del proceso religioso montado por el Sanedrín, donde fue abofeteado y escupido; había sido llevado aquella mañana, entre empujones, burlas y sarcasmos, de un sitio para otro: del Sanedrín al Pretorio donde residía el gobernador romano, de este a la residencia de Herodes para de nuevo volver al Pretorio; había padecido el mayor tormento entonces practicado fuera de la crucifixión, como era la flagelación; había sido coronado de

espinas y cargado con la cruz hasta el calvario; había sido escarnecido, vejado, injuriado y apaleado en el camino; había perdido prácticamente toda su sangre. ¡Qué lógico que tuviese sed! Que estuviese totalmente deshidratado, que, como dice el salmo *estuviese como una teja su paladar y su lengua pegada a sus fauces*.

Todos hemos experimentado alguna vez el tormento de la sed y la dicha de saciarla con un vaso de agua fresca. La sed es uno de los tormentos más horribles con los que se ha enfrentado el hombre a lo largo de toda la historia de la humanidad.

El grito de Jesús manifestando su sed es la prueba más terminante de que quien estaba expirando en la cruz era un hombre, y no un fantasma, como quisieron sugerir algunos herejes de los primeros siglos que se avergonzaban de que Dios pudiese morir en la cruz.

Sabemos, por otro de los evangelistas, que Jesús había rechazado aquel líquido anestésico que acostumbraban unas buenas mujeres de Jerusalén ofrecer a los reos para que estos cayesen en una especie de letargo que les liberaba de algún modo de parte de sus sufrimientos. Jesús lo rechazó porque quería estar totalmente lúcido apurando hasta la última gota el cáliz del sufrimiento y del dolor. Pero ahora, ya en la cruz, deja que salga de su interior esta queja que expresa la llama atroz que sus heridas provocan en su interior.

Dice el evangelista que uno de los soldados, interrumpiendo las burlas con que se divertían a costa del Señor, mojó una esponja en una vasija de posca, ese brebaje compuesto de vino agrio, vinagre y agua que solían usar los soldados romanos para mitigar las horas tediosas de guardia al pie de los ajusticiados, y colocándola en una pica la acercó a los labios resecos y sedientos de Jesús, mientras el resto seguía con sus mofas e insultos.

Este soldado que se apiadó de Jesús mientras los demás seguían con sus burlas, simboliza a cuantos hombres buenos a lo largo de los siglos han sentido compasión del sufrimiento ajeno y se han atrevido a ir contra corriente, sin apuntarse a lo políticamente correcto en el momento.

¿Sería, acaso, el Centurión que unos minutos más tarde confesaría la divinidad de Jesús? Nada dice el evangelista y cualquier afirmación, en uno u otro sentido, es pura especulación; pero sí podemos aventurar que Jesús no dejaría sin recompensa aquel sencillo acto de misericordia de acercar a sus labios resecos unas gotas de agua.

Si cualquier buena acción: un vaso de agua, una limosna, u otra acción cualquiera hecha para agradar al Señor no dejará de ser recompensada ¿qué razón existe para pensar que Jesús dejase de pagar con creces la acción de aquel soldado anónimo que, contra corriente, intentó saciar, aunque pobremente, la sed de Jesús?

Este pequeño acto de misericordia que aquel soldado anónimo ejerció con el Señor es lo que desea Jesucristo que sigamos nosotros haciendo con aquellos miembros de la humanidad doliente que sufren la miseria física.

El que diere de beber a uno de estos pequeños, aunque solo sea un vaso de agua fresca, en razón de discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa[\[173\]](#), había dicho el Señor.

Pocos días antes de aquel primer Viernes Santo de la historia, Jesús había hablado del

juicio final; aquel momento al final de la historia de la humanidad cuando Él vendrá a sancionar, ante la humanidad entera, el veredicto, positivo o negativo, que cada uno de nosotros hubiese merecido al final de la propia vida.

En el Evangelio nos recuerda S. Mateo la enseñanza de Jesús con estas palabras: *Cuando venga el Hijo del Hombre en su gloria y acompañado de sus ángeles, se sentará en el trono de su gloria y reunirá ante Él todas las gentes; y separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: «Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme.» Entonces los justos le responderán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?» Y el Rey les dirá: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis.» Entonces dirá también a los de su izquierda: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.» Entonces dirán también estos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?» Y él entonces les responderá: «En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo.» E irán estos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna[174].*

Llama la atención de los comentaristas que la razón de ser de los condenados, de los malditos, está en haber despreciado las obras de misericordia. No son apartados de Dios por adúlteros, ladrones u homicidas, sino porque no han dado de beber al sediento, de comer al hambriento, o porque no han vestido al que estaba desnudo. No son condenados por crímenes horrendos contra la humanidad, sino por no haber prestado atención a las necesidades del prójimo; es decir, por pecados de omisión, lo que pone de manifiesto la importancia que para Dios tienen estos pecados. ¡Cuántas veces, absortos en nuestros pensamientos, distraídos con nuestras ideas, pasamos por delante de los necesitados, sin advertir de su presencia! ¡Cuántas nos parecemos a aquellos fariseos, servidores del Templo o vulgares soldados que, atentos a sus ideas, ignoran la sed del Señor!

No quiere decir esto que debemos desentendernos de los mandamientos de Dios para convertirnos los cristianos en meros agentes sociales; que la Iglesia deba convertirse en una sociedad filantrópica; no, porque toda esta acción social de la Iglesia y de los cristianos debe ser parte del amor a Dios, a Jesucristo, que anida en su corazón. El cristiano que ayuda al prójimo, lo hace como parte de una sociedad, la sociedad humana, en la que todos somos hermanos, puesto que todos somos hijos del mismo padre: Dios Nuestro Señor. El amor al otro, como consecuencia de nuestro amor a Dios.

No se trata de actos solidarios, puramente filantrópicos, sino de verdaderos actos de

caridad cristiana; de amor a Dios.

Socorrer las miserias físicas de la humanidad es misión que echarán sobre sus espaldas los cristianos de todos los tiempos. La Iglesia siempre consideró misión suya salvar al hombre íntegro en su cuerpo y en su alma y supo, porque así lo hizo el Maestro, que para saciar el alma debe también saciar el cuerpo. Siempre ha escuchado aquellas palabras de Jesús: *dadles vosotros de comer* y ha procurado hacerlo desde los primeros tiempos en la iglesia madre de Jerusalén hasta el momento actual, cuando, ya en el siglo XXI, se dedica a través de Cáritas y de otras instituciones a saciar el hambre material de tantos desheredados de la fortuna.

SED ESPIRITUAL; SED DE ALMAS

Junto a la sed física que torturaba y atormentaba a Jesús, había en Él otra sed si cabe más desgarradora que la sed física: la sed de almas; el deseo ardiente de volver a unir al hombre con Dios; de restaurar aquel puente roto por el pecado de Adán que posibilitaba la comunicación del hombre con su Creador y Señor.

Santa Catalina de Siena, aquella mujer medieval, doctora de la Iglesia y co-patrona de Europa, que luchó como pocos para devolver la unidad a la Iglesia que se debatía en la obediencia a tres Papas distintos, escribió: *el hambre y la sed del ardiente deseo que Jesús tenía de nuestra salvación es lo que le hacía gritar en el madero de la Cruz santísima: ¡Tengo sed! Como si dijese: tengo sed y deseo de vuestra salvación, un deseo mucho más vehemente de lo que puede manifestar este suplicio corporal de la sed. Porque la sed del cuerpo es limitada, pero la sed del santo deseo es infinita*[175].

El autor de la Carta a los Hebreos pone en labios de Cristo las palabras del salmo: *al entrar en el mundo dije: sacrificios y ofrendas no quisiste, pero me preparaste un cuerpo; los holocaustos y sacrificios por el pecado no te han agradado. Entonces dije: he aquí que vengo, como está escrito en el comienzo del libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad*[176].

Comentando estas palabras decía el Beato Juan Pablo II: *Las palabras de este salmo nos hacen como penetrar en los abismos insondables de este abajamiento del Verbo, de este humillarse por amor de los hombres hasta la muerte de cruz (...) ¿Por qué esta obediencia, por qué este abajamiento, por qué este sufrimiento? Nos responde el Credo: «por nosotros los hombres y por nuestra salvación»: Jesús bajó del cielo para hacer subir allá arriba con pleno derecho al hombre, y, haciéndolo hijo en el Hijo, para restituirlo a la dignidad perdida por el pecado*[177].

Jesús tenía verdadera sed; ansia, si se puede hablar así, de cumplir la voluntad del Padre, aunque ello supusiese el tormento de la cruz, el sufrimiento de la pasión y de la muerte. Esta sed, este deseo de cumplir el decreto salvador de Dios, llenó toda su vida, desde su nacimiento en Belén hasta el momento de su muerte en la cruz.

Unas horas antes, en el inicio de la celebración de la Pascua, en la Última Cena, había manifestado a sus apóstoles aquel deseo con estas palabras: *ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer*[178]; deseo ardiente que otro de los

evangelistas expresa de este modo: *sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, como amase a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*[179].

No esperó, por otra parte, a la noche del Jueves Santo para manifestar esta ansia de cumplir la voluntad de Dios, pues repetidas veces lo habían escuchado sus discípulos a lo largo de aquellos tres años que pasaron en su compañía.

Jesús sabía que se iba y lo deseaba ardientemente; Jesús conocía los dolores, los tormentos y el sufrimiento de su pasión y lo aceptaba porque sabía que ese era el modo como había de redimir a la humanidad: para ello había venido al mundo; Jesús deseaba pasar aquellos últimos momentos de su estancia en la tierra entre los suyos, entre aquellos que sabía que lo amaban, aunque no ignoraba que lo habrían de abandonar e, incluso, uno de ellos le iba a traicionar. Jesús tenía sed de almas; sed de nuestro amor, sed de nuestra salvación, sed de allanar el camino que nos conduce al cielo.

El hombre, en su soberbia, llega a querer emanciparse de Dios; a ser solo suyo sin necesidad del amor eterno de Dios, aspirando a ser artífice de su propia vida. En su superficialidad ha llegado a pensar que no necesita de Dios, que se basta a sí mismo. El hombre que se cree Dios, que se basta a sí mismo, termina sintiéndose solo, infeliz e insatisfecho. Considerándose en no pocas ocasiones como un Mesías Salvador, se convierte en un sátrapa insatisfecho que solo ha traído vacío y destrucción. El siglo XX ha dejado buenos ejemplos de ello.

Jesús había dicho que quien tuviese sed que acudiese a Él y Él le saciaría y ahora manifiesta que esa sed anida en el alma de todos y cada uno de los hombres.

He leído no hace mucho unas bellas palabras atribuidas a la Beata M. Teresa de Calcuta que ella pone en labios del Señor. Dicen así: *Tengo sed de ti. Sí, esa es la única manera en que apenas puedo a empezar a definir mi amor. Tengo sed de ti. Tengo sed de amarte y de que tú me ames. Ven a mí y llenaré tu corazón y sanaré tus heridas. Te haré una nueva criatura y te daré la paz aun en tus pruebas. Tengo sed de ti. Nunca debes dudar de mi misericordia, de mi deseo de perdonarte, de mi anhelo de bendecirte y vivir mi vida en ti, y de que te acepto sin importar lo que hayas hecho. Tengo sed de ti. Si te sientes de poco valor a los ojos del mundo, no importa. No hay nadie que me interese más en todo el mundo que tú. Ábrete a mí, ven a mí, ten sed de mí, dame tu vida.*

Jesús veía con su mirada divina la historia de la humanidad entera con sus violencias y sus desmanes, con sus injusticias y desventuras, y sentía verdadera sed de reparar a Dios por todo ello. Y nos veía a ti y a mí con nuestros despistes y nuestros desafueros, con nuestra soberbia y nuestro egoísmo, con nuestras infidelidades y nuestra tacañería, y tenía verdadera sed de incluirnos en esa reparación.

Cristo, que en el Huerto de los Olivos había contemplado el devenir de la historia humana con todas sus desgracias y crueldades, viendo que en muchas ocasiones darían los hombres la espalda a cuanto Él había enseñado llegando a producirle tal dolor que le originó un sudor de sangre, manifiesta ahora en la cruz, el deseo ardiente de reparar tales conductas y la sed, no menos vehemente, de nuestra correspondencia a su amor.

Toda la historia humana está presente en la crucifixión de tal modo que Jesús sufre

por los pecados aún no cometidos, pero que habrían de cometerse en el tiempo haciendo realidad un bello pensamiento de Pascal en el que asegura que Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo; idea expuesta autorizadamente por el autor de la carta a los Hebreos al afirmar que los que caen en el pecado *vuelven a crucificar por sí mismos al Hijo de Dios y lo exponen de nuevo a pública ignominia*[180].

S. Agustín comenta dos momentos en los que Jesús manifestó su sed. El primero cuando pide de beber a la mujer samaritana, y el segundo cuando en la cruz manifiesta la sed que corroe sus entrañas: *¿de qué tuvo hambre, de qué tuvo sed Cristo sino de nuestras buenas obras?*[181]. Y comentando el salmo 61, dice: *Hasta el fin este cuerpo tiene sed. Bebe muchedumbres, pero jamás dejará de tener sed. De ahí la palabra de Jesús: tengo sed; mujer, dame de beber. La samaritana junto al pozo comprende que el Señor tiene sed y, sin embargo, es saciada ella por el que tiene sed. Primero cae ella en la cuenta de que Jesús tiene sed para acogerla, luego Cristo cuando ella cree. Y sobre la cruz dijo: ¡tengo sed! Pero no le dieron a beber lo que Él apetecía. De ellos mismos tenía sed, pero le dieron vinagre*[182].

Junto a la sed de cumplir la voluntad de Dios y a la sed de almas que consumía las entrañas del Señor está la sed de colaboradores que le ayuden a llevar esa redención que Él nos ha obtenido en la Cruz hasta los últimos rincones de la tierra, hasta el último de los hombres y mujeres que la puedan poblar a lo largo de toda la historia.

Él había pedido a sus discípulos que rezasen para que el dueño de la mies enviase obreros a su campo para recoger esa mies y ahora anhelaba que fuesen muchos los que se prestasen como segadores, como operarios, dispuestos a recoger esa mies que Él había sembrado desde la cruz.

Unos días más tarde, cuando ya resucitado y glorioso, se dispusiese a subir al Padre, ordenó a sus discípulos que fuesen hasta los últimos confines del mundo a llevar esa redención que Él acaba de conseguírnos con su muerte en Cruz; que llevasen la buena noticia de que el amor de Dios se había desbordado sobre las criaturas; que había sido restaurado el puente que unía la humanidad con la divinidad y que ya el hombre podía de nuevo comunicarse a través de Jesucristo con Dios nuestro padre; puente que posibilita que el hombre redimido pueda acercarse a Dios y gozar de Él eternamente en el cielo.

Ser testigos de Dios entre los hombres es misión de todos los cristianos y Cristo siente esa necesidad, el deseo de ese testimonio.

Los cristianos del siglo XXI, como los del siglo I y los del siglo XVI, tenemos el deber de saciar esa sed de Cristo, de ponernos a su disposición para que, cada uno en su sitio, sin salirse del lugar donde los haya colocado su vocación o su trabajo, dar testimonio de que Cristo ha muerto en la cruz para que nosotros tengamos vida, la vida sobrenatural de saber y sentir que somos hijos de Dios porque Él nos ganó y mereció esa filiación.

Así lo afirmaba el Beato Juan Pablo II en los años finales del siglo XX. Decía: *tenemos el deber de transmitir la verdad salvífica a las próximas generaciones, porque a demasiados jóvenes se les ofrece una inútil y peligrosa dieta de falsas ilusiones en lugar de su derecho fundamental al verdadero conocimiento del significado y finalidad de su vida. Al cabo de un siglo de extraordinario progreso pero también de terribles tragedias*

humanas, la proclamación de Jesucristo —el mismo ayer, hoy y siempre— no es solo un deber de obediencia al mandato evangélico, sino también el único modo seguro de responder a la urgente necesidad de discernimiento moral y espiritual, sin el cual, las personas y el mismo orden social se ven afectados por la arbitrariedad y la confusión[183].

Saciar la sed de apóstoles que Cristo manifiesta en la cruz es misión de los cristianos de todos los tiempos. Así lo entendieron los cristianos de la primera generación y así lo ha entendido la Iglesia a lo largo de todos los siglos. Hoy, como entonces, siguen siendo verdad las palabras de S. Pedro: *vosotros sois una raza escogida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que os llamó a salir de las tinieblas y a entrar en su luz maravillosa*[184].

Estas palabras de S. Pedro, que expresan una realidad, no han perdido vigor a lo largo de los siglos. También hoy los cristianos somos una raza escogida. La tarea de la Iglesia, el cometido de los cristianos de todos los tiempos, de cada época de la historia, es reflejar la luz de Cristo, mostrando el resplandor de su rostro en todas y cada una de las generaciones que se van sucediendo a través de la historia. Todas y cada una de estas generaciones han de ser convertidas y llevadas a Dios.

Al cumplir esta tarea, al saciar la sed de Cristo en la cruz, no hacemos nada que podría considerarse anormal pues el hombre tiene verdadera sed de Dios.

SED DE DIOS

S. Agustín quiso iniciar el que es, sin duda, su libro más conocido con estas palabras: *Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*[185].

Sed de Dios que hacía decir al salmista: *oh, Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agotada, sin agua*[186] o aquello otro del salmo 41: *como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo*[187].

Como la tierra árida, agrietada, reseca, espera la lluvia que la hará germinar, engendradora de vida, así está el alma humana anhelando a Dios para llenarse de Él. Como la tierra sedienta se empapa ávida de la lluvia benéfica, así el alma anhela a Dios para llenarse de Él y tener vida, aunque a veces no sea consciente de ello y busque sustitutos con falsos dioses que ni llenan, ni satisfacen, ni dan vida.

Jesús había hablado en más de una ocasión de esta sed de Dios en las almas que Él mismo se prestaba a saciar. *Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba*[188] y a la samaritana junto al pozo de Jacob, en Samaría: *el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna*[189]. La historia nos habla de tantos hombres santos que, empapados de esa agua divina, han llenado la tierra de obras a favor de sus hermanos.

El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y solo en Dios encuentra el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar[190].

La religiosidad es un fenómeno universal tanto en el tiempo como en el espacio. No se ha descubierto ningún pueblo que haya vivido y se haya desarrollado en ningún momento de la historia, ni en ningún lugar de la tierra, sin religión. En todos se encuentra más o menos viva, más o menos desarrollada, la creencia en un Ser Supremo, en un Dios providente y valedor en contacto con el cual ha buscado el hombre medios diversos de conectar.

A mediados del siglo XIX escribía Dostoievski: *El hombre no puede vivir sin arrodillarse... Si se rechaza a Dios, se arrodillará ante un ídolo de madera, de oro o, simplemente, imaginativo. Todos estos son idólatras, no ateos*[191].

El hombre es un ser esencialmente religioso. Lo normal en el hombre es ser racional y religioso. *Por paradójico que pueda parecer la visión completa del hombre reclama la consideración de contingencia y, por ello, de dependencia de un Ser Absoluto, Supremo, existente por sí mismo, que es la causa primera y última del hombre. El hombre no es un producto defectuoso de la evolución, sino imagen de Dios*[192].

Ciertamente son muchos los elementos que señalan el parentesco del hombre con el animal; pero no por ello deja el hombre de ser muy superior a los animales, incluidos a los más desarrollados.

La idea de trascendencia es exclusiva del hombre, desde el primitivo hasta el actual.

El hecho de que existan hombres que nieguen creer en la existencia de ese Ser Supremo y Absoluto, al que llamamos Dios, no anula la afirmación anterior. En la vida encontramos hombres que son mudos y no por ello el hombre deja de comportar la facultad de hablar, como encontramos hombres dementes y no por ello podemos afirmar que el hombre no es un ser racional, capaz de pensar por sí mismo y de comportarse ante los demás con sus propios actos.

Siempre ha habido pensadores, más abundantes en los últimos cuatro o cinco siglos, que se han propuesto explicar la existencia humana, el sentido de su vida, orientando su búsqueda en una dimensión inmanente, laicista y atea; desde una perspectiva que nace en el hombre y en el hombre se termina; orientada puramente hacia lo terreno, negando la trascendencia y, por tanto, la eternidad; excluyendo a Dios al explicar el sentido de la existencia humana.

Sin embargo, a lo largo de la historia, también de la historia actual, la del hombre del siglo XXI, es la explicación religiosa la que más ha influido e influye en el hombre.

Los datos, tanto históricos como sociológicos, certifican lo que acabamos de afirmar. La dimensión religiosa del hombre, en sus distintas vivencias, ha constituido y constituye una de las características distintivas del hombre de entre el resto de los seres vivos, hasta el punto de poderse afirmar que el hombre, por su propia naturaleza, es un ser constitutivamente religioso; un ser que trasciende su propia historia, que se siente impelido, desde dentro de sí mismo, a buscar el sentido de su vida, de su origen y su fin, fuera de sí mismo hasta descubrirlo en un Ser Absoluto, Todopoderoso y Creador, al que llamamos Dios.

Es lo que expresó S. Agustín con esas palabras tan conocidas y tan bellas ya mencionadas: *Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que*

descansa en Ti[193].

Dios no es para el hombre una norma que lo dirige; es el Absoluto que lo funda; el Amante que lo atrae; el Más-allá que lo eleva; el eterno que le otorga el único clima en el que puede respirar; es, por decirlo de algún modo, esa tercera dimensión en la que el hombre encuentra su profundidad [194].

El hombre se realiza en cuanto hombre cuando reconoce su condición de dependencia, cuando ama y conoce la realidad descubriendo la obra de Dios, que ama.

Dice el Cardenal Ratzinger: *lo que en último término, diferencia al hombre, considerado desde arriba, es el ser interpelado, llamado por Dios, el ser interlocutor de Dios. Visto desde abajo, consiste en que el hombre es el ser que puede pensar en Dios, el ser abierto a la trascendencia[195].*

La religiosidad es una manifestación específicamente humana. Solo el hombre es un ser religioso y ello no solo de hecho, sino de derecho, porque solo él tiene capacidad para ello.

El hombre es un ser contingente, limitado, dependiente, creado y ello le lleva en busca de su Hacedor, ese Ser superior, distinto de él, personal, capaz de saciar su ansia de ser y de existir.

Cierto que todas las cosas creadas son contingentes, pero al ser irracionales son incapaces de llegar a descubrir su situación, su contingencia, su dependencia. No así el hombre cuya racionalidad le proporciona la posibilidad de llegar a descubrir su situación y a relacionarse con ese Ser.

El hombre es el único ser de la creación visible que no solo es capaz de saber, sino que sabe también que sabe y, por eso se interesa por la verdad real de lo que se presenta.

El ansia de verdad pertenece a la misma naturaleza del hombre que le lleva a preguntarse por sí mismo, por la razón de su existencia y el fin de la misma, por su Dios. El hombre tiene sed de Dios y Cristo vino para saciar esa sed.

De nosotros depende que esa sed de Cristo, esa sed de Dios, sea saciada.

Leí hace algún tiempo lo ocurrido en un pueblo alemán durante la segunda guerra mundial, en los años cuarenta del pasado siglo XX. En uno de los frecuentes bombardeos a que fue sometida la nación quedó destruida, completamente arrasada, la iglesia del lugar. En ella se conservaba una antigua imagen de Cristo crucificado, muy querida por los lugareños y muy venerada por los vecinos de los pueblos limítrofes.

Al iniciarse la reconstrucción del templo, una vez terminada la contienda, encontraron entre los escombros la venerada imagen pero con la particularidad de que le faltaban los brazos, tal vez astillados en el derrumbe o carbonizados en el incendio que siguió al bombardeo. El hecho es que no aparecieron con el consiguiente disgusto de las gentes que deliberaron el modo de suplirlos, siendo unos partidarios de encargar a algún imaginero de prestigio unos nuevos, optando otros por dejarlo como estaba.

Después de alguna que otra discusión, más o menos acalorada, optaron por dejarlo sin brazos y poner a su vera una cartela explicando la razón de ello. Allí, junto al Cristo, está la cartela que termina con estas palabras: *mis brazos sois vosotros, mis brazos eres tú.*

No son pocas las veces, a mi parecer, que el Señor se dirige a cada uno de nosotros

para decirnos: mis brazos, para llevar mi redención a los hombres, para comunicarles el mensaje de amor y de paz que vine a traer a la tierra, sois vosotros, eres tú.

[170] Santo Tomás. *Comentario al evangelio de S. Juan*, 19, 28.

[171] *Sal* 22, 16.

[172] *Sal* 69, 22.

[173] *Mt* 10, 42.

[174] *Mt* 25, 31-40.

[175] Santa Catalina de Siena. *Epistolario*. Carta 8.

[176] *Heb* 10, 5-7.

[177] Beato Juan Pablo II. *Audiencia general*, 35-III-1981.

[178] *Lc* 22, 15.

[179] *Jn* 13, 1.

[180] *Heb* 6, 6.

[181] San Agustín. *Comentario al salmo 34*, sermón 2, nº 4.

[182] Idem. *Comentario al salmo 61*, nº 9.

[183] Juan Pablo II. *Discurso al Consejo Pontificio de las Comunicaciones sociales*. 28-II-1997.

[184] *I P* 2, 9.

[185] San Agustín. *Confesiones I, I*.

[186] *Sal* 62, 2.

[187] *Sal* 41, 1.

[188] *Jn* 7, 37.

[189] *Jn* 4, 14.

[190] Catecismo de la Iglesia Católica, nº 27.

[191] Dostoievski. *El adolescente*. Página 348. Tomo la nota de Manuel Guerra. *Historia de las religiones*. Tm. 2º, pág. 16.

[192] Benedicto XVI. *Entrevista con un periodista*. I-VIII-2006.

[193] San Agustín. *Confesiones*, nº 1.

[194] Henri De Lubac. *El drama del humanismo ateo*, pág. 64.

[195] Cardenal Ratzinger *Introducción al cristianismo*. 12ª ed. Salamanca 2005, pág. 293.

SEXTA PALABRA

Todo está cumplido (Jn 19, 39)

Jesús lleva cerca de tres horas colgado del madero. Sus pulmones, contraídos por su postura de crucificado, tienen verdadera dificultad para respirar. Su sangre derramada va perdiendo vigor al aflorar de sus venas ya exhaustas. Percibe que la muerte se acerca a pasos de gigante y que llega la hora de volver al Padre. En ese momento el Señor echa una mirada a su vida y comprende que todo se ha cumplido. La misión recibida del Padre, para la que ha venido a la tierra, ha sido cumplida y entonces, satisfecho, pronuncia las palabras que la piedad cristiana considera la sexta de las pronunciadas en la cruz: *todo está cumplido*, mi quehacer en la tierra ha sido consumado.

Es una palabra de triunfo, de plenitud. Nada queda por hacer. Ha llegado el momento supremo: volver al Padre. No piensa en su muerte como la realización de sí mismo, sino en que esa muerte es el coronamiento de la voluntad del Padre.

Él ha venido a la tierra a cumplir la voluntad de Dios. En reiteradas ocasiones ha manifestado que esa y no otra era su misión.

Así se lo había indicado a su Madre, la Virgen, cuando, aún niño, lo encontró en el Templo de Jerusalén asombrando a los escribas y doctores de la ley con sus preguntas y respuestas: *¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que yo esté en las cosas de mi Padre?*[196] Responderá a su madre que, angustiada, le pregunta por qué les ha dado ese disgusto.

Más tarde, ya durante los años de su vida pública, volverá a afirmar que *no ha bajado del cielo para hacer su voluntad, sino la de aquel que le ha enviado*[197] o *que no busca su voluntad, sino la del que le envió*[198], pues *su alimento es hacer la voluntad del que le ha enviado y llevar a cabo su obra*[199].

Hace tan solo unas horas, cuando veía la tragedia que se le venía encima y sentía que su naturaleza humana protestaba ante el dolor, se había puesto en la manos del Padre en aquella oración angustiada del Huerto de los Olivos: *Padre, le había dicho, si quieres aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*[200].

Le atormenta el conocimiento de los inmensos dolores que le esperan en la Pasión, pero los acepta voluntariamente porque esa es la voluntad del Padre. Pesan sobre Él los pecados todos de la humanidad, también los nuestros, los tuyos y los míos, siente la infidelidad de su pueblo, el escándalo de sus discípulos y la ingratitud de los hombres, y lo acepta todo porque esa es la voluntad de su Padre, la voluntad de Dios.

No ha venido a la tierra a cumplir las Escrituras, pero estas tienen en Él pleno cumplimiento. No hace las cosas para que se cumpla lo anunciado por los profetas, sino que lo anunciado por los profetas se cumple plenamente en Él.

En más de una ocasión había apelado a este cumplimiento desde el convencimiento de que todo lo referente al Mesías estaba anunciado, aunque en tantas ocasiones ese anuncio no hubiese sido interpretado correctamente y, en más de las deseables, apropiado al

sentir de los escribas o de los intereses, no siempre nobles, de la casta sacerdotal o de los rabinos de turno.

Jesús les había sugerido que *escudriñasen las Escrituras, ya que en ellas creían tener la vida eterna; ellas son las que dan testimonio de Mí*[201] y en otra ocasión se apoya en la autoridad de Moisés *en quien habían puesto sus esperanzas. Porque si creyeseis en Moisés, me creerías a Mí, puesto que de Mí escribió*[202].

Jesús contempla la larga serie de profecías que hacen referencia al Mesías-Salvador y, al ver cómo en Él han tenido pleno cumplimiento, puede exclamar: Todo está cumplido, todo está consumado. El plan que Dios-Padre había trazado para salvar al mundo ha sido cumplido. Me he plegado en todo a la voluntad del Padre, para cuyo cumplimiento vine a la tierra y lo he cumplido. Todo está realizado. Todo está consumado.

Ahora, cuando la muerte llama a la puerta y su vida terrena se apaga aceleradamente, echa la vista atrás, contempla su vida y ve, con plena claridad, que ha cumplido al pie de la letra la misión para la que vino a este mundo.

Tiene su cuerpo destrozado, su rostro maltrecho, su mirada febril, pero puede presentarse ante el Padre habiendo cumplido su misión. Con toda verdad exclama: *todo se ha cumplido*.

No tiene más que treinta y tres años, tal vez menos, pero puede afirmar que su vida ha sido una vida llena, plena, completa, colmada de plenitud. Desde Belén al Calvario, pasando por Nazaret, el desierto de Judá, la ciudad de Cafarnaún, las tierras todas de Palestina y la ciudad santa de Jerusalén, pueden certificar de su plenitud.

Cuando vemos morir a una persona joven, de poco más de treinta años, pensamos que ha sido una vida truncada, malograda, sin tiempo para completar su destino, aunque sepamos que solo es malograda la existencia de quien vive una vida vacía, sin pulso, inoperante.

No es prematura la muerte de quien muere joven, pues con pocos años se puede llenar la existencia, madurar en la vida. Es prematura la muerte de quien, aun teniendo muchos años, no se ha preparado para presentarse ante el Señor, porque tiene sus manos, aunque puedan estar encallecidas, vacías de buenas obras que presentar a Dios. La muerte es prematura si no nos encuentra dispuestos para comparecer ante el Señor.

La vida de Jesús fue una vida llena, que no precisaba de un día más, porque todo había sido cumplido.

Dirigiéndose a Dios-Padre en la Última Cena había dicho: *Yo te he glorificado en la tierra; he terminado la obra que me encomendaste que hiciera. Ahora, Padre, glorifícame tú a tu lado en la gloria que tuve junto a Ti antes de que el mundo existiera. He manifestado tu nombre a los que me diste del mundo*[203].

¿Qué es lo que el Padre le había encomendado? No es difícil aceptar que el hombre es un pecador y que el pecado lo aparta de Dios, lo separa de Él.

Cuando el autor del libro del Génesis describe el primer pecado del hombre, narra las consecuencias del mismo y enseña que con el pecado entró en el mundo la muerte. Los lazos que unían la humanidad con la divinidad quedaron rotos. El camino pensado y donado por Dios para que el hombre pudiese relacionarse con Él quedó obstruido. El

muro interpuesto por el pecado entre Dios y el hombre le impedía el paso, con la particularidad de que el hombre, ser finito y limitado, era incapaz de saltarlo. Nunca lo limitado y contingente podrá llenar la infinitud de Dios, que es el Ser absoluto e ilimitado.

El hombre no puede salvarse a sí mismo. No cabe la autosalvación. Las consecuencias del pecado original solo pueden ser corregidas por Dios.

Sin intervención divina la humanidad no puede salir al encuentro de las malas raíces que perturban su existencia.

S. Agustín lo explicaba así: *El género humano yace enfermo; no de enfermedad corporal, sino por sus pecados. Yace como un gran enfermo en todo el orbe de la tierra, de Oriente a Occidente. Para sanar a este moribundo descendió el médico omnipotente. Se humilló hasta tomar carne mortal, es decir, hasta acercarse al lecho del enfermo*[204].

La humanidad había contraído con Dios una deuda a causa del pecado y estaba incapacitada para saldarla. S. Pablo asegura que *la paga del pecado es la muerte*[205].

Juan, el bautista, había presentado a Jesús como *el cordero de Dios que quita el pecado del mundo*[206], aludiendo de ese modo al sacrificio redentor del Señor.

Ya el profeta Isaías había comparado los sufrimientos del Siervo de Yahveh, del Mesías, con el sacrificio del cordero sacrificado en expiación de los pecados del pueblo[207], y la sangre del cordero pascual había servido para liberar a los israelitas de la esclavitud de Egipto[208].

Todo esto era simple anuncio, simple figura, a la vez que promesa, del verdadero cordero, Cristo, víctima del sacrificio del Calvario en favor de toda la humanidad.

S. Pablo nos dirá que *Cristo, nuestro cordero pascual, fue inmolado*[209], saldando de ese modo la deuda, la cuenta que tenía la humanidad pendiente con Dios, por lo que añadirá que *en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándole en cuenta sus pecados, poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación*[210].

Todo está consumado. La reconciliación de los hombres con Dios, cuya amistad se había perdido por el pecado original, como apuntamos más arriba, ha sido realizada mediante la pasión del Señor.

Jesús, en todo semejante a los hombres menos en el pecado, cargó sobre sí con los pecados de la humanidad entera y se ofreció en la cruz como sacrificio expiatorio por todos esos pecados, reconciliando de ese modo a Dios con los hombres, a la humanidad con la divinidad. La justicia de Dios ha sido cumplida y por eso Jesús con toda razón puede afirmar que todo ha sido cumplido, que todo ha sido consumado.

Jesús ha pagado la deuda contraída con Dios por la humanidad. Esa deuda ha sido saldada.

Dicen los entendidos que la palabra usada por Jesús en la cruz es la misma que se colocaba al final de un recibo de deuda cuando esta era saldada, cancelada.

En la cruz la justicia de Dios quedó totalmente satisfecha porque Jesús pagó el precio del rescate. Desde entonces hay pecado en el hombre porque su naturaleza le inclina al

pecado, pero no hay pecado sobre el hombre porque Jesús cargó con todos los pecados; se hizo *pecado* para librarnos del pecado. Así lo afirma S. Pablo a los cristianos de Colosas: *Y a vosotros, que estabais muertos por los delitos y por la incircuncisión de vuestra carne, os vivificó con Él, y perdonó gratuitamente todos nuestros delitos, al borrar el pliego de cargos que nos era adverso, y que canceló clavado en la cruz*[211]. El objetivo principal de la acción mediadora de Cristo es reconciliar a los hombres con Dios, por el perdón de sus pecados, conseguido por su muerte en la cruz. Todos los sometidos a la esclavitud del pecado han sido liberados por su muerte.

El hombre, pobre como era, quedó enriquecido con la misericordia de Dios; el que antes temblaba como deudor con solo oír la palabra justicia, ahora puede pedir a Dios, como Justo juez, «el premio, como un atleta que ha competido según el reglamento»[212]; *puede presentarse ante el tribunal de Dios y exigir con seguridad, porque las palabras de Jesucristo avalan su petición*[213].

Eso es la Redención: un rescate para el hombre y una satisfacción para Dios: *escándalo para los judíos, necedad para los gentiles, más para los llamados, judíos o griegos..., fuerza de Dios y sabiduría de Dios*[214].

Todo está acabado. Se han cumplido todas las profecías que encuentran su sentido en Jesús. Se ha pagado la deuda contraída por el pecado. Se ha terminado la pelea contra el pecado y su instigador, el demonio. Cristo ha salido vencedor. Ha terminado su vida terrena y puede proclamar que *todo está consumado*. Por eso es esta una palabra de triunfo, como señalamos con anterioridad, no de fracaso o de derrota. Cristo ha triunfado sobre el demonio. Se ha cumplido lo prometido por Dios a nuestros primeros padres en el paraíso terrenal: que un descendiente suyo, de su propia estirpe, aplastaría la cabeza de la serpiente; habría de vencer el mal, el pecado.

LA MUERTE DE JESÚS ES UN ACTO RELIGIOSO

La muerte de Jesús no es solamente un acto heroico, es esencialmente un acto religioso y, por ello, un acto de amor. Jesús muere libremente, para honrar a Dios y salvar al hombre. Es por amor por lo que Dios-Padre envió a su Hijo al mundo para salvar al mundo.

El mal no es algo banal, algo sin importancia, cuya insignificancia facilita el continuar en esa vida siempre.

El encadenamiento del hombre al mal es mucho más profundo de lo que, con ser mucho, deja ver la experiencia.

S. Josemaría Escrivá dejó escrito en una de sus homilías: *La entrega generosa de Cristo se enfrenta con el pecado, esa realidad dura de aceptar, pero innegable: el mysterium iniquitatis, la inexplicable maldad de la criatura que se alza, por soberbia, contra Dios. La historia es tan antigua como la humanidad. Recordemos la caída de nuestros primeros padres; luego toda esa cadena de depravaciones que jalonan el andar de los hombres, y finalmente, nuestras personales rebeldías. No es fácil considerar la perversión que el pecado supone, y comprender todo lo que nos dice la fe*[215].

El pecado no es un desorden puramente ético o externo que afecte solo a la voluntad del hombre, que le dificulta obrar el bien. *Es algo más hondo, más profundo, algo existencial que compromete al ser íntegro de la persona, que perturba, aunque no destruya, su unidad interior y sus conexiones con la Verdad y el Bien.*

Si el pecado fuera solamente un hecho físico, o una equivocación, o una falta de conocimiento suficiente, podríamos repararlo y podríamos rectificar en cualquier momento, con el simple deseo de volver de nuevo, con nuestras propias fuerzas, al camino recto que lleva a Dios. Pero no ocurre así. La Iglesia nos dice en su magisterio solemne: *nadie por sí mismo y por sus propias fuerzas se libera del pecado y se eleva sobre sí mismo; nadie se libera completamente de su debilidad, o de su soledad, o de su esclavitud; todos tienen necesidad de Cristo, modelo, maestro, libertador, salvador, vivificador*[216].

La cruz nos recuerda que el hombre es un hijo pródigo, que antes de ser elevado a donde aspira, ha sido preciso levantarlo de donde cayó. La redención agota y consume el esfuerzo inmenso y doloroso de reconquista que levanta al hombre pecador por encima de sí mismo.

Todo está cumplido. Solo cuenta el amor, como diría Santa Teresita del Niño Jesús. El darse hasta el extremo de dar la vida, es elegir el ser amante, es elegir el amor. La muerte es el testimonio último e irrecusable de la fidelidad al amor.

En los años finales del siglo I escribía S. Clemente romano en su carta a los fieles de Corinto: *A causa del amor que nos tenía, Cristo ha dado su sangre por nosotros, siguiendo la voluntad de Dios; su carne por nuestra carne, su alma por nuestra alma*[217].

En Jesús todo lo llena su amor, todos los actos de su vida de hombre, que a la vez es Dios, son fruto de su amor. Es por lo que todos los acontecimientos que la llenan tienen sentido redentor. Cristo no nos redimió solamente con su muerte en la cruz, sino también mediante todo lo que va asociado a su vida terrena y, al contemplarlo en una mirada retrospectiva puede decir con entera verdad: todo se ha consumado. Todo está cumplido, porque todo se ha hecho conforme a la voluntad del Padre, porque todo es producto del amor.

Al echar la vista a esa vida que se consume puede contemplar: la ternura con que ha tratado a los niños, el cariño filial con que ha honrado a su madre hasta el último momento preocupándose de que el discípulo más querido cuide de ella, la paciencia con que ha ido formando a sus apóstoles y discípulos, la lealtad con que ha pagado la amistad de sus amigos, la pasión con que ha amado a su país, a su tierra, la avidez con que aprendió todos sus encantos: la fertilidad de sus huertas, la belleza de sus flores, los frutos sabrosos de sus higueras, el verdor de los pámpanos de sus vides, las cañas batidas por el viento y las mieses mecidas en la primavera. Ha visto todo esto y ha podido decir con absoluta sinceridad: todo está consumado, todo está cumplido.

Ha tratado con afecto viril a las mujeres, respetando su dignidad no por todos reconocida; ha defendido con coraje la verdad; ha afrontado con valor los ataques de sus enemigos y ha desbaratado las artimañas y las falsedades de sus adversarios; ha

comprendido, recibido y perdonado a los pecadores; ha tratado con especial cariño a los marginados de la sociedad; ha curado a los enfermos del cuerpo y del alma; se ha conmovido ante el dolor ajeno; se ha compadecido de su desgracia y ha llorado ante la tumba del amigo muerto. Ha contemplado todo esto y ha podido decir triunfante: todo está concluido, todo ha sido terminado.

Desde lo alto de la cruz ha recordado sus milagros: ha visto el gozo de aquellos muchachos de Caná el día de su boda, los ojos llenos de asombro de los discípulos al descubrir llenas de peces las redes que durante toda la noche habían aparecido vacías, la presteza de la suegra de Pedro para servirles una vez desaparecida la fiebre por la palabra de Jesús, el agradecimiento de los leprosos recién curados, la alegría del ciego de nacimiento que ha comenzado a ver o de tantos lisiados que han empezado a caminar. Ha recordado todo esto y ha podido decir con absoluta sinceridad: todo está concluido, todo ha sido cumplido.

Ha visto a aquel muchacho, hijo único de una madre viuda, que al conjuro de su palabra había vuelto a la vida y a aquella niña muerta y devuelta a sus padres viva, convirtiendo sus lágrimas de congoja en lágrimas de alegría; ha recordado, sin duda, al amigo que tras cuatro días en el sepulcro apareció vivo porque así Él se lo había mandado. Por todo ello afirmó con satisfacción que todo había sido cumplido.

Ha recordado, como si del pase de una película se tratase, sus enseñanzas y ha comprendido que la afirmación que hiciera en su pueblo, en Nazaret, al inicio de su vida pública afirmando que había venido a evangelizar[218] ha tenido cumplimiento, pues a ello ha dedicado casi tres años de su vida. Ha repasado mentalmente sus parábolas con las que ha puesto al alcance de los más rudos y sencillos las verdades más sublimes sobre Dios y sus relaciones con el hombre. Le habían calificado como maestro y comprende que el título es totalmente apropiado, pues no otra cosa que enseñar es lo que ha hecho ante aquellas multitudes que le seguían ávidas de aprender o ante aquellos apóstoles que le acompañaban. Recordaría lo enseñado en el sermón del monte con las bienaventuranzas y gozaría interiormente sabiendo que desde entonces a su Padre también los hombres llamarían padre. Y al recordar todo ese cúmulo de enseñanzas vería que podía afirmar que todo había sido cumplido.

Contemplaría a sus apóstoles, ahora asustados y huidos, pero que habrían de serle fieles hasta dar por Él su vida, llevando aquella doctrina y los frutos de su redención a todos los lugares de la tierra y cómo a lo largo de los siglos y a lo ancho del mundo miles, millones, de personas habrían de ser sus discípulos aprovechando los frutos de su redención y, satisfecho, pudo exclamar: todo está cumplido. Todo está organizado, estructurado, completo. Puedo morir tranquilo.

Es más. Con su mirada divina vería la transformación que habría de operarse en aquel mundo pagano,preciado de sí mismo e incurso en las mayores aberraciones morales, al compás de su doctrina y, por ello, exclama: que todo está cumplido, que su obra en el mundo había sido acabada.

Y, con la misma mirada divina, vería a su Iglesia, siempre vapuleada por los enemigos de Dios, pero nunca vencida. Vería los obras de caridad y misericordia que, en su

nombre, habrían de hacer sus discípulos a lo largo de los siglos y a lo ancho de la geografía; las instituciones benéficas o culturales que habrían de surgir al conjuro de su enseñanza, por el ejemplo de su vida, y pudo sentirse satisfecho, exclamando que todo había sido cumplido; que su misión en la tierra había terminado.

Vio los miles de almas santas que a lo largo de los siglos, de todas las edades, razas y culturas, de todas las clases sociales, habrían de esforzarse en copiar en sus propias vidas el ejemplo y la enseñanza que Él había traído a la tierra y, complacido, exclamó: todo está cumplido.

La serenidad soberana de su mirada, que abarcaba todos los siglos, afloró en esta sexta palabra de Jesús. Todo está consumado, la obra de la Redención está cumplida.

La deuda contraída por el hombre con el pecado original y con los pecados propios, está pagada. El hombre ha quedado libre y el camino hasta el cielo ha sido despejado.

Dice el P. La Palma: *En la cruz realizó las principales cosas en las que creemos, y dio firmeza a las que esperamos; nos allanó el camino para alcanzar las cosas de arriba, y nos animó a dejar por Él estas cosas de abajo. En la cruz se encuentran y se hacen realidad todas las promesas de Dios. Todas las promesas hechas por Dios han tenido en Jesucristo el sí de su cumplimiento, todo se ha realizado en Él (...) Todo es ya perfecto, la ha cumplido todo. Ha llevado hasta el final lo que había dispuesto la eterna sabiduría, ha pagado lo que pedía su justicia, y todo ha sido hecho a favor del hombre, porque Dios es piadoso y está lleno de misericordia*[219].

Todo está consumado en el terreno de la adquisición. La Redención está hecha; la gracia de Dios fluye por el canal que Cristo ha abierto con su muerte. El pecado que impedía el discurrir de esa gracia hasta el hombre ha sido vencido.

Pero en el terreno de la distribución de la gracia ganada por Cristo nada ha sido acabado pues Jesús *está a la derecha de Dios e intercede por nosotros*[220] pudiendo *salvar perfectamente a los que por Él se acercan a Dios, Ya que está siempre vivo para interceder por ellos*[221]. Hasta el fin del mundo, esa gracia que Cristo nos ganó en la cruz seguirá fluyendo hasta los hombres, siendo estos los que, haciendo mal uso de su libertad, impiden que llegue hasta ellos.

Cristo intercede por nosotros desde el cielo no para conseguirmos la gracia ganada en la cruz, sino para dispensarnos esa gracia ya conseguida.

Para esa distribución de la gracia conseguida por Cristo contamos también con la intercesión de la Virgen y de los santos que, insertos en el amor de Dios, participan de ese amor hacia los demás y, por un acto de caridad, piden al Señor para nosotros esa gracia ganada por Cristo.

Todo está consumado sobre la cruz por la adquisición de la Redención, pero no todo está sometido, cosa que sí ocurrirá al final de los tiempos cuando, tras la segunda venida de Cristo, todo quede bajo su poder.

Mientras eso llega nos toca a los hombres en cada momento de la historia mirar a Cristo, pues ningún otro puede dar sentido a la existencia.

Decía el Beato Juan Pablo II a los jóvenes norteamericanos: *cuando os preguntéis por el misterio de vosotros mismos, mirad a Cristo que es quien da sentido a vuestra*

vida[222], y Cristo sabemos que

PASÓ HACIENDO EL BIEN. TODO LO HIZO BIEN

Unos años después de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles y consiguiente inicio del devenir histórico de la Iglesia, el apóstol S. Pedro, como cabeza de aquella Iglesia naciente, se acercó a la ciudad de Cesarea para dar entrada en la misma a personas ajenas al judaísmo, procedentes de la gentilidad.

Ante el centurión Cornelio y su familia pronunció el primer discurso dirigido a los gentiles, y al resumir la vida de Jesús lo hizo con tres palabras: *pasó haciendo el bien*[223]. Toda la vida de Cristo se resume en esas palabras: hacer el bien. Todos los días de su vida en la tierra, desde Nazaret hasta el Calvario, no hizo cosa distinta de esa, hacer el bien.

Primero con su trabajo de artesano en Nazaret colaborando al bienestar de sus paisanos. Es fácil imaginarse a Jesús poniendo los cinco sentidos en un trabajo artesanal que solucionaría los pequeños problemas de la gente de la aldea y de las aldeas vecinas, haciendo que estas viviesen tranquilas sabiendo que podían contar con Él. Seguro que Jesús jamás se preguntó por la importancia o trascendencia de ese trabajo que, por ser humilde, no dejaba de ser útil. Nunca pensaría en la relevancia social del mismo, sino en el servicio, en el bien, que hacía a los demás.

Con absoluta verdad S. Pedro pudo decir que Jesús pasó aquellos años oscuros de Nazaret haciendo el bien.

Nos enseñó el Señor de ese modo que el trabajo, cualquiera que sea, no es un simple oficio, un modo de sacar adelante a la familia, sino más bien una vocación. La manera que Dios ha puesto a nuestro alcance para que colaboremos con Él en la transformación del mundo, en la mejora de la humanidad.

Más evidente, aunque no más real, aparece la bondad de Jesús en su vida pública; aquellos casi tres años que dedicó a recorrer las tierras de Palestina, como dice el mismo S. Pedro: *a sanar a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él*[224], sanando todas las enfermedades del alma y del cuerpo, hasta el punto de que las multitudes le asediaban y empujan hasta el mar.

Pasó haciendo el bien a aquellas gentes deseosas de una palabra de esperanza que no encontraban en las prédicas de los rabinos o en las exigencias regladas de los fariseos.

Jesús pasó haciendo el bien y, en la cruz, al repasar su vida, vio que todo había sido realizado conforme al plan divino y pudo afirmar con total veracidad, que todo se había cumplido, que todo había concluido.

S. Marcos recoge otra definición de Jesús, en este caso acuñada por las gentes sencillas que le seguían. Después de la curación milagrosa de un sordomudo, dice el evangelista que las gentes *estaban maravilladas y decían: todo lo ha hecho bien, hace oír a los sordos y hablar a los mudos*[225]. Jesús todo lo hizo bien, acabado, humanamente perfecto, incluso bellamente.

Comentando este pasaje S. Josemaría Escrivá dice: *Tú y yo, ¿qué? Una mirada para*

ver si tenemos algo que enmendar. Yo sí que encuentro en mí mucho que rehacer. Como me veo incapaz por mí solo de obrar el bien, y como nos ha dicho el mismo Jesús que sin Él no podemos nada, vamos tú y yo al Señor, a implorar su asistencia, por medio de su Madre[226].

Precisamente porque todo lo hizo bien; porque no tuvo interés distinto de hacer el bien, supo ver en la naturaleza la bondad de Dios creador que, al término de su obra creadora, se complació en la misma; vio que estaba bien hecho y se gozó en ella.

También Jesús supo ver la bondad de las cosas creadas para llevarlas a su predicación, sirviéndose de ellas para poner a nuestro alcance las verdades que había venido a enseñarnos. Nosotros podemos hacer lo mismo.

Así lo hicieron los cristianos de las primeras generaciones, como testifica a mediados del siglo II el autor de la carta a Diogneto, cuando dice: *son de carne, pero no viven según la carne. Habitan en la tierra, pero su patria es el cielo... Aman a los otros y los otros los persiguen. Se les calumnia y ellos bendicen. Se les injuria y ellos honran a los detractores... Su actitud (...) es una manifestación del poder de Dios*[227].

[196]Lc 2, 49.

[197]Jn 6, 38.

[198]Jn 5, 40.

[199]Jn 4, 34.

[200]Lc 22, 42.

[201]Jn 5, 39.

[202]Jn 5, 46.

[203]Jn 17, 4-6.

[204] San Agustín. *Sermones*, 87, 13.

[205]Rm 6, 23.

[206]Jn 1, 29.

[207]Is 53, 7.

[208]Ex 12, 6-7.

[209]1 C 5, 7.

[210]2 C 5, 19.

[211]Col 2, 13-14.

[212]2 Tm 2, 5.

[213] P. Luis de la Palma. *La pasión del Señor*, pág. 215.

[214]1 C 1, 23-24.

[215] San Josemaría Escrivá. *Es Cristo que pasa*, nº 95.

[216] Concilio Vaticano II. Dec. *Ad gentes*, nº 8.

[217] S. Clemente Romano. *Carta a los corintios*, 49, 6.

[218]Lc 4, 17-19.

[219] P. La Palma, o. c., pág. 217.

[220]Rm 8, 34.

[221]Heb 7, 25.

[222] Beato, Juan Pablo II *Discurso a los jóvenes*. Nueva York, 3-X-1979.

[223]Hech 10, 38.

[224]Hech 10, 38.

[225]Mc 9, 37.

[226] S. Josemaría Escrivá. *Es Cristo que pasa*, nº 16.1.

[227]Epístola a Diogneto. 5, 6.

SÉPTIMA PALABRA

En tus manos encomiendo mi espíritu (Lc 23, 44)

Son del Cardenal Journet las siguientes palabras: *En el corazón de la cruz de Jesús brilla una luz potentísima, que resplandece en sus tres primeras palabras, donde no muestra otra preocupación que la de perdonar; una luz que parece ocultarse en las otras dos palabras que le arranca la violencia del suplicio: en la cruz dice un himno litúrgico, se oculta la Divinidad; una luz que vuelve a aparecer en la paz dominadora y con la majestad serena de las dos últimas palabras*[228].

Jesús está a punto de morir y quiere despedirse de este mundo poniéndose en las manos de su Padre. No se dirige a Dios, como hiciera en la cuarta palabra, sino al Padre, cuya palabra ha transmitido a sus apóstoles, cuya gloria les ha manifestado, cuyo amor les ha comunicado. Unas horas antes, en la noche del jueves, en la Última Cena, les había dicho: *Padre, yo te conocía y estos (los apóstoles) han conocido que Tú me enviaste. Les he dado a conocer tu nombre y lo daré a conocer, para que el amor con que Tú me amaste esté en ellos y yo en ellos*[229].

Jesús va a morir y lo hace tranquilo, poniéndose en las manos del Padre, porque en toda su vida no ha hecho cosa distinta que el querer de su Padre.

Los hombres tenemos miedo a la muerte. Nos pasamos la vida huyendo de la muerte; nada importa con tal de alargar ese momento ineludible de la muerte. Nada importan los tormentos de una amputación, el sufrimiento de una operación, el dolor de una cura con tal de alargar unos años, unos meses tal vez o, incluso, unos pocos días, el momento de dejar este mundo.

Vivimos como si la muerte fuese un salto al vacío, un entrar en la noche, un volver a la nada. Olvidamos que la muerte es el coronamiento de la vida. Es ponernos en las manos del Padre. Es poner la cabeza en su sitio, en el lugar pensado por Dios cuando se decidió a crear al hombre a su imagen y semejanza. Morir es entregar a Dios lo que de Él recibimos. Dios no nos hizo para condenarnos. Dios hizo al hombre para que pudiese ser feliz con Él por toda la eternidad.

Jesús había dicho en la Última Cena: *Yo te he glorificado en la tierra; he terminado la obra que Tú me encomendaste. Ahora, Padre, glorificame Tú a tu lado con la gloria que tuve junto a Ti, antes de que el mundo existiese*[230] y ese momento está a punto de realizarse, de volver al Padre de donde procedió, y muere tranquilo, sereno, después de comprobar que todo ha sido realizado. Su combate ha concluido, ha terminado y se pone en el mejor sitio: las manos amorosas del Padre. Está a punto de morir, de culminar la misión para la que vino a la tierra, entregando esa vida a su Padre.

LA MUERTE ES LA CULMINACIÓN DE LA VIDA

Nosotros también tenemos una misión que cumplir en esta vida y una vez concluida nuestro puesto está en el cielo, lugar para el que nos destinó el Señor cuando nos trajo a este mundo.

El drama está en si no hemos cumplido la misión para la que fuimos hechos hombres. Si no hemos acabado la obra iniciada con nuestro nacimiento a la vida natural o sobrenatural, o si hemos equivocado el camino y en vez de una obra acabada la hemos dejado sin terminar por holgazanería o la hemos realizado no con los planos que son de Dios, sino con otros trazados a nuestro gusto o agrado.

El hombre ha sido puesto por Dios en el mundo con una concreta finalidad: unirse a Él definitivamente en el cielo. La vida terrena es el tiempo de que disponemos para granjearnos con nuestro esfuerzo personal, colaborando con la gracia divina, la consecución de ese fin. Por eso la muerte será la culminación de toda una vida orientada a la consecución de ese fin.

¿Cómo moriré? Como haya vivido. *Quien sembrare en su carne, de la carne cosechará corrupción; pero quien siembre en el espíritu, del espíritu cosechará la vida eterna*[231], pues *preciosa es a los ojos de Yaveh la muerte de sus santos*[232].

Esta es la muerte, la de los santos, a la que Dios nos llama desde el momento que pusimos pie en este mundo: ser santos, vivir cada uno en el lugar que le corresponda, como rey o como villano, como sabio o como ignorante, pero en todo caso enamorados de Dios, que en eso consiste la santidad. En palabras de Benedicto XVI en la inauguración de su pontificado, *no somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es querido, es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo*[233].

Hoy vivimos la moda de los productos falseados: la leche desnatada, la cerveza sin alcohol, el café descafeinado, la mantequilla convertida en margarina..., y, a veces, con mayor frecuencia de la que sería deseable, queremos vivir un cristianismo también devaluado, hecho a nuestro gusto o a nuestra medida, olvidando que fue Cristo el que nos trazó el camino, el que nos marcó la ruta, el primero en abrir la vereda por la que habremos de caminar si queremos llegar a Dios, pues no el balde Él es el pontífice, el puente que une la humanidad con la divinidad.

De nuevo citamos a Benedicto XVI, en su última intervención pública antes de ser elegido como sucesor del Beato Juan Pablo II. Dice: *La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido agitada a menudo por las olas, zarandeada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinismo; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice S. Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir al error (cf. Ef.4,14). Tener una fe clara, según el Credo de la Iglesia, se etiqueta con frecuencia como fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, el dejarse «zarandear por cualquier viento de doctrina», aparece como la única actitud a la altura de los tiempos*

actuales. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y solo deja como última medida el propio yo y sus deseos.

Nosotros, en cambio, tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el verdadero hombre. Él es la medida del verdadero humanismo. «Adulta» no es una fe que sigue las olas de la moda y de la última novedad. Adulta y madura es una fe profundamente arraigada en la amistad con Cristo. Esta amistad nos abre a todo lo que es bueno y nos da el criterio para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre el engaño y la verdad[234].

Por otra parte, hoy se insiste en la pedagogía del triunfo. Nadie aspira a los últimos puestos, todos queremos más, sobre todo tener más, nadie quiere militar en tercera división, y esa debe ser la postura del cristiano: no quedarse en un cristianismo fofo, vacío de contenido, reducido a unas prácticas culturales más o menos sociales, a unas costumbres sociológicas muy poco comprometedoras en la práctica, pues Cristo nos dice: *sed perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial[235]* y la expresión del Señor está en imperativo. No es un consejo, una exhortación, es un mandato como recordaba S. Pablo a los Efesios: *Él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante Él por el amor[236].*

El evangelista S. Lucas nos cuenta[237] la visita que hizo Jesús con sus discípulos a Betania, la aldea cercana a Jerusalén en la que residían sus amigos Lázaro, Marta y María, y cómo Marta, afanosa, se ocupaba en preparar lo necesario para atender a sus huéspedes, mientras María se quedó embobada escuchando al Señor, mereciendo la recriminación de su hermana, quejosa de que no la ayudase. Dice el evangelista que Marta se dirigió al Señor pidiéndole que hiciese ver la postura un tanto egoísta de María y cómo Jesús le respondió: *Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. En verdad, una sola cosa es necesaria.* No le dice el Señor que esté mal lo que está haciendo, sí le viene a indicar que eso es preciso que lo haga por Dios.

A nosotros nos puede ocurrir, de hecho nos ocurre muchas veces, lo que a Marta: que nos ocupamos de todo, nos inquietamos por no poco, nos turbamos con frecuencia, y se nos olvida lo único verdaderamente importante: hacer con todas esas cosas camino para ir a Dios. Nuestra vida de cristianos corrientes, inmersos en el tráfico de las ocupaciones diarias, es el medio donde tendremos que encontrar al Señor. El trabajo, la vida ajetreada de Marta, lejos de ser obstáculo, fue para ella el modo de mostrarle al Señor lo mucho que lo amaba. Lo mismo nosotros, cristianos corrientes, debemos mostrar nuestro amor a Dios, en lo que es verdaderamente importante, en nuestro trabajo, en nuestro quehacer ordinario, esforzándonos por vivir la unidad de vida que nos llevará en medio de un trabajo intenso y extenso fundido con una no menos intensa vida de piedad. Hacer todo por amor a Dios, rectificando con frecuencia nuestra intención.

S. Josemaría Escrivá expresó esto de forma muy bella en una homilía pronunciada en el campus de la Universidad de Navarra: *Debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo. Dios nos espera cada día.*

Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir. (...) No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca[238].

La santidad, hemos dicho, consiste en enamorarnos del Señor. Todos estamos llamados al amor, todos tenemos capacidad de amar y, por tanto, la santidad es la misma para todos: vivir enamorados de Dios, pero cada uno en su sitio. Vuelvo a citar a S. Josemaría Escrivá: *Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres*[239], enamorados de este mundo que Dios hizo bueno, haciendo las cosas según su querer y sin la esquizofrenia de la doble vida.

Enamorados de Dios las veinticuatro horas del día; en el trabajo y en el descanso, en la vida de familia y en la vida social, en cualquier momento del día o de la noche, sin dejarnos llevar por el aire que más sopla, por lo que consideran los *medios* como «políticamente correcto»; con el corazón y con la mente puestos en Dios.

De la misma manera que el padre y la madre que aman a su hijo no tienen compartimentos estancos, horas o momentos para amarlos, sino que lo hacen las veinticuatro horas del día, así nuestro amor a Dios debe constituir la esencia misma de nuestro ser y de nuestro actuar. Naturalmente que para enamorarnos de alguien es preciso conocerle y tratarle; y lo mismo pasa con Dios.

Suele decirse que el mayor enemigo que tiene Dios en el mundo es la ignorancia. Si no conocemos al Señor nuestra idea del mismo será imprecisa, errónea o falsa y nuestro amor no podrá ser ni profundo ni vibrante.

Es preciso, por tanto, conocer al Señor y, para ello, nada mejor que leer el Evangelio y con él las cartas de los Apóstoles en donde nos trasmiten las enseñanzas que recibieron directamente de Jesús.

El evangelista S. Juan[240] nos cuenta de un grupo de griegos que querían ver a Jesús; no simplemente conocerle, ver cómo era físicamente; buscaban más: querían, sin duda, encontrar respuesta a las preguntas que todos nos hacemos: ¿quién era en realidad? ¿de dónde venía? ¿cuál era su mensaje?

Y con esta disposición debemos nosotros acercarnos al Evangelio; no con la curiosidad morbosa de quien se afana en picar en todos los platos, sino con el deseo sincero de buscar la verdad.

Son del Beato Juan Pablo II las palabras siguientes: *Quien se acerca a Jesús con el corazón libre de prejuicios puede llegar sin grandes dificultades a la fe, porque es el mismo Jesús quien en primer lugar lo ha visto y lo ha amado. El aspecto más sublime de la dignidad del hombre está precisamente en su vocación a establecer una relación con Dios en este profundo intercambio de miradas que transforma la vida. Para ver a Jesús lo primero que hace falta es dejarse mirar por Él*[241].

Y después: tratarle. El trato lleva a la amistad, al amor.

Si no hay trato, no puede haber amistad, amor. A lo más habrá admiración; la que

sentimos ante el personaje histórico al que admiramos al conocer sus hazañas, los beneficios que con su vida, con su inteligencia o con su acción, ha proporcionado a la humanidad; ante el que nos descubrimos, pero al que no amamos.

Pues igual con Dios. El simple conocimiento engendra teólogos, pero no santos.

Al Señor lo tratamos en la oración. *A Jesús lo encontramos en la oración, en la eucaristía y en los demás sacramentos de la Iglesia; pero también en el cumplimiento fiel y amoroso de los deberes familiares, profesionales y sociales propios de cada uno. Se trata en verdad de un objetivo arduo, que solo al final del peregrinar terreno podremos alcanzar plenamente. Pero no me perdáis de vista que el santo no nace; se forja en el continuo juego de la gracia divina y de la correspondencia humana*[242].

La vida cristiana es la respuesta libre del hombre a la llamada de Dios. Dios que ama al hombre y este que libremente responde a ese amor con su amor.

Amor que se demuestra en el esfuerzo por desarrollar aquellas virtudes que le fueron infundidas en el bautismo, pero que se forjan día a día, sabiendo que la santidad, el amor a Dios, se labra siendo fieles en lo menudo, en lo corriente, en acciones que pueden parecer irrelevantes, pero que no lo son al estar vivificadas por la gracia de Dios.

Así, si conocemos a Dios y lo tratamos, terminaremos por enamorarnos de Él, por ser captados por el Amor, y sentiremos como propias las palabras del salmo[243]: *Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo iré a ver el rostro de Dios? O aquellas otras: ¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma se consume y anhela los atrios del Señor. Vale más un día en tus atrios, que mil en mi casa*[244].

Cierto que solo al final de nuestra existencia podremos sentir la satisfacción de habernos enamorado de Dios. Mientras estemos en la tierra, será preciso luchar para que no decaiga esa ilusión. Debemos empezar muchas veces. Siempre podremos profundizar en el conocimiento y nunca podremos disminuir en el trato. Será preciso intensificar siempre nuestra formación, esforzarnos por no acostumbrarnos, para no dejarnos llevar por la corriente, para no justificarnos cuando sintamos en nuestro interior que las cosas no van conforme al querer de Dios. Será preciso comenzar muchas veces y volver a comenzar después de cada despiste, llenando nuestro espíritu de confianza y de esperanza, sabiendo que a cada esfuerzo corresponderá una mayor abundancia de gracia de Dios.

La santidad, el amor, no es algo estático sino dinámico; no caben estancamientos, o se avanza o se retrocede. Cada gracia de Dios correspondida genera una nueva gracia, pero cuando no lo es entonces se dejan de recibir las gracias a que nos habríamos hecho acreedores con la correspondencia.

Santidad es luchar contra los propios defectos constantemente. Santidad es cumplir el deber de cada instante, sin buscarse excusas. Santidad es servir a los demás, sin desear compensaciones de ningún Género. Santidad es buscar la presencia de Dios —el trato constante con Él— con la oración y con el trabajo, que se funden en un diálogo perseverante con el Señor. Santidad es el celo por las almas, que lleva a olvidarse de uno mismo. Santidad es la respuesta positiva de cada momento en nuestro encuentro personal con Dios[245].

Si hemos luchado así tras el Amor, podremos hacer nuestras las bellas palabras de Tagore

¡Muerte, último cumplimiento de la vida. Muerte mía, ven y háblame bajo!

Día tras día, he velado esperándote y por ti he sufrido la alegría y el martirio de la vida.

Cuanto soy, tengo y espero, cuanto amo, ha corrido siempre hacia ti, en un profundo misterio. Mírame una vez más y mi vida será tuya para siempre.

Las flores están ya enlazadas, y lista la guirnalda para el esposo. Será la boda, y dejará la novia su casa, y sola en la noche solitaria, encontrará a su Señor[246].

Y estas otras del mismo autor: *¿Qué ofrecerás a la muerte el día que llame a tu puerta?*

Le tenderé el cáliz de mi vida, lleno del dulce mosto de mis días de otoño y de mis noches de verano.

¡No se irá con las manos vacías! Todas las cosechas y todas las ganancias de mi afán, se las daré el último día, cuando ella llame a mi puerta[247].

Si el hombre es un ser orientado al otro, a los demás; si solo se encuentra a sí mismo cuando saliendo de sí está en los demás, y eso es el amor; si ese otro es el Otro, o sea Dios, entonces el hombre será él mismo plenamente cuando esté inserto en Dios, y eso es el cielo: el sentirse inmersos en el Amor; y esa es la felicidad a la que el hombre siempre aspiró; y la muerte es el camino para encontrarnos sin cortapisas, sin trabas, sin restricciones, sin estorbos o limitación alguna con Dios.

Uno entiende entonces las palabras del insigne psiquiatra Dr. Vallejo Nájera agradeciendo a Dios el aviso de su próxima partida: *Al oír que tenía un cáncer de páncreas sin solución me vino instantáneamente una gran serenidad y pensé: Dios mío, ¡muchas gracias!, me has mantenido hasta los setenta y tres años con una vida sumamente agradable; he tenido ocasión de situar a mis hijos; ya está casada la menor; no me queda nada importante que resolver en la vida y has hecho el favor de avisarme. El que avisen a un cristiano de la proximidad de la muerte es el mayor favor que se le puede hacer. Uno de mis temores era no tener tiempo de poder rendir cuentas y Dios me ha dado esa oportunidad[248].*

La muerte del cristiano tiene un sentido positivo. Injertado en Cristo por el bautismo, la muerte consuma esta incorporación. Decía S. Pablo[249]: *Para mí la vida es Cristo y morir una ganancia (...) deseo partir y estar con Cristo.*

La muerte es el final de nuestra peregrinación terrena y, para quien se ha esforzado en ser fiel al Señor, la culminación de la vida, la puerta donde nos espera la Virgen para, de su mano, introducirnos en el Amor, en la felicidad eterna.

Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida[250]. No olvidemos nunca que la vida terrena y la vida eterna son dos fases, la provisional y la definitiva, de la misma vida, de la bienaventuranza divina a la que estamos llamados.

Jesús termina su vida terrena poniéndose en las manos del Padre.

No es que no estuviese en las manos del Padre con el que, en unión del Espíritu Santo, formaba y forma, una unidad divina. Siempre estuvo y está en las manos del Padre, pero no podemos olvidar que todos los actos de la vida del Señor tienen una finalidad; una finalidad que para nosotros los cristianos, sus discípulos, siempre será edificante, aleccionadora, que nos marca la ruta a seguir.

Si Jesús se llama a sí mismo: camino, verdad y vida, es porque no tenemos otro camino si queremos acercarnos a Dios: Él nos enseña la verdad de ese camino y nos da la vida, el aliento vital que nos facilita la andadura por ese camino y dentro de esa verdad.

Ponerse en las manos de Dios es fiarse de Él. Cuando uno deja en las manos de otro algo: un objeto de más o menos valor, o simplemente un objeto, es para que disponga de él, para que lo guarde o lo use si esa es la finalidad, pero en todo caso lo hace porque se fía de aquel a quien se lo ha confiado. Le demuestra una total confianza al ponerlo en sus manos haciendo que lo considere como algo suyo.

Le obligamos de ese modo, al poner nuestra confianza en él, a que se acuerde de nosotros o de algo que nos pertenece.

Si esto lo hacemos con los hombres llevados por los lazos de la sangre o de la amistad, en mayor medida debemos fiarnos de Dios, que nunca traiciona, que siempre *es fiel y verdadero en todas sus palabras*[\[251\]](#), que sabemos es nuestro padre y que nos ama con amor infinito. Es más, cuanto tenemos o poseemos de Él lo hemos recibido y, por tanto, antes de pertenecernos, a Él le pertenecía.

Ponerse en las manos de Dios, fiarse de Dios es el mejor camino para tener paz, tranquilidad y sosiego, para no dejarnos abatir por las mil contrariedades que encontramos en nuestro caminar por la vida.

Es cierto lo que dejó escrito el Cardenal Razintger: *El hombre tiende, por inercia natural, a lo visible, a lo que puede coger con la mano, a lo que puede comprender como propio. Ha de cambiar por dentro para ver como descuida su verdadero ser cuando se deja llevar por esa inercia natural. Tiene que cambiar para darse cuenta de lo ciego que es al fiarse solamente de lo que sus ojos pueden ver. Sin este cambio de la existencia, sin superar esta inercia natural, no es posible la fe. La fe es la conversión que hace el hombre que persigue una ilusión cuando se queda exclusivamente en lo visible. He aquí también la razón profunda por la que la fe no se puede demostrar; es un cambio del ser, y solo quien cambia la acoge*[\[252\]](#).

Fiarse de Dios es creer en Él; es dejarse llevar por su palabra, por sus indicaciones, por su querer.

Dios es bueno. Es más: es la misma bondad y, en este sentido, nadie es bueno sino solo Dios, y en su bondad nos apoyamos y confiamos para no tener miedo ante las dificultades y contratiempos que nos puedan surgir a lo largo de nuestra existencia.

Es tan bueno que, para ganarse nuestra confianza y nuestro amor no deja de mostrarse como nuestro padre que está en los cielos y en cada uno de los rincones y recovecos por los que discurre nuestra vida.

Naturalmente no se trata al fiarnos de Dios de una certeza puramente humana adquirida por evidencia, por demostración racional o por testimonio de terceros. No se trata de la certeza de aquello que tenemos delante de nuestros ojos y que por ello es evidente, porque lo vemos; ni de la certeza matemática que nace de un raciocinio, ni siquiera de la certeza que nos proporciona la buena fe que nos lleva a creer como cierto lo que nos dice el comerciante cuando nos vende un producto o aceptamos que la mujer que nos trajo al mundo es nuestra propia madre, porque ella así nos lo ha manifestado.

Se trata de una certeza superior a toda certeza humana porque se apoya no en la autoridad del hombre, siempre proclive a la equivocación o el error, sino en la autoridad de Dios que ni puede engañarse, ni puede engañarnos. Se trata, por ello, de una consecuencia de la virtud sobrenatural, de una fe sobrenatural infundida, donada por el mismo Dios.

Ello nos proporciona una certeza absoluta pero no evidente, pues trasciende la pura percepción sensitiva o intelectual para apoyarse en la sabiduría infinita de Dios. *Es prueba de lo que no se ve*[253], según la expresión de la Carta a los Hebreos, pero no opinión, sospecha o duda, sino certeza, seguridad absoluta.

En la Biblia, en la Sagrada Escritura tenemos muchos ejemplos de hombres y mujeres que se han fiado de Dios, que han seguido sus instrucciones, que han puesto por obra cuánto Él pedía a pesar de que humanamente era muy difícil; se fiaron de Dios y triunfaron.

Veamos tres ejemplos.

Sea el primero, en razón de su antigüedad, Abraham, nuestro padre en la fe, modelo de confianza en Dios para todos los cristianos.

Dios llama a Abraham trastrocando sus planes, su comodidad, para que marche hacia lo desconocido, fiado únicamente en la palabra de Dios y, como correspondencia a esta respuesta afirmativa de Abraham, Dios establece con él un lazo de fidelidad, una alianza, con una promesa sorprendente y aparentemente imposible: un hijo. Abraham cree a pesar de todo y descubre la fidelidad de Dios a su promesa.

Dios le pide más, pues quiere que abandone toda suficiencia, toda confianza en sus propios medios, que se lance sin reservas en los brazos de Dios y le exige el hijo de la promesa. Abraham obedece, sigue creyendo en Dios y Este le premia con la mayor solemnidad. Hoy pueblos enteros se consideran descendientes de Abraham.

Fiarse de Dios es el secreto, la base de la seguridad de nuestra fe.

Más cercano a nosotros está S. José.

S. José es el modelo más acabado de confianza en Dios, de actuar exclusivamente fiado en la palabra de Dios.

En el Evangelio se narran dos momentos de su vida en los que se mueve exclusivamente fiado en la palabra de Dios.

La primera intervención se da cuando descubre que su esposa, que aún no convive con él, está en estado de buena esperanza con su desconocimiento, siendo así que él es su legítimo esposo. Su sorpresa fue tan grande y su dolor tan intenso que pensó abandonarla, pues si la denunciaba muy probablemente terminaría siendo lapidada. Fue

entonces cuando *estando él considerando estas cosas, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, pues lo que en ella ha sido concebido es obra del Espíritu Santo*[254].

S. José no necesitó ninguna otra aclaración, se fía de Dios; no pregunta, no se interesa por el modo como ha podido realizarse aquello, pero sí actúa; no dice una palabra, pero sí acepta el mensaje de Dios y recibe en su casa a la que hasta ese momento era solamente su esposa.

El otro pasaje es el de la huida a Egipto. Hace unos meses, algo más de una año, tal vez dos, que nació el niño en circunstancias humanamente poco halagüeñas, pero aquella situación pasó.

Se ha instalado con su familia en una casita de Belén; seguramente ha reabierto su taller y no le falta trabajo; ha conseguido una cierta estabilidad económica y no parece pensar en volver por entonces a Nazaret; la visita de los Magos les ha dado prestigio y sus regalos han aliviado un tanto su situación y, entonces, aparece el ángel para anunciarle un peligro inmediato, grave e imprevisto. Le dice: *levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y estate allí hasta que yo te diga*, y le da una razón poco tranquilizadora: *porque Herodes busca al niño para matarlo*[255].

Tampoco en este caso dice nada; simplemente se fía de Dios y pone en práctica lo ordenado por el ángel. Debió de ser duro y, además, desconcertante el motivo de semejante peligro.

Los que han experimentado un despertar repentino y violento para anunciarles algo desagradable, saben del nerviosismo, la desazón y el malestar que se experimenta. El desconcierto nubla el entendimiento que encuentra difícil tomar la decisión más adecuada.

Es verdad que a S. José se le da una solución: que marche a Egipto, pero eso no le liberaría, como le pasaría también a la Virgen, del temor, la zozobra y el nerviosismo de tener que huir sin poder dar razón a nadie de su determinación y conociendo la posibilidad de que los esbirros de Herodes les siguiesen los pasos.

Ve el problema, conoce la solución y, sin otro apoyo que el querer divino, lo pone en práctica, lo ejecuta. No se le ve vacilante, más bien aparece como un hombre responsable, que hace frente al problema, fiado de Dios.

El tercer ejemplo es el de la Virgen.

La Virgen es una adolescente, poco más que una niña; quince o dieciséis años tendría. Vive en un pueblecito, más bien aldea, en un país desconocido para la inmensa mayoría de los habitantes de la tierra, dominado por una potencia extranjera y sometido al emperador de Roma.

Está prendada de todas las gracias existentes pero no por ello deja de ser una muchacha de pueblo, a la que han desposado con el artesano de la aldea, cosa con la que habría soñado más de una de sus amigas, pero que ha renunciado a tener entre sus descendientes al Mesías, pues ha ofrecido a Dios, no sin su inspiración, mantenerse virgen durante toda su vida.

Se ocupa, como el resto de las muchachas del pueblo, en las tareas del hogar y se

prepara para ser una buena ama de casa. Un buen día se le aparece un ángel trayéndole un mensaje de Dios verdaderamente inaudito. Le propone el ángel de parte de Dios que si está dispuesta a ser su madre.

Dice el evangelista que la Virgen se turbó, cosa que nos parece lo más natural del mundo. Es la reacción de las personas sencillas y humildes ante lo desconocido y ante la alabanza que consideran inmerecida.

La Virgen se turbó, pero no se quedó inactiva: preguntó al ángel cómo habría de ser aquello y cuando el este le manifestó los planes de Dios, Ella no esperó más, se puso en sus manos, se fió plenamente de Dios y hasta tal punto se fió de Dios que ni a su esposo legítimo comunicó el mensaje divino. Si Dios la había puesto en aquel trance, Dios se encargaría de solucionar las dificultades que su cumplimiento originasen.

Son tres ejemplos: Abraham, S. José, la Virgen, que nos señalan el camino a seguir: fiarnos de Dios, que es nuestro padre y nos ama con amor infinito.

Naturalmente, este fiarnos de Dios, este ponernos en sus manos, no quiere decir que debemos cruzarnos de brazos esperando que Dios solucione nuestra vida humana. No fue esta la postura de Abraham, de S. José o de la Virgen.

Los tres pusieron los medios humanos que estaban a su alcance. Abraham recogió sus rebaños, organizó a sus pastores, levantó su campamento y se puso en marcha con los mejores y más rápidos medios de que se disponía en la época, hacia la tierra que Dios le había prometido en posesión.

Lo mismo hizo S. José. No esperó a que Dios enviase una legión de ángeles que derrotasen a los esbirros de Herodes, sino que se puso en camino lo más rápido que pudo y por el lugar menos frecuentado para alejar al niño y a su madre de la jurisdicción del tirano.

Tampoco la Virgen esperó que Dios le enviase desde los talleres del cielo una canastilla con todo lo necesario para el niño que habría de nacer; se puso Ella misma a confeccionarlo.

Esta debe ser nuestra postura. La confianza en Dios, el fiarnos de Dios no nos exime del deber de usar todas nuestras facultades, nuestros talentos, en la solución de los conflictos, pequeños o grandes, que nos encontremos en la vida. Nuestra postura es trabajar como si todo dependiese de nosotros, pero sabiendo que estamos en las manos de Dios y que Él, que llena de hermosura las flores del campo y no deja que se pierda ni uno de los pajarillos del cielo, que hace salir el sol sobre buenos y malos, tampoco nos va a abandonar si ponemos en Él nuestra confianza; si nos fiamos de Él.

[228] Cardenal Charles Journet. *O.c.*, pág. 210.

[229] *Jn 17, 14. 22. 26.*

[230] *Jn 17, 4-5.*

[231] *Ga 6, 8.*

[232] *Sal 115, 14.*

[233] Benedicto XVI. *Homilía*. 24-IV-2005.

[234] Card. Ratzinger. *Homilía*. Misa para la elección del nuevo Papa. 18-IV-2005.

[235] *Mt 5, 48.*

[236] *Ef 1, 4.*

[237] *Lc 10, 38-42.*

- [238] S. Josemaría Escrivá. *Conversaciones*, nº 114.
- [239] *Idem*, nº 113.
- [240] *Jn 12, 21*.
- [241] Beato Juan Pablo II. *Mensaje a la 20 Jornada Mundial de la Juventud*. 22-II-2004.
- [242] Mons. Javier Echevarría. *Homilía*. Misa de acción de gracias. 7-X-2002.
- [243] *Sal 42, 3*.
- [244] *Sal 84, 2. 11*.
- [245] S. Josemaría Escrivá. Tertulia 1971. Citado por Mons. Javier Echevarría en *Memoria de S. Josemaría Escrivá*. Madrid. Año 2000. pág. 16.
- [246] Rabinadraz Tagore. *Ofrenda lírica*, nº 91.
- [247] *Idem*, nº 90.
- [248] Dr. José A. Vallejo-Nájera. *La puerta de la esperanza*. Madrid. 1991, pág 15.
- [249] *Flp. 1,21. 23*.
- [250] *Ap 2, 10*.
- [251] *Salm 144,13*.
- [252] Cardenal J. Razintger. *Introducción al cristianismo*, pág. 49.
- [253] *Hebr 11, 1*.
- [254] *Mt 1, 20*.
- [255] *Mt 2, 13*.

4. LA MUERTE Y EL ENTIERRO DE JESÚS

Nadie ha muerto como Jesucristo, porque era la misma vida. Nadie ha expiado el pecado como Él, porque era la misma pureza.

(R. Guardini. El Señor. Tomo II. Pág. 170)

Coinciden los evangelistas en afirmar que después de pronunciar sus últimas palabras: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*, expiró Jesús, apostillando S. Mateo que *entregó su espíritu*, queriendo señalar de esa manera la voluntariedad de su muerte, la culminación de la obra que le había encomendado el Padre, en cuyo cumplimiento gastó toda su vida.

S. Josemaría Escrivá lo expresa de esta manera: *este deseo de cumplir el decreto salvador de Dios Padre llena toda la vida de Cristo, desde su mismo nacimiento en Belén. A lo largo de los tres años que con Él convivieron los discípulos, le oyen repetir incansablemente que su alimento es hacer la voluntad de Aquel que le envía. Hasta que, a media tarde del primer Viernes Santo, se concluyó su inmólación. «Inclinando la cabeza, entregó su espíritu». Con estas palabras nos describe el apóstol S. Juan la muerte de Cristo Jesús: Jesús, bajo el peso de la cruz con todas las culpas de los hombres, muere por la fuerza y la vileza de nuestros pecados*[256].

Expresa, asimismo, el amor infinito de Dios a los hombres, para cuya salvación no dudó en entregar a la muerte a su propio Hijo, cosa que este aceptó voluntariamente entregando su espíritu. Comentando este pasaje dice S. Francisco de Sales: *La muerte del Salvador fue riguroso holocausto que Él mismo ofrendó al Padre para nuestra redención; aunque los dolores y padecimientos de su pasión fueron tan graves y fuertes que cualquier otro mortal hubiera sucumbido a ellos, a Jesús no le habrían dado muerte de no haberlo Él consentido, y si el fuego de su infinito amor no hubiera consumido su vida*[257].

Señalan también los comentaristas que esta expresión evidencia la muerte de Cristo, que fue absolutamente real y no solo aparente, como han pretendido defender quienes se niegan en absoluto a admitir la Resurrección del Señor, inventando mil teorías para negar su divinidad. Jesús murió realmente, no tuvo una apariencia de muerte. Muere para reparar la malicia del pecado, de nuestros pecados. No del pecado como pura abstracción, sino de los pecados concretos con que cada uno de nosotros ofende a Dios.

Vuelvo a citar a S. Josemaría en su homilía del Viernes Santo: *El abismo de malicia, que el pecado lleva consigo, ha sido salvado por una Caridad infinita. Dios no abandona a los hombres. Los designios divinos prevén que, para reparar nuestras faltas, para restablecer la unidad perdida, no bastaban los sacrificios de la Antigua Ley: se hacía necesaria la entrega de un hombre que fuera Dios*[258].

PRIMERAS CONSECUENCIAS DE LA MUERTE DE CRISTO

Las señalan los evangelistas. Unas son de orden material; otras de orden espiritual.

a) De orden material:

Así las describe S. Mateo: *Al momento, el velo del Templo se rasgó en dos partes, de arriba abajo, y la tierra tembló y las piedras se partieron*[259].

El primero de los fenómenos señalados por el evangelista es que *el velo del Templo se rasgó en dos partes, de arriba abajo*.

Algunos comentaristas indican que las palabras de S. Mateo no hacen referencia a un hecho real, sino simbólico, que significaría que la Antigua Alianza había dado paso a la Nueva, ganada por Cristo en la cruz. Desde ese momento todos los hombres podrían pertenecer al pueblo de Dios, sin restringir dicha pertenencia a los ciudadanos de Israel. El Templo de Jerusalén simbolizaba esa vieja Alianza.

Pero no son pocos, y no los menos insignes, los que afirman que se trató de un desgarramiento real, material, del velo que separaba el vestíbulo del santo, así llamado y considerado de modo que solamente los sacerdotes en su turno lo podían traspasar.

Para los israelitas el Templo no era solo un lugar de reunión donde se ofrecían a Dios los sacrificios rituales, donde acudían las madres primerizas con sus hijos varones para ofrecérselos a Dios y rescatarlos a continuación, donde se recitaban las oraciones y los salmos; era fundamentalmente el lugar donde se hacía presente la divinidad.

Flavio Josefo, el célebre historiador judío, hace una descripción del Templo y dice del velo que separaba el vestíbulo del santo que *era una cortina que llamaban de Babilonia, variada y tejida de colores; es a saber, cárdeno y como leonado, de grana y de carmesí muy excelente, hecho y trabajado con obra maravillosa, y que tenía mucho que ver por la mezcla de los colores, porque parecía allí una imagen semejanza de todo el universo; con la grana parecía que representaba el fuego, la tierra con el leonado, con el cárdeno el aire, y con el color carmesí se presentaba el mar, parte de esto por ser los colores tales*[260].

Existía un segundo velo que separaba el santo del santo de los santos, a donde solo podía entrar el Sumo Sacerdote en contadas y señaladas ocasiones. Este velo afirma Flavio Josefo que nunca lo vio, y, aunque este se casa mejor con el carácter simbólico, todos se inclinan por el primero.

Un segundo fenómeno físico señala el evangelista: que la tierra tembló y las piedras se partieron.

Hablan algunos de un terremoto ocurrido en aquel momento, pero nada impide pensar, aunque para ello haga falta la fe, que la tierra se removiese por la muerte de Cristo, su hacedor.

No solo el hombre, sino la creación entera quedó herida por el pecado de Adán y, no solo el hombre sino la creación entera quedó redimida por Cristo.

No moría un hombre cualquiera; moría el Hijo de Dios.

Señala el evangelista que las piedras se abrieron y desde el siglo IV existen testimonios

que llaman la atención sobre una hendidura existente en la roca del Calvario que se atribuye al fenómeno mencionado por el evangelista.

b) De orden espiritual:

Dice S. Mateo que *el centurión y los que estaban con él custodiando a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, se llenaron de gran temor y dijeron: en verdad este era Hijo de Dios*[261].

Solo conoce su nombre, pero sabe con certeza que no es un malhechor, que es un hombre justo. Es el primer fruto de la redención obrada por Cristo.

Aquel hombre, al que tocó en suerte mandar al pelotón de soldados que habían de ejecutar la sentencia de quienes habían sido condenados, se sintió herido en lo más profundo de su corazón hasta proclamar que aquel reo no era como los demás, era un hombre bueno, justo en el sentido bíblico.

Él, sin duda más culto que los soldados que tenía a sus órdenes, había observado la conducta de aquel ajusticiado y comprendió que no era como los demás. Había visto la paciencia con que había aceptado los tormentos; la dulzura con que había tratado a las mujeres que lloraban por él en el camino; la mirada agradecida dirigida a Simón de Cirene por la ayuda, aunque forzada, que le prestaba. Jamás había escuchado de labios de un reo palabras de perdón para quienes le condenaban y maltrataban; nunca nadie había prometido nada, y menos un reino de felicidad, desde el patíbulo de la cruz; tampoco era frecuente que un reo que estaba a punto de morir se preocupase por el bienestar de alguno de sus familiares, como él se había preocupado de dejar atendida a su madre.

Él había escuchado que los sacerdotes judíos, y con ellos el populacho, le increpaban asegurando que se creía Hijo de Dios y descubrió en su comportamiento y en sus palabras, así como en los fenómenos que acababa de presenciar, que ciertamente lo era.

Le veía desprendido de sí mismo, preocupado por los demás: el buen ladrón, su madre, sus mismos enemigos, y todo aquello fue tocando su corazón hasta convencerse de que la acusación de los judíos no carecía de verdad, pues verdaderamente era el Hijo de Dios.

El sacrificio de Jesús empezó de inmediato a producir frutos. Este hombre pagano confiesa la divinidad de Jesús y, dos discípulos que hasta ese momento no se habían atrevido a manifestar su simpatía y su admiración por el Maestro, cuya doctrina conocían, de cuyos milagros tenían exacta noticia, cuya vida admiraban, se atreven a salir del anonimato dando la cara por el Señor cuando más fácil y, seguramente, más cómodo les resultaba olvidarse del mismo, dándonos una lección de coherencia y valentía a los cristianos del siglo XXI, tan amigos de apuntarnos a lo políticamente correcto, aunque ello nos lleve a mezclarnos entre la multitud y a dar la espalda a Cristo.

Uno de ellos era miembro distinguido del Sanedrín, que no había participado en la condena a Jesús en la noche aciaga del Jueves Santo; se llamaba José de Arimatea y nunca hasta ese momento había constancia de su existencia en los evangelios. El otro era fariseo y doctor de la ley; su nombre era Nicodemo y sabemos, por el evangelista S.

Juan, que había tenido una larga y profunda entrevista con Jesús, aunque sirviéndose de la oscuridad de la noche por temor al *qué dirán* de sus colegas fariseos.

José de Arimatea era un miembro notable del Sanedrín, cuyos buenos oficios, así como su influencia ante el Gobernador romano, iban a resultar decisivos en aquellas horas tan importantes, a la vez que dramáticas, del Viernes Santo.

Sabemos que era un hombre bueno y justo, natural de Arimatea, rico y miembro distinguido del Sanedrín, discípulo de Jesús, aunque no parece que se hubiese manifestado como tal en ocasiones anteriores, al menos nunca ha sido nombrado en los evangelios hasta el momento en que se decide a poner su influencia y sus bienes a favor de Jesús. S. Lucas dice *que buscaba el reino de Dios*[262] dando a entender que de algún modo conocía la predicación de Jesús; que no era un advenedizo, ni era nueva su admiración por el Maestro.

Certificada la muerte de los ajusticiados eran estos arrojados en una fosa común, añadiendo a los familiares el dolor de no poder contar ni tan siquiera con el cadáver del ser querido. Al dolor de verlo ajusticiado se añadía el dolor de no poder sepultarlo.

Es aquí cuando aparece José de Arimatea para solucionar el problema que para la Virgen, para S. Juan y para las santas mujeres, parecía insoluble.

En las cercanías del Calvario, parece que a no más de cuarenta metros del mismo, poseía José de Arimatea un huerto o jardín en el que se había hecho preparar una sepultura para él y para sus familiares, en la que aún no había sido enterrado ningún difunto, ofreciendo esa sepultura nueva para enterrar al Señor. ¡Cómo agradecería la Virgen aquel gesto!

Quedaba un segundo problema: conseguir del gobernador la preceptiva autorización para poder bajar de la cruz el cuerpo de Jesús y también para ello se ofreció el sanedrita. Cerciorado Pilato de la muerte de Jesús por el testimonio del Centurión, ningún inconveniente puso en otorgarlo.

No debía ser pequeño el prestigio de José de Arimatea, ni menguada su influencia, para ser recibido aquella misma tarde por el gobernador romano y ello con la urgencia de terminar toda la operación antes del crepúsculo con el que se iniciaba el descanso sabático. Urgía el entierro.

Aparece entonces el otro personaje; el otro discípulo oculto; el fariseo; Nicodemo que se presentó *con una mezcla de mirra y áloe como de cien libras*[263] para embalsamar el cuerpo del Señor; ambos, con la ayuda de las santas mujeres y de Juan, aunque este suponemos se encargaría de acompañar a la Virgen a cierta distancia, se encargaron de bajar a Jesús de la cruz y de amortajarlo conforme a la costumbre de los judíos, aunque no a gusto de las mujeres que determinaron volver cuando pasase el sábado para embalsamar el sagrado cuerpo conforme a lo que les dictaba su mucho amor.

Fueron dos extraños al grupo de los íntimos: José de Arimatea y Nicodemo, los protagonistas del entierro de Jesús. Mientras los más cercanos: Pedro, Andrés, Santiago y los demás apóstoles habían desaparecido de la escena, estos dos hombres pertenecientes a partidos opuestos: sanedrita uno, fariseo el otro, están prestos para confesar su fe en el Señor.

Buen ejemplo para todos nosotros que tantas veces, en tantas ocasiones, nos escondemos, cobardes, cuando las circunstancias o las personas vuelven a expulsar a Dios de sus vidas, de sus costumbres, como hicieron aquellos judíos de hace dos mil años.

El descendimiento

Una vez que José de Arimatea obtuvo el permiso necesario del gobernador y después de comprar un lienzo y los demás menesteres para la mortaja, se llegó hasta el Calvario para proceder al entierro del Señor. Allí se juntó con Nicodemo, el fariseo que nos cuenta S. Juan, el evangelista, que acudió a platicar con el Señor amparado en la oscuridad de la noche por respeto a sus colegas fariseos, que ahora ha tirado la careta manifestándose como discípulo del Señor, que se ha llegado hasta el Calvario con unas cien libras de una mezcla de mirra con la que embalsamaban el cuerpo del difunto, y áloe que esparcían por el mismo.

Previamente, como era la Parasceve, para que no quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, pues aquel sábado era un día grande, los judíos rogaron a Pilatos que les quebraran las piernas y los quitasen[264].

Era esta costumbre de quebrar las piernas de los crucificados un gesto fruto a la vez de piedad y de barbarie.

No era raro que los crucificados tardasen horas en morir alargando una agonía verdaderamente dura, máxime cuando se trataba de personas robustas y jóvenes, pues morían por asfixia al constreñirse el pecho por el peso del propio cuerpo e impedir de ese modo la respiración. Por esta razón los romanos buscaban acelerar la muerte con ese sistema tan poco delicado de romper las piernas de los ajusticiados, con lo que quitaban un punto de apoyo, el de los pies, y morían rápidamente. Era un acto de piedad, pero a la vez de barbarie, pues lo hacían rompiendo los huesos con una maza.

A Jesús no le rompieron las piernas, como a sus compañeros de suplicio, pues *cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua*[265], añadiendo el evangelista que todo esto tuvo lugar para que se cumpliese lo anunciado en la Sagrada Escritura, donde se aseguraba que no le quebrantarían un solo hueso.

El proceso para bajar el cadáver de la cruz era delicado y un tanto complicado, máxime cuando urgía el tiempo, como era el caso de Jesús.

Era preciso desclavar los pies y las manos, retirar el palo transversal, a veces sujeto al vertical con una muesca en la madera y otras clavado al mismo. Todo ello había de hacerse con sumo cuidado si se quería tratar el cuerpo yerto con la delicadeza exigida.

Una vez descolgado el cadáver, lo colocarían sobre el regazo de su Madre.

El P. La Palma construye un monólogo de la Virgen con su Hijo que no me resisto a copiarte. Dice así: *¡Hijo mío!, ¿quién te ha puesto así? No me quejo de los que te han quitado la vida, porque tú la has ofrecido por ellos. Esta era tu ansia y tu deseo, y ya*

está cumplido. Has muerto como un valiente, como Hijo de quien eres, ¡Hijo del eterno Padre! ¡Qué incomprensible es su justicia y qué grande su misericordia! Ha sido misericordioso con los hombres, y ha querido que su Hijo muriera por ellos. ¡Amo su justicia, aun sin comprenderla, porque de Él viene! Si tú, hijo mío, has querido la voluntad de tu Padre, yo también la he querido, la he sufrido y amado contigo, Jesús. Acepta, Dios, el sacrificio de esta Madre, ten misericordia con los pecadores porque tu Hijo ha muerto por ellos. Sostengo y renuevo el ofrecimiento que te hice aquel día: He aquí tu esclava, hágase en mí según tu voluntad[266].

Y así describe el momento S. Pedro de Alcántara: *Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en su pecho, que solo para eso le quedaban fuerzas; mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro, tíñese la cara de la sacratísima Madre con la sangre del Hijo y riégase la del Hijo con lágrimas de la Madre*[267].

S. Juan de Ávila, con el estilo propio de su tiempo, tan alejado de los gustos actuales, decía, en un sermón predicado en los años treinta del siglo XVI, estas otras palabras: *Levántase la Virgen para tomar a Jesucristo en sus brazos; con el dolor no podía reposar; ni descansar en pie, ni descansar sentada: ¡Dádmelo acá! ¡Oh Señora que no sabéis lo que pedís! Mirad que no descansaréis con eso, antes se doblará vuestro dolor. Toman el cuerpo y pónenselo en sus faldas. Toma S. Juan la cabeza y la Magdalena los pies; comienzan todos a llorar tan reciamente, por una parte de ver aquel bendito cuerpo tan atormentado, por otra parte de ver las lástimas que la sacratísima Virgen hacía ¡Oh gran dolor! ¿A quién te compararé? (...)*

Toma las manos, velas hechas pedazos; pone los ojos en el rostro de su Hijo, abre aquella boca y comienza a hablar; quebraba el corazón al que la oía: «¿Qué es esto, señor? ¡Hijo mío, Dios mío y consuelo mío! ¿cómo me has dejado, sabiendo que tanto te amaba? ¿Para qué me has guardado para tanto dolor? ¿Este es el cuerpo que yo tan tiernamente trataba y envolvía? ¿Quién, Señor, te ha parado así? ¿Qué corazón bastó a hacerte tanto mal? ¡Oh verdad de Dios escupida! ¡Oh hermosura afeada! ¡Oh lumbre del cielo oscurecida! ¡Oh rostro que alegras en el cielo a los bienaventurados!, ¿y quién te ha desfigurado de tal manera? ¡Oh lengua que a tantos consolaste, que a nadie supiste decir mala palabra! ¿A dónde estás que no respondes?[268].

Se hacía tarde, el tiempo urgía, y aquellos buenos varones pedirían a la Virgen que les entregara el cadáver. Trasladado al sepulcro, lo colocarían sobre la piedra preparada en el vestíbulo o primer compartimento, donde procederían al proceso de limpieza del sagrado cuerpo, operación que realizarían las mujeres que acompañaban a la Virgen y a S. Juan, pues siempre ellas han sido más expertas en estos menesteres. Previamente habrían retirado, con sumo cuidado y máxima delicadeza, la corona de espinas colocada en son de burla por los soldados, que tan duramente habían taladrado las sienes del Señor.

La piedad cristiana coloca a la Virgen aparte, junto a S. Juan, observando agradecida lo que iban realizando las demás mujeres.

Una vez limpio el cuerpo y ungido con aquella mezcla de mirra y áloe, cercana a los

treinta kilos, que trajera Nicodemo, procedieron a envolverlo en la sábana limpia que había comprado José de Arimatea, rodeando todo el cuerpo con unas vendas, según la costumbre judía, y depositándolo en el sepulcro.

La sepultura

Coinciden todos los evangelistas en afirmar que Jesús, una vez bajado de la cruz, fue envuelto en un lienzo limpio y depositado en un sepulcro nuevo que tenía José de Arimatea en las cercanías del Calvario.

S. Mateo dice que *José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en un sepulcro suyo, que era nuevo y había mandado excavar en la roca; e hizo arrimar una gran piedra a la puerta del sepulcro y se marchó*[\[269\]](#).

Citamos de nuevo al P. La Palma: *Hasta en su muerte fue Jesús pobre. No solo murió desnudo, sino que tuvieron que regalarle los amigos la mortaja y el sepulcro. José y Nicodemo usaron bien de su riqueza enterrando al Señor con toda la dignidad que pudieron. Fue generoso José, porque aquel sepulcro lo había mandado hacer para él. Nada tuvo propio Jesús, el que el sepulcro no fuera suyo no deja de ser misterioso y significativo: no era suyo el sepulcro porque Él no era de la muerte, tenía que dejar el sepulcro y resucitar al tercer día*[\[270\]](#).

Era práctica corriente entre los judíos ricos, y José de Arimatea lo era, el construirse sepulturas en terrenos de su propiedad para distinguirse de los lugares comunes de enterramiento y demostrar de ese modo su riqueza hasta después de muertos.

Solían estos excavar en la roca, cosa nada difícil dadas las características de la piedra del lugar, blanda y manejable, fácil de trabajar.

La que se había construido José de Arimatea no era de las más suntuosas. Constaba de dos compartimentos relativamente pequeños. El primero, de cuatro metros cuadrados aproximadamente, y un segundo, más pequeño, donde existían dos pequeños nichos para depositar sobre ellos los cadáveres; la puerta de acceso era de pequeñas proporciones y de no más de un metro de alta.

Una vez concluidas todas las operaciones y comprobado que todo estaba en orden, se volverían a Jerusalén con el alma rota por el dolor. Las mujeres se cercioraron bien del lugar y de las circunstancias de la sepultura, pues no se habían quedado satisfechas del embalsamamiento, dadas las prisas por terminar toda la operación antes del crepúsculo en que se iniciaba el descanso sabático. El desaliento dominaba las expresiones de aquellos rostros. Solo la Virgen, tras pasado su corazón por la espada que le anunciara treinta años antes el anciano Simeón, mantenía intacta la fe en la divinidad de su Hijo y la esperanza en que volvería a la vida.

Antes de marcharse y, después de dirigir la última mirada hacia el sepulcro, se cercioraron bien de que la piedra que lo cerraba quedaba bien encajada.

Dicen los entendidos que era esta una especie de rueda de molino, cuyo diámetro solía rondar el metro y medio y cuyo espesor oscilaba entre los veinte o treinta centímetros.

Solía asentarse sobre una ranura labrada en la misma piedra que, al quitarle el calzo que la sostenía inmóvil, se deslizaba hasta cubrir por completo la entrada al sepulcro.

Advirtieron a las mujeres sobre la necesidad de abandonar el lugar si no querían faltar a lo prescrito por la ley sobre el descanso sabático, más estricto en el caso por tratarse de la fiesta de la Pascua, y emprendieron el camino hacia la ciudad. S. Juan cuidaría especialmente de la santísima Virgen, dado el encargo que acababa de hacerle el Señor.

Fue entonces cuando aparecieron de nuevo en acción los enemigos de Jesús.

Habían terminado las celebraciones vespertinas en el Templo de Jerusalén y comentaban triunfantes los acontecimientos del día. Todo había salido según sus planes y se sentían satisfechos. La alegría del triunfo les había impedido echar en falta a dos miembros distinguidos de la élite intelectual y política de la ciudad y fue entonces cuando alguien comentó la falta de José y Nicodemo que, según las malas lenguas, habían sido vistos por el Calvario acompañando al grupito de mujeres y a la madre del impostor.

Aquel rumor que en principio pareció a todos disparatado, terminó confirmándose que era verdad.

Fue entonces cuando acordaron acudir de nuevo a Pilato con una nueva pretensión: que pusiese guardias en la puerta del sepulcro, argumentando que *ese impostor dijo en vida: al tercer día resucitaré. Manda, pues, custodiar el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos, lo roben y digan al pueblo: ha resucitado de entre los muertos; y sea la última impostura, peor que la primera*[271].

Pilato, harto del tema, les otorgó lo que pedían y ellos mandaron poner la guardia, no sin antes sellar la puerta del sepulcro para asegurarse de que nadie la pudiese manipular.

Ciertamente no creían en la afirmación de Jesús, pero consideraban preciso asegurarse de que no fuesen sus discípulos a robar el cadáver, a colocarlo en otro lugar, a lanzar la idea de que había resucitado y a conseguir que el populacho, tan proclive a las ideas absurdas, se fuese tras ellos, viniendo a ser peor la situación que la que creían haber despejado.

Dios, que sabe más, permitió todas aquellas medidas de seguridad que servirían después como pruebas fehacientes de la resurrección del Señor.

[256] S. Josemaría Escrivá. *Es Cristo que pasa*, nº 95.

[257] S. Francisco de Sales. *Tratado del amor de Dios*. Libro 4º, cap. 17.

[258] S. Josemaría Escrivá, *idem*.

[259] *Mt 27, 51*.

[260] Flavio Josefo. *Guerra de los judíos*. Ed. Iberia. Barcelona. 1994. Tm. 2º. Pág. 105.

[261] *Mt 27, 54*.

[262] *Lc. 23, 51*.

[263] *Jn. 19,39*.

[264] *Jn 19, 31*.

[265] *Jn 19, 33-34*.

[266] P. Luis de la Palma, *o.c.*, pág. 250.

[267] San Pedro de Alcántara. *Tratado de la oración y meditación*. Medina del Campo. 1587.

[268] San Juan de Ávila. *Escritos sacerdotales*. Ed. B.A.C, año 2000, pág 256-257.

[269] *Mt 27, 40*.

[270] P. La Palma. *O.c.*, pág.251.

[\[271\]](#) *Mt 27, 64.*

5. LA SOLEDAD DE LA VIRGEN

La Virgen está allí: con el calor de la madre, con la fidelidad de la madre, con la bondad de la madre, con su fe que resiste a la oscuridad. «Bendita tú que has creído» (Lc 1, 45)

No sabemos si estaba la Virgen en Jerusalén en el día grande del Domingo de Ramos. Si presenció la escena disfrutaría como todas las madres viendo el triunfo de sus hijos.

Sí estaba en Jerusalén el día de Jueves Santo y parece, según el común sentir de los comentaristas, que asistió a la Cena Pascual entre el grupo de mujeres y que presenció la institución de la Eucaristía.

La mañana del Viernes Santo tuvo que suponer para la Virgen una prueba muy dura para su fe. Ella sabía que su Hijo era el Hijo de Dios, que a lo largo de aquellos años de vida pública había curado enfermos y resucitado muertos, que había hecho milagros portentosos demostrando su poder taumatúrgico, y ahora lo veía preso, injuriado, insultado, abofeteado, coronado de espinas, humillado ante un rey espurio como Herodes y ante un gobernador complaciente y cobarde como Pilato. No parecía aquella una situación demasiado propicia para esperar de Él la liberación y salvación del pueblo de Israel y, sin embargo, la Virgen nunca dudó; creyó y esperó aun contra toda esperanza. Sufrió, recordó tal vez la profecía que le hiciera, hacía ya treinta años, el anciano Simeón cuando le anunció que una espada atravesaría su corazón, pero nunca dudó de que su Hijo era el Redentor y Salvador de los hombres.

Seguramente las santas mujeres y Juan, y su hermano Santiago, y el mismo Pedro que, arrepentido de su negación, acudió a consolarse a los pies de la Virgen, tratarían de darle consuelo y compañía, pero sin duda el mayor consuelo le vendría de Dios. Recordaría, sin duda, las profecías de Isaías sobre el varón de dolores. Pero todo aquello tendría lugar en la mañana del Viernes Santo, antes de salir para el Calvario. Después vendría el encuentro con Jesús en la vía dolorosa y el entierro de Jesús.

Una vez concluida la operación del embalsamamiento y el entierro; bien cerrada la puerta del sepulcro y no sin antes girar la última mirada hacia el mismo, se encaminó la Virgen, bien acompañada por las santas mujeres, por Juan y por José de Arimatea y Nicodemo, a la ciudad.

Llevaba el corazón roto por el dolor, pero intacta la fe en la divinidad de su Hijo, entera su esperanza en la próxima resurrección y dilatado su corazón para que en él cupiesen los nuevos hijos legados por su Hijo en la cruz.

No sabemos si se alojaría en la casa que la familia de Juan parece que poseía en Jerusalén, si le darían hospedaje aquellos dos personajes que le prestaron una ayuda tan singular en aquellos momentos tan duros de la muerte y sepultura de su Hijo. Los comentaristas se inclinan por pensar que sería la casa de los padres de Juan Marcos, el futuro evangelista, pues en ella se había celebrado la Última Cena y de allí habían salido

hacia el Huerto de los Olivos, a donde dirigieron sus pasos. En aquella casa se fueron reuniendo los discípulos dispersos tras el prendimiento y en ella nacería el devenir histórico de la Iglesia, pues en ella estaban cuando descendió sobre ellos y María Santísima el Espíritu Santo. Nada dicen los evangelistas sobre el lugar de su alojamiento.

Acostumbrados al patetismo con que tantos artistas plásticos han inmortalizado la escena, resalta la sobriedad con que los evangelistas han narrado el acontecimiento.

Dice Ricciotti que no aparece en los evangelios ni una brizna de alegría en el nacimiento de Jesús, ni un acento de dolor cuando muere en la cruz. No es que no hubiese contenido en el corazón de la Virgen cuando estrechó entre sus brazos al Niño recién nacido o que no sintiese su corazón desgarrado cuando lo bajaron de la cruz depositándolo en su regazo, pero es verdad que el evangelista huyó de todo lirismo, de toda amplificación, para anotar con total objetividad los hechos y las situaciones.

A los evangelistas les interesa la persona de Jesús y su mensaje y a eso dedican su evangelio; persona y mensaje que llegan a sus cotas más altas en el momento de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Esa es la razón por la que dedican un espacio sustancialmente mayor a narrar todo lo relacionado con la pasión y la muerte, en relación con el resto de la vida de Jesús.

De la Virgen nos dice el evangelista que estaba allí viendo a su Hijo perdonar a sus enemigos, sufriendo y padeciendo con Él, o ¿acaso no es eso lo que hacen las madres buenas cuando ven sufrir a sus hijos?, oyendo las burlas y los improperios del populacho o las risas satisfechas de los jerifaltes del pueblo. La humillación del Hijo, era la humillación de la Madre.

Allí estaba Ella sabiendo que su Hijo era Dios. Jamás nadie, ningún mortal, ha sido capaz de alcanzar las cotas de dolor y sufrimiento alcanzados por Nuestro Señor en la tarde de aquel primer Viernes Santo de la historia. Y junto a Él estaba su Madre.

De nuevo tomo prestadas unas palabras de S. Juan de Ávila dirigidas a la Virgen: *¿Quién pondrá tasa y medida a tus dolores? ¿Quién bastará a contar tus penas? ¿Quién contará lo que tal día como hoy padeciste? Cuan grande es el amor que ardía en tu corazón, tan grande es la angustia. Si supieseis conocer cuán grande es el amor que esta Virgen sacratísima tenía a su Hijo, sabríais conocer el dolor que hoy ha pasado por ella; pero como no se puede conocer el amor, así también no se entiende el dolor que recibió*[272].

Hablan los tratadistas de diversas clases de soledad: soledad física, soledad psicológica, soledad espiritual, y las tres se daban en la Virgen, pese al cariño y la compañía que le darían S. Juan y las santas mujeres.

Soledad física originada por la ausencia de su Hijo querido. Su Hijo muerto al que nadie, por más que lo intentase, podría nunca suplir. Es verdad que en su lugar Jesús le había dado nuevos hijos en la persona de Juan, pero entre todos ellos jamás podrían suplir a su Jesús. La soledad física no se suple con la presencia de otras personas. La soledad y el dolor de María difícilmente se aliviarían con palabras o remedios externos.

Ciertamente no era la primera vez que sentía la Virgen la ausencia del Hijo y la soledad que ello lleva consigo siempre para una madre. La primera, hacía ya cerca de

veinte años, fue cuando se extravió Jesús niño en Jerusalén. Pero entonces tenía aún el consuelo y la compañía de S. José, su esposo, y compartía con él el dolor y la angustia. La segunda no hacía más de tres años, cuando se despidió de su Madre y salió de la casa para iniciar su vida pública. Es cierto que entonces, ya sin el consuelo de S. José, percibiría con mayor intensidad la soledad de la casa que había perdido el bullicio de las gentes que se acercaban al taller para hacer o recoger encargos; es cierto que cada vez que entrase o saliese de la misma sentiría hondo la soledad; es cierto que su corazón se comprimiría cada vez que los vecinos preguntasen por su Hijo; es cierto que sus comidas serían más serias y más ligeras que cuando compartía con su Hijo las viandas que Ella misma había preparado con inmenso cariño; pero no era igual. Entonces existía la posibilidad de nuevos encuentros; la esperanza de verle de nuevo asomar por el umbral de la puerta y escuchar de sus labios la dulce palabra de madre.

Ahora todo era distinto. Y no le volvería a ver, al menos como lo había contemplado hasta ese momento. Es verdad que le quedaba la fe en la palabra de su Hijo que había asegurado a cuantos lo quisieron oír, que resucitaría; pero ya no tenía aquellas manos que tantas veces había estrechado con las suyas; no sentiría la mirada dulce y amorosa de sus ojos, ni el aliento de sus besos, ni la palabra cálida, impregnada de amor, que salía de su boca. Ahora estaba muerto, encerrado en un sepulcro, con la puerta sellada y Ella se encontraba sola, rodeada sí, del cuidado y el cariño de aquellos hombres y de aquellas mujeres, pero en ningún caso podrían suplir el calor y el cariño del Hijo.

La soledad psicológica consiste en percibir o sentir que las personas que nos rodean, que nos hacen compañía, no están a nuestro nivel, no comparten nuestra fe o nuestro amor. No piensan como nosotros, no tienen nuestros gustos, desconocen nuestros deseos. Juan y las santas mujeres la acompañan, le hacen compañía, la tratan y la atienden con cariño, pero se encuentran a años luz de su dolor, de sus sentimientos, de su fe y, por eso, la Virgen se siente sola. Percibe que los que están junto a Ella no han captado el valor de la muerte de Jesús, no han comprendido la necesidad de la pasión de su Hijo; no llegan a ver que todo aquello estaba previsto y anunciado por los profetas; no penetran en la gravedad y la malicia del pecado, y, por ello, se siente sola.

En una mirada retrospectiva vería su vida junto a Jesús: las alegrías y los gozos de su compañía en Belén y en Nazaret; las angustias ante las dudas de S. José; el miedo y el terror ante la posibilidad de caer en manos de los esbirros de Herodes; el desasosiego tras su pérdida en Jerusalén y el gozo de encontrarlo despreocupado y feliz entre los doctores de la ley. Recordaría las caras gozosas y sorprendidas de los pastores en la cueva de Belén, y la admiración y sorpresa de las gentes cuando vieron aparecer la caravana de los Magos; el gozo del anciano Simeón y las palabras que le dijo que llevaba clavadas como lanzas en su corazón. Sentiría en sus mejillas el calor del último beso que le diera cuando se marchó de Nazaret para iniciar la misión salvadora para la que había venido a este mundo y escucharía las enhorabuenas que recibiría de las vecinas cuando llegasen noticias de sus milagros y sus enseñanzas, y percibiría que ni sus mismos apóstoles habían captado el sentido de su misión y, todo ello, le haría sentirse sola a pesar de estar acompañada y saber que su Hijo Jesús volvería a la vida.

Todavía existe otra soledad, que también se daría en la Virgen. Es la que llaman espiritual y la experimenta el alma cuando parece que hasta Dios la ha abandonado, que la deja sola frente a las dificultades y la angustia. Es la soledad de quien se sabe sin tener a nadie que pueda responder por él. Es la impotencia del que no ve la luz y no encuentra quien le ilumine el camino. Es la que experimentó Jesús en el Huerto y en la Cruz; es la que experimenta la madre de un condenado por la justicia; es la que se apodera de las madres de los ajusticiados; es la que sentiría la Virgen cuando oyese de labios extraños que la señalaban como la madre del ajusticiado, del crucificado. Ella sola habría de sufrir ese desprecio sintiendo como una espada que atravesaba su corazón de madre. Parece como si el mismo Dios callase en esos momentos de dolor y sufrimiento.

Sigamos con el relato del acontecimiento.

Una vez llegados al lugar del alojamiento, José de Arimatea y Nicodemo se marcharían a sus respectivas residencias en la ciudad de Jerusalén, quedándose la Virgen con las santas mujeres y S. Juan en el lugar donde se hospedasen que, como hemos indicado en otro lugar, parece que se trataba de la casa de los padres de Juan Marcos, donde había tenido lugar la Última Cena, por lo que siempre ha sido conocida como el Cenáculo. Allí Jesús había instituido los sacramentos de la Eucaristía y el Orden Sacerdotal y allí recibirían los apóstoles la unción del Espíritu Santo el día de Pentecostés. En el mismo lugar se establecería la iglesia madre de Jerusalén.

No sabemos si cuando llegó la Virgen se encontraría ya en el lugar alguno de los apóstoles que habían huido despavoridos tras el prendimiento en el Huerto de los Olivos. No son pocos los comentaristas que aseguran que S. Pedro fue a consolarse, arrepentido de su negación, con la Virgen Santísima y que fue Ella la que le perdonó y consoló.

En algún momento se quedaría sola la Virgen y entonces sentiría más profundo su dolor y más lacerante su soledad. Se agarraría fuerte a la fe en su Hijo y se arrojaría una vez más en los brazos amorosos de Dios-Padre, como lo hiciera, hacía ya más de treinta años, cuando el ángel le anunció que iba a ser la Madre de Dios.

Largo se le haría aquel sábado santo, el primero de la historia, esperando la aurora del domingo en la que Ella sabía, jamás dudó, que habría de volver su Hijo a la vida.

Juan, como las santas mujeres y los padres de Juan-Marcos se volcarían en mil detalles de cariño y delicadeza con Ella, y Ella consolaría a quienes la consolaban mostrándoles la necesidad de aquel sufrimiento que con tanta precisión habían anunciado los profetas de la antigüedad y la esperanza, que era seguridad, de que su Hijo volvería a la vida como Él mismo había anunciado reiteradamente.

Es notorio, por otra parte, que la Virgen se tomó muy en serio, no podía ser de otro modo, el nuevo encargo recibido de los labios moribundos de su Hijo: ser la madre de todos sus discípulos. Ella los fue recogiendo, agrupándolos junto a sí, como hacen todas las madres con sus hijos, alimentando su esperanza y reavivando su fe.

En páginas anteriores hemos visto cómo la Virgen siempre ha ejercido sus funciones de madre espiritual de los hombres, que la han invocado siempre como madre de misericordia porque así lo han experimentado a lo largo de los siglos.

Sabemos que desde el momento mismo de la Ascensión del Señor a los cielos,

empezó la Santísima Virgen a ejercer sus funciones de madre con los discípulos de su Hijo, reuniéndolos en el Cenáculo, recordando con ellos la doctrina y los hechos de Jesús y presidiendo su oración, como nos recuerda el libro de *Los hechos de los Apóstoles*[273]: todos ellos perseveraban en la oración junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús.

Aquellos hombres que habían sido incapaces de rezar un *Padrenuestro* en vida de Jesucristo, como señala tantas veces el Evangelio cuando reseña que se dormían mientras el Señor se comunicaba en oración con el Padre, los recoge la Virgen y en ocho días les enseña a rezar y les hace que perseveren unánimes en la oración; aquellos hombres quisquillosos, envueltos en rencillas por pequeñas cosas, los toma la Virgen y, asegura S. Lucas, permanecían unánimes en un mismo sentir y con un mismo pensar.

Acompañar a la Virgen en su soledad ha sido tarea de los cristianos de todas las épocas y ocupación de predicadores y cuaresmeros, que siempre han recordado cómo los hijos buenos nunca dejan en su soledad a los padres, máxime cuando estos se encuentran en alguna dificultad o en algún dolor.

Permitidme volver a copiar unas palabras de S. Juan de Ávila en uno de aquellos largos sermones que predicaba por las tierras de Andalucía o Extremadura. Decía él a los fieles que le escuchaban: *Gastad ahora, por reverencia a Dios, este día en acompañar a la Virgen, y dadle cada uno en su rinconcillo ayudarle a llorar y a estar allí con Ella, pues sois la causa de sus dolores. Todo cristiano debe gastar este día en acompañar a la Virgen que fue hoy lastimada de gran manera*[274].

De la misma manera que la Virgen se mostró siempre madre de los cristianos que vio representados en Juan, así los cristianos de todos los tiempos, considerándose sus hijos, han sentido el deber filial de cuidar de la Virgen, si no físicamente como Juan, sí espiritualmente: honrándola, aclamándola, proclamándola Reina y Señora, ofreciéndole, junto a su propio hogar, lugares a Ella dedicados donde se pudiesen reunir en la casa común de la madre: capillas y ermitas, basílicas y catedrales, humildes en ocasiones, suntuosas otras, pero siempre con la ilusión de corresponder a sus cuidados maternales y de cumplir con un deber filial.

No es precisamente este pasaje de la vida de la Virgen el que menos ha calado en el corazón de los cristianos.

La Soledad en sus diversas acepciones: Soledad, Dolorosa, Piedad, Quinta Angustia, Traspaso, etc. ocupa lugar de privilegio en la devoción popular a la Virgen. Es difícil encontrar una parroquia con cierta solera sin un altar a la Virgen en alguna de las acepciones antedichas. Hasta no hace muchos años era raro el pueblo de Castilla o Andalucía sin una ermita, situada generalmente en las inmediaciones del caserío, dedicada a la Soledad en donde se veneraban los *pasos* de Semana Santa.

También ha sido esta advocación mariana capaz de inspirar a poetas, pintores e imagineros verdaderas obras de arte, alcanzando en algunos casos cotas jamás superadas. Las *descensiones* de los pintores flamencos, las soledades de Morales, *el divino*, las imágenes procesionales de Gregorio Fernández, Alonso Cano o Salcillo, así como la Piedad de Miguel Ángel que se venera en S. Pedro del Vaticano, difícilmente se podrán

superar.

Cuando en los días santos de la Semana Mayor las cofradías sacan en procesión por la calles de pueblos y ciudades a sus imágenes, será difícil encontrar algún lugar donde no presida la procesión la imagen sagrada de la Soledad.

Asimismo es tradición en múltiples lugares que una vez terminada la procesión en la iglesia o ermita donde tiene asiento la cofradía, el sacerdote pronuncie el llamado *sermón de soledad* para exhortar a los fieles a no abandonar nunca la compañía de la Virgen.

Acompañar a la Virgen es vivir con intensidad la devoción mariana que en palabras del Papa Pablo VI *es elemento intrínseco del culto cristiano*[\[275\]](#).

La devoción mariana, que siempre es una porque es expresión del amor de los hijos a la Madre, tiene múltiples manifestaciones. La Iglesia, en su magisterio solemne, suele señalar cuatro: honrarla, tratarla, amarla e imitarla.

La Iglesia ha honrado siempre a la Virgen instituyendo fiestas en su honor, organizando asociaciones para fomentar su culto, exhortando a los fieles a participar en ellas, dedicando a Ella templos: catedrales, basílicas, parroquias o ermitas, declarándola patrona de lugares, instituciones o personas, etc.

Desde que en el siglo IV se concedió la paz a la Iglesia y se dejó libertad al cristianismo para celebrar públicamente su culto, nunca se ha dejado de honrar a la Virgen con la mayor solemnidad.

Se puede asegurar con total rotundidad que nunca dejaron los cristianos sola a la Virgen. Mientras vivió en la tierra, acompañando a S. Juan en el cumplimiento de las obligaciones que todo buen hijo tiene para con sus padres y, después de ser asunta a los cielos, reuniéndose a la sombra de su efigie, primero, y de su imagen, después. Testimonios hay del siglo II que lo certifican, como las catacumbas de Priscila, o la oración *Acordaos* que ya recitaban los cristianos a mediados del siglo III.

Nosotros, los cristianos del siglo XXI, somos los herederos de aquellos otros de los primeros siglos, en una cadena que dura ya más de dos mil años; sería triste que fuésemos el eslabón roto de dicha cadena.

Hoy honramos a la Virgen: visitándola en sus santuarios, perteneciendo a alguna de las innumerables asociaciones fundadas en su honor, acompañándola en romerías y procesiones, teniendo presidiendo nuestro hogar una foto de nuestra Madre, llevándola colgada del cuello en su medalla o en el bolso o la cartera en su estampa; la honramos cuando dirigimos a Ella nuestra mirada al entrar o salir de la habitación o cuando pasamos por delante de su iglesia, ermita o santuario; cuando la recordamos al oír el tañido de las campanas de la iglesia o el sonido del reloj que nos señala la hora; la honramos cuando inventamos mil trucos para tenerla contenta.

La segunda manera de demostrarle nuestra devoción es tratándola.

Es natural. No existe el amor sin el conocimiento, nada es amado si previamente no es conocido, decían los antiguos; pero este conocimiento no puede reducirse a un conocimiento intelectual, propio del estudioso, porque entonces podríamos tener una gran erudición, pero no tendríamos amor. El amor nace del trato afectivo entre las

personas que se aman.

Tratarla es rezarle: esas oraciones que aprendimos de niños, generalmente de labios de nuestros padres, que cuentan en su haber con siglos de existencia. Tratarla es hablar con Ella, contarle nuestras alegrías y nuestras penas, nuestras preocupaciones, todas nuestras cosas, en la seguridad de que Ella nos escucha como hacen las madres buenas con sus niños pequeños.

Tratarla es hacerla nuestra confidente para que sea Ella la primera en conocer nuestras ilusiones y nuestros proyectos, pero también nuestras desilusiones y nuestros fracasos.

Este trato con la Virgen puede y debe ser constante, no reducido al día de su fiesta cuando la visitamos en su santuario o iglesia, la acompañamos en su procesión o la vitoreamos en su recorrido por las calles del pueblo, el campo o la ciudad. En cada uno debe ser dirigido hacia aquella advocación o aquella imagen que en él produce una mayor devoción, sabiendo que todas las imágenes, que todas las advocaciones, son retratos de la misma persona, pero sabiendo también que todos tenemos un retrato de nuestra madre que nos mueve más a su recuerdo y a su cariño.

La tercera manifestación de nuestra devoción mariana se centra en quererla. Hacia este amor se dirige todo el culto hacia nuestra Madre.

Es consecuencia de lo anterior. El trato siempre engendra amor y el amor exige el trato.

Manifestación de nuestro cariño a la Virgen es cuanto hemos mencionado con anterioridad. Si vamos a visitarla en su altar o en su ermita, en su santuario; si participamos en los cultos en su honor o en la procesión por las calles del pueblo con su imagen bendita, es porque la queremos; si organizamos cultos solemnes en su honor o nos asociamos a hermandades o cofradías que se encargan de su culto o del ornato de sus santuarios, es porque la amamos; si la honramos o la tratamos, es porque queremos de ese modo manifestarle nuestro cariño y nuestro amor.

Y, por último, imitarla.

Cuando de verdad queremos a una persona, tratamos de parecernos a ella. Con la Virgen es igual. Invocarla e imitarla son dos elementos inseparables de una auténtica devoción mariana.

La Iglesia nos *recuerda que la verdadera devoción no consiste ni en un afecto estéril y transitorio, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera por la que somos conducidos a conocer la excelencia de la Madre de Dios y somos excitados a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes*[276].

Si es verdad que el grado de santidad de la Virgen es inalcanzable, pues está cimentado en su maternidad divina, también lo es que la Virgen no vivió una vida de anacoreta. Vivió en medio de su pueblo, como una más de la mujeres de Nazaret; con ellas se relacionó, compartió afanes, alegrías y penas y a sus mismos quehaceres, los propios de una ama de casa de su época, dedicó su vida. Ciertamente su amor a Dios lo envolvía todo, pero su vida era como la del resto de los habitantes del pueblo.

Nosotros no podemos alcanzar su grado de santidad y amor a Dios, que es en lo que consiste la santidad, pero tampoco nos lo pide el Señor. Cada uno de nosotros debe amar

a Dios con todas sus fuerzas, con todo su corazón, que será único y distinto en cada uno, porque cada uno es único y distinto, pero respondiendo con total ilusión a la gracia de Dios.

Podemos imitar a la Virgen en nuestro trabajo bien hecho, porque se lo habremos ofrecido a Dios y a Dios no se le pueden ofrecer chapuzas, pero también porque es el medio que tenemos a nuestro alcance para ayudar a los demás; podremos imitar a la Virgen deponiendo nuestros egoísmos y pensando un poco más en los otros, como Ella hizo en Caná de Galilea o acudiendo presurosa en ayuda de su parienta Isabel, que suponía que la necesitaba.

Esta es la manera que tenemos los cristianos de acompañar a la Virgen y de no dejarla sola en su soledad.

[272] San Juan de Ávila. *C.c.*, pág. 251.

[273] *Hech 1, 14*.

[274] San Juan de Ávila. *O.c.*, pág. 244.

[275] Pablo VI. Enc. *Marialis cultus*, nº 56.

[276] Concilio Vaticano II. Const. *Lumen Gentium*, nº 67.



© 2011 *by* JESÚS SIMÓN PARDO

© 2011 *by* EDICIONES RIALP, S.A.,
Alcalá, 290. 28027 Madrid.

www.rialp.com

Converisión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

ISBN: 978-84-321-3943-3

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra..

Índice

Portadilla	3
Cita	4
Presentación	5
1. Camino del Calvario	7
La comitiva	7
La muchedumbre	12
El lugar	14
El suplicio de la crucifixión	15
2. Jesús en el Calvario	18
Jesús clavado en la cruz	22
3. Las siete Palabras de Cristo en la cruz	26
Primera Palabra(Las palabras van por h4)	28
Jesús predica la necesidad de perdonar	28
Jesús no rechaza a los pecadores, sino que los perdona	29
Jesús ruega a Dios Padre el perdón	32
Jesús excusa a los que le crucifican	34
Jesús nos marca el camino	37
Segunda Palabra	43
El misterio de la libertad humana	43
Jesús acoge a todos	45
Jesús es manso y misericordioso	49
Tercera Palabra	53
Madre espiritual de los hombres	56
Madre de misericordia	58
Cuarta Palabra	63
El sufrimiento de Cristo, ejemplo ante nuestro dolor	63
El Salmo 22(21)	65
La gran oscuridad	69
El silencio de Dios	70
Quinta Palabra	74
Sed física; sed de agua	74

Sed espiritual; sed de almas	77
Sed de Dios	80
Sexta Palabra	84
La muerte de Jesús es un acto religioso	87
Pasó haciendo el bien. Todo lo hizo bien	91
Séptima Palabra	93
La muerte es la culminación de la vida	93
Fiarse de Dios	98
4. La muerte y el entierro	104
Primeras consecuencias de la muerte de Cristo	105
5. La soledad de la Virgen	113
Créditos	121